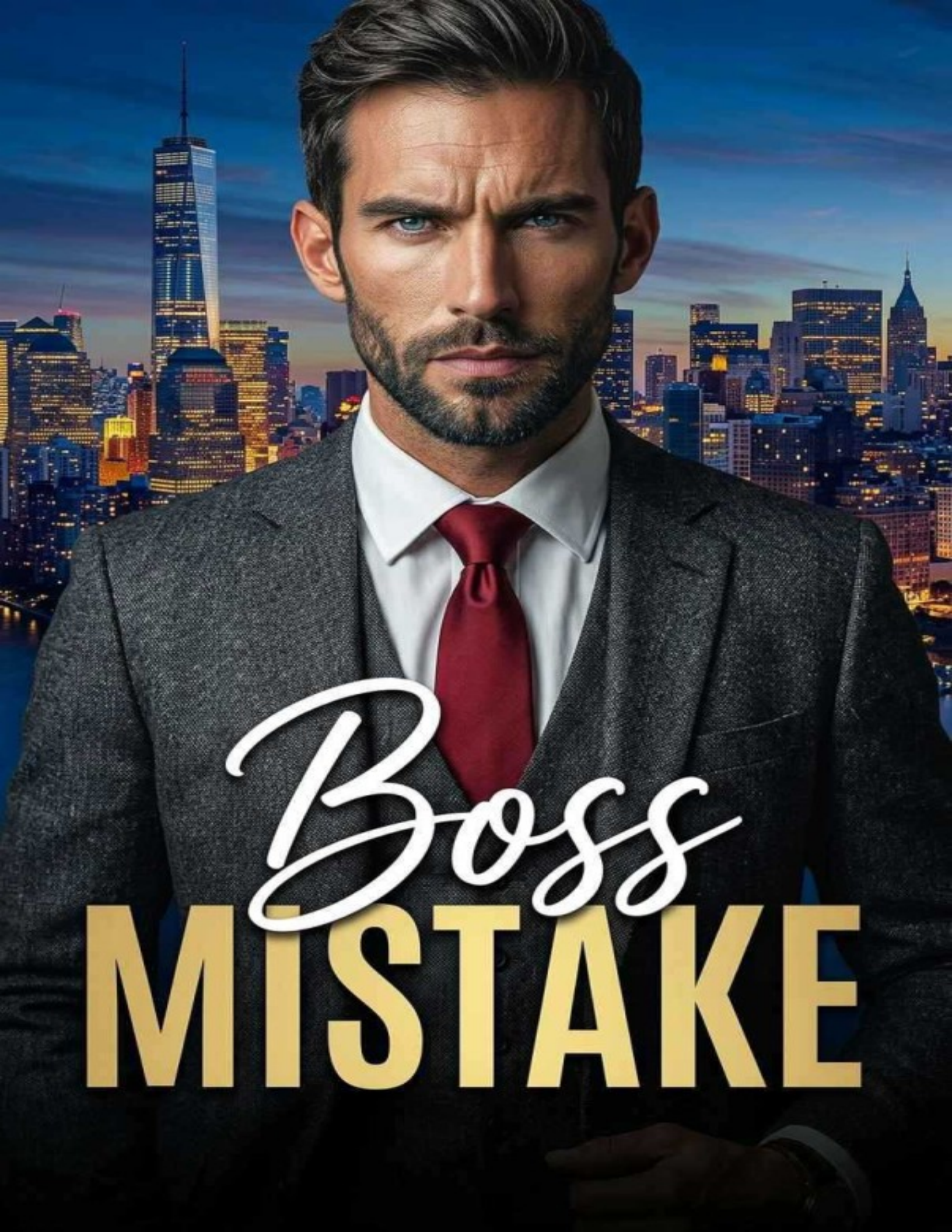




Boss
MISTAKE

Bass Mistake

MADISON B. KING

Índice

[Capítulo 1 — Emily](#)

[Capítulo 2 — Damon](#)

[Capítulo 3 — Emily](#)

[Capítulo 4 — Damon](#)

[Capítulo 5 — Emily](#)

[Capítulo 6 — Damon](#)

[Capítulo 7 — Emily](#)

[Capítulo 8 — Damon](#)

[Capítulo 9 — Emily](#)

[Capítulo 10 — Damon](#)

[Capítulo 11 — Emily](#)

[Capítulo 12 — Damon](#)

[Capítulo 13 — Emily](#)

[Capítulo 14 — Damon](#)

[Capítulo 15 — Emily](#)

[Capítulo 16 — Damon](#)

[Capítulo 17 — Emily](#)

[Capítulo 18 — Damon](#)

[Capítulo 19 — Emily](#)

[Capítulo 20 — Damon](#)

[Capítulo 21 — Emily](#)

[Capítulo 22 — Damon](#)

[Capítulo 23 — Emily](#)

[Capítulo 24 — Damon](#)

[Capítulo 25 — Emily](#)

[Capítulo 26 — Damon](#)

[Capítulo 27 — Damon](#)

[Capítulo 28 — Emily](#)

[Capítulo 29 — Damon](#)

[Capítulo 30 — Emily](#)



Capítulo 1 — Emily

Es casi la una de la madrugada cuando cierro la puerta del piso a mi espalda y lanzo los zapatos de una patada al rincón, donde aterrizan junto a los demás pares que ya he ido tirando allí esta semana.

Dieciséis horas. Dieciséis horas en Kane Media, y siento la cabeza como una bandeja de entrada a rebosar.

Me quito el sujetador por debajo de la camiseta, lo lanzo por encima del respaldo del sofá y me sirvo una copa de vino antes incluso de encender la luz de la cocina. Prioridades. Las tengo.

El móvil vibra sobre la encimera. Maggie.

¿Y bien? ¿Sigues viva? ¿Qué tal el nuevo trabajo?

Tecleo con una mano y sostengo la copa con la otra.

Se puede sobrevivir.

Eso, viniendo de ti, parece una valoración de cinco estrellas.

Cuatro. Le quito una por el jefe.

En lugar de responder, me envía una foto. Su barriga, fotografiada desde arriba, redonda e imposible de pasar por alto bajo una de las camisetas de Aiden.

Y añade: Hoy da muchísimas patadas. Creo que ya le caes bien.

Sonríó a la pantalla y, durante un instante, noto esa sensación extraña en el pecho. No son celos. Los celos serían algo mezquino, y yo no le envidio a Maggie ni un solo centímetro cuadrado de su felicidad en el ático, ni un centímetro de barriga, ni una sola mirada enamorada de ese hombre que la contempla como si le hubiera tocado la lotería.

Es más bien... hacer inventario. Mi mejor amiga está preparando la habitación de su hija. Yo lanzo zapatos a un rincón de una patada y bebo vino a oscuras.

Dile que se dé prisa, tecleo. Necesito a alguien que esté de mi parte.

Yo lo estoy. Siempre. Duerme un poco, Em.

Eso haré, miento por mensaje antes de llevarme la copa al salón.

Dormir. Qué tierno que crea que voy a hacerlo.

Me dejo caer en el sofá y deslizo el dedo por el móvil sin buscar nada. Es la descripción más sincera de mis planes nocturnos desde hace semanas. Correos que pueden esperar hasta mañana. Un recordatorio de una cita con el dentista. La carpeta de la empresa con las fotos del último evento que el

departamento de marketing ha enviado para que todos veamos lo bien que supuestamente nos lo pasamos.

La abro. Por razones que prefiero no analizar.

Ahí está: en la tercera foto. Damon Kane.

Está de pie en un extremo del salón, con una copa en la mano de la que no ha bebido en toda la noche, y mira más allá de la cámara como si el evento entero fuera una pérdida de tiempo. Traje oscuro. Una mandíbula capaz de cortar papel. Esa mirada que baja tres grados la temperatura de cualquier sala de reuniones.

Mi jefe. El hombre que lleva meses tratándome como si fuera un mueble. Un mueble eficiente, al menos. La semana pasada me miró en el ascensor —o, más bien, miró a través de mí— y luego me preguntó si la sala de reuniones estaba confirmada para las diez. Ni buenos días. Ni una mirada. Solo logística.

Lo odio. Es un odio estable y bien cuidado. Lo riego todas las mañanas como si fuera una planta de interior.

Y me parece atractivo. El problema es esa combinación. Siempre lo ha sido, desde mi primer día, cuando apareció en el umbral de la sala de reuniones y olvidé cómo se utilizaba una silla. Puedes odiar a alguien y aun así preguntarte qué tacto tendrán sus manos. Una cosa no tiene nada que ver con la otra. Al menos, eso es lo que me digo, y hasta ahora nadie ha demostrado lo contrario.

Bebo un sorbo, sigo deslizándolo el dedo y acabo de nuevo en la misma foto.

Estupendo.

Esto es algo que nadie sabe de mí. Bueno, nadie salvo Maggie, que lo juró sobre las tumbas de sus plantas de interior: nunca me he acostado con un hombre.

Veinticinco años. Virgen. Hay que fastidiarse.

No hay ninguna historia trágica detrás, y eso es lo decepcionante. Ningún trauma, ningún voto, ninguna abuela estricta con un rosario. A los diecinueve era tímida. A los veintidós era exigente. Y, a los veinticinco, es simplemente una condición, como una alergia que nunca has llegado a desarrollar y de la que, en algún momento, dejas de hablar porque la explicación resulta más embarazosa que el hecho en sí.

No es que no quiera hacerlo. Quiero. Lo deseo de una forma que a veces hasta a mí me asusta. Simplemente, nunca me ha parecido el momento adecuado. El chico de la universidad que mantenía los ojos abiertos mientras besaba. El camarero que era encantador hasta que empezó a hablar de su cartera de criptomonedas. Ha habido candidatos, ha habido oportunidades, y cada vez una voz en mi cabeza ha dicho secamente «no», y yo le he hecho caso.

Aunque mi cabeza también ha decidido que Damon Kane es el cabronazo más atractivo de Manhattan. Quizá debería dejar de hacerle caso.

Aunque lo de desearlo tiene sus matices. De día soy Emily Warner, gerente de oficina, la mujer que mantiene bajo control todas las salas de reuniones y que fulmina cualquier insinuación del departamento de ventas con una sola mirada. De noche estoy aquí tumbada, preguntándome cómo sería no ser, por una vez, la mujer que lo tiene todo bajo control. No ser exigente ni sensata, no ser la que siempre llega primero a la puerta y la última que se guarda algo para sí misma.

Nadie en mi vida se lo creería. Es lo único que me consuela: soy la virgen menos sospechosa de Nueva York.

Me sirvo otra copa. La segunda es una decisión, lo sé mientras vierto el vino. Achispada no tomas mejores decisiones, solo decisiones más sinceras.

El dormitorio está a oscuras, salvo por la franja de luz de la ciudad que se cuelga entre las persianas. El nivel de ruido habitual de Nueva York a estas horas sigue ahí: el tráfico, el claxon de un taxi y, amortiguado por la fina pared que me separa del apartamento 4C, el sonido de un televisor. Me dejo caer en la cama, cojo el móvil y pulso la aplicación de música. Elijo la primera lista de reproducción que encuentro, a un volumen bajo, algo con muchos graves y poca letra. El móvil cae a mi lado sobre el colchón, con la pantalla hacia abajo.

Cierro los ojos.

Y ahí vuelve a estar. Por supuesto. Mi cabeza es un cine que lleva meses proyectando una única película, y ya he dejado de quejarme de la programación.

Damon Kane, apoyado en el umbral. No en la sala de reuniones. Aquí. En mi imaginación lleva la camisa blanca del evento, con las mangas remangadas, y me mira como nunca ha mirado a nadie, y mucho menos a mí.

—Emily —dice, y mi mano se desliza por debajo de la cinturilla de los leggings.

Sé lo patético que es. Fantaseo con mi jefe, que probablemente tendría que consultar en alguna parte cómo me llamo. Pero, a estas horas intempestivas, lo patético es un concepto muy elástico, y su voz en mi cabeza es grave y serena y dice cosas que el Damon Kane de verdad jamás diría.

Quítatelo.

Me saco los leggings y también las bragas, y dejo que los dedos recorran mi vientre, cada vez más abajo, despacio, como lo haría él. Se tomaría su tiempo. Los hombres como él no se apresuran, controlan. Me separaría las piernas con esa paciencia más cruel que cualquier prisa y me miraría mientras lo hace.

Mis dedos encuentran el punto exacto, y ya estoy húmeda, algo que no me sorprende y que, aun así, me avergüenza un poco. Imagino sus manos, más grandes que las mías; una sujetándome la cadera mientras la otra hace exactamente lo que estoy haciendo yo ahora, solo que mejor, con más exigencia.

—Mírame —dice en mi cabeza, y dejo escapar un suave gemido en la oscuridad del dormitorio.

Trazo círculos con los dedos, primero despacio y luego más deprisa, y la imagen de mi fantasía cambia: su boca en mi cuello, su peso sobre mí, su voz junto a mi oído, ahora ronca, ya sin ningún control. Buena chica. Lo odiaría por decirlo. Lo odiaría y, precisamente por eso, me mojaría aún más, que es justo lo que está ocurriendo ahora mismo sin que él esté aquí.

—Damon —susurro, y pronunciar su nombre en voz alta aquí, de esta manera, parece algo prohibido. Prohibido y placentero.

Acelero los círculos, mi respiración se vuelve superficial, mis caderas se alzan al encuentro de mi propia mano, y la versión de él que existe en mi cabeza pierde por completo el dominio de sí mismo, me sujeta las muñecas y pronuncia mi nombre como si acabara de recordarlo.

—Damon...

Esta vez ya no es un susurro. El calor se concentra en mi interior, más abajo, más intenso, y estoy cerca, muy cerca. Mis dedos saben exactamente qué hacer. En mi cabeza él dice «córrete para mí», y eso es todo lo que necesito.

Me corro con su nombre en los labios. Gritándolo. Durante más tiempo del que me gustaría admitir, con los dedos de los pies clavados en el colchón y todo el deseo acumulado durante estos meses convertido en una única ola que me atraviesa y que, poco a poco, muy poco a poco, se desvanece.

Después me quedo inmóvil. Los latidos se me calman. La lista de reproducción continúa como si no hubiera pasado nada.

Vale. Puede que el vino tuviera razón. Ya iba siendo hora.

Palpo el colchón a mi lado en busca del móvil para apagar la música y le doy la vuelta.

Y el corazón se me para.

En la pantalla no aparece la aplicación de música. En la pantalla hay un chat con Damon Kane.

Un mensaje de voz. Enviado. Por mí.

0:47.

Cuarenta y siete segundos.

Me incorporo tan deprisa que me mareo y clavo la mirada en la pequeña onda azul como si pudiera deshacerla a fuerza de mirarla. El móvil estaba sobre el colchón con la pantalla hacia abajo. Junto a mi cadera. Al poner la música, mi pulgar debe de haber abierto el chat y pulsado el icono del

micrófono en algún momento entre la lista de reproducción y... todo lo que ha venido después.

Grabado. Enviado. A mi jefe.

Lo reproduzco y me quedo petrificada.

Cuarenta y siete segundos en los que he gemido su nombre.

—No —le digo a mi dormitorio—. No, no, no.

Tengo las manos heladas mientras el resto del cuerpo me arde. Pulso el mensaje, lo mantengo presionado y ahí está: Eliminar. Podría llorar de alivio. Los mensajes se pueden retirar; es el único buen invento de esta década. Puedes eliminarlos para todos como si nunca hubiera pasado nada.

Se abre el menú.

Eliminar mensaje para mí.

Solo eso. No hay una segunda opción. No aparece Eliminar para todos. Miro fijamente la línea, esperando a que aparezca la otra, cierro el menú, vuelvo a mantener pulsado el mensaje, pero sigue mostrando esa única opción inútil que no me sirve absolutamente de nada.

¿Por qué no aparece la opción? Siempre está ahí. Siempre está ahí, salvo que...

Salvo que el mensaje ya se haya reproducido.

Bajo el móvil y permanezco completamente inmóvil en mi dormitorio a oscuras, desnuda de cintura para abajo y con el corazón latiéndome en la garganta.

Puede que no lo haya oído. Puede que no signifique nada, que sea algún problema técnico, una actualización, un error.

Todo eso es absurdo y lo sé perfectamente.

Estoy perdida.



Capítulo 2 — Damon

Es poco más de la una de la madrugada y estoy sentado, con un whisky, revisando las cifras del próximo trimestre, porque el sueño es una baza negociadora cuyo valor llevo años rebajando con éxito.

El ático está en silencio. La ciudad que se extiende tras la cristalera no, pero para eso la compré: desde aquí arriba, Nueva York parece algo que uno puede poseer.

Es la clase de noche en la que se ha convertido mi vida. Una reunión que se ha alargado demasiado, una cena con inversores que ha sido demasiado cortés y, después, este silencio aquí arriba que me vendo como descanso. Casi siempre funciona. Se me da bien venderme cosas.

Tacho del informe una partida que mi director financiero había intentado maquillar y anoto una pregunta para Ryan mañana. Entonces mi móvil vibra sobre la mesa.

Lo miro y barajo tres posibilidades: Ryan, que no puede dormir. Mi madre, que tiene una nueva idea para mi vida. O un problema en otra franja horaria del mundo.

No es ninguna de ellas.

Emily Warner. Un mensaje de voz.

Frunzo el ceño. Mi gerente de oficina me envía un mensaje de voz a la una de la madrugada. En los meses que lleva en Kane Media, esa mujer nunca ha enviado nada de más de dos líneas, impecablemente redactado y con el asunto completo. Es eficiente, discreta y nunca me mira directamente a los ojos. Curiosamente, eso es lo que recuerdo con mayor claridad de ella: su mirada siempre esquiva. Eso y su pelo, que siempre huele a algo que no sé identificar cuando se coloca a mi lado en el ascensor y finge que soy la pared.

Gerente de oficina. Por cierto, el título fue idea mía y es una broma que solo yo entiendo. Gerente de oficina es sinónimo de asistente. Pero antes siempre acababa acostándome con mis asistentes. Con todas. Era demasiado fácil, y lo fácil me aburre. Se suponía que el nuevo título serviría para imponer cierta distancia. Una muralla protectora de una sola palabra, muy rentable.

Seguramente ha sido un error, pienso. Un mensaje destinado a otra persona. Ahora escucharé cuarenta y siete segundos de ruido dentro de un bolso.

Pulso el botón de reproducción.

Música. Suave, algo con ritmo de bajo. Después, una respiración demasiado cerca del micrófono para ser accidental. Otra. Un sonido que al principio no logro identificar, un roce de tela, y luego otra respiración, más profunda esta vez. De pronto comprendo perfectamente lo que estoy oyendo y dejo el vaso sobre la mesa.

—Damon.

Susurrado. Mi nombre, susurrado por una mujer que nunca me mira a los ojos.

Me quedo completamente inmóvil. Las cifras trimestrales han dejado de existir.

Su respiración se acelera, salpicada de pequeños sonidos agudos de los que probablemente ni siquiera sea consciente, y entonces vuelve a pronunciar mi nombre, ya no susurrado, sino gemido, prolongado, con una voz que tiene tanto que ver con la mujer impecable del ascensor como yo con un hombre paciente.

—Damon...

Está a punto. Se nota. Se nota en cómo tropieza su respiración, en cómo los sonidos se vuelven más entrecortados, más apremiantes, y yo estoy sentado en el silencio de mi ático, escuchando a mi gerente de oficina tocarse mientras pronuncia mi nombre, y entonces se corre. Con fuerza. Durante más tiempo del que esperaba. Mi nombre se deshilacha entre sus gemidos y, después, solo queda su respiración, que poco a poco vuelve a serenarse.

El mensaje termina. Cuarenta y siete segundos.

Me recuesto, sonrío y tengo una erección.

Me gusta. Eso es lo insólito: me gusta demasiado. Llevo años recibiendo propuestas de todo tipo, sutiles, directas, desesperadas, calculadas, y ya ninguna consigue llegarme. Y ahora estoy aquí sentado, a la una de la madrugada, empalmado como un adolescente por cuarenta y siete segundos que ni siquiera estaban destinados a mí.

Porque no lo estaban. Esa es la mejor parte. Nadie envía algo así a propósito, y mucho menos Emily Warner, que termina sus correos con —Un cordial saludo—. Ha sido un error. Ahora mismo debe de estar tumbada

en su piso, muriéndose mil veces de vergüenza, y mañana por la mañana aparecerá con una excusa que habrá pasado media noche elaborando.

Empiezo a repasar las posibilidades, solo porque me divierte: le han pirateado el móvil. El mensaje era para otro Damon. Ha sido una apuesta con sus amigas. Estaba dormida y lo ha soñado; no tiene ni idea de cómo ha ocurrido. Cada una de esas excusas tiene un agujero por el que podría pasar un camión, y estoy deseando señalárselo. Con educación. Detalladamente. Manteniendo un contacto visual que ella no pueda eludir.

Debería borrar el mensaje. Esa sería la opción correcta: borrarlo, olvidarlo y fingir mañana que no ha pasado nada. El consejo de administración recomendaría la opción correcta. Los abogados, con mayor motivo.

En lugar de eso, vuelvo a escucharlo.

No por razones estratégicas. Porque estoy empalmado y quiero oír su voz, así de sencillo, y la segunda vez percibo detalles que se me habían escapado la primera: que al principio susurra mi nombre como si fuera una pregunta, pero al final ya no. Que casi se ríe, un sonido diminuto y sin aliento, como si ni ella misma pudiera creer lo bien que ha estado.

Me pregunto qué se ha imaginado. Qué versión de mí vive en su cabeza, qué le hace esa versión y si se acerca siquiera a lo que a mí se me ha ocurrido durante los últimos dos minutos.

Intento recordar la última vez que algo me sorprendió. Que me sorprendió de verdad, no esa clase de sorpresa en la que un acuerdo se desvía un dos por ciento del resultado previsto. No se me ocurre nada. No es una queja, sino una constatación: mi vida es un calendario y conozco todas las citas antes de que tengan lugar.

Hasta hace cuatro minutos.

No borro el mensaje.

Parece que lo de mantener las distancias no ha funcionado.

A la mañana siguiente estoy en la oficina a las seis. Es algo habitual en mí, pero hoy tengo un motivo que no guarda relación con las cifras.

La planta aún está vacía, y eso me gusta. A estas horas, el edificio me pertenece un poco más de lo habitual. Paso junto a los despachos a oscuras hasta llegar a su escritorio, que tiene el mismo aspecto que ella: ordenado, meticulosamente dispuesto, sin una sola fotografía personal. Solo hay un cactus que parece regirse por un estricto reglamento laboral.

Cojo un bloc de notas y escribo tres palabras. Mi caligrafía es impecable; lo dicen todos los que alguna vez han recibido una nota manuscrita mía, por lo general poco antes de ser despedidos.

Mi despacho. Ahora.

Dejo la nota en mitad de su teclado, donde no podrá pasarla por alto, y la coloco bien recta. Sin saludo, sin firma, sin explicaciones. Sabrá de qué se trata.

Me quedo un momento junto a su escritorio, más de lo necesario. Intento recordar qué sé en realidad de esa mujer, y la lista es vergonzosamente corta: es más puntual que yo. Corrige los errores ajenos antes de que lleguen a mi mesa y no se lo comenta a nadie. Una vez, un director regional levantó la voz en recepción y ella lo puso en su sitio con dos frases tan certeras que vi dos veces la grabación de las cámaras del vestíbulo. En aquel momento me pareció extraordinario y lo olvidé de inmediato.

Es evidente que no lo hice. Durante todo el trayecto desde el ascensor hasta mi puerta sabrá de qué se trata, y eso es exactamente lo que quiero: ver qué hace cuando ya no pueda seguir posponiéndolo. ¿Miente? ¿Huye? ¿Dimite en el acto? En momentos así, las personas te muestran quiénes son. Las negociaciones a las ocho de la mañana son más sinceras que cualquier entrevista de trabajo.

De regreso a mi despacho, me doy cuenta de que estoy sonriendo. Dejo de hacerlo de inmediato.

Con la puerta cerrada, es completamente imposible ver el interior de mi despacho. Cristal esmerilado, hecho a medida, instalado en un principio por la confidencialidad de las negociaciones de adquisición. El pensamiento surge antes de que pueda frenarlo: quizá consiga que vuelva a gemir. El sexo en la oficina nunca había sido tan fácil.

Me siento tras el escritorio y abro las cifras de anoche, pero no me interesan. Leo tres veces el mismo párrafo. Fuera, la planta empieza a cobrar vida poco a poco; llegan los primeros ascensores, una cafetera se pone en marcha en alguna parte, y me sorprende levantando brevemente la cabeza cada vez que suena el aviso de un ascensor.

Es absurdo. Hoy tengo una reunión con el consejo de administración, dos llamadas con la costa oeste y una madre que probablemente ya esté planeando otra cosa relacionada con mi vida sin haberla consultado conmigo. En la última cena familiar utilizó seis veces la palabra —responsabilidad— y me miró en cada una de ellas. Con mi madre, eso no es una conversación, sino fuego de preparación artillera. Algo se me viene encima; lo único que aún desconozco es el calibre.

En circunstancias normales, eso me preocuparía. En circunstancias normales, llamaría a Ryan, repasaría posibles escenarios y me anticiparía a todo, porque eso es lo que hago: me anticipo a las cosas.

Y aquí estoy, sentado, mirando el reloj y esperando, por primera vez en semanas, algo que no tiene nada que ver con el dinero ni con las inversiones.



Capítulo 3 — Emily

No he dormido. Me he pasado la noche mirando el techo y repasando todas las variantes posibles de mi caída en desgracia, y hacia las cinco de la mañana he decidido fingir que no ha pasado nada. No es un plan. Es la ausencia de un plan con un peinado bonito.

En el ascensor, mientras subo, ensayo mi expresión. Neutra. Profesional. Una cara que diga: Anoche no perdí en absoluto el control de mi vida por una fantasía con mi jefe.

La planta aún está medio vacía. Nadia me intercepta junto a la cocina, con dos vasos de café en las manos, y me pone uno entre los dedos.

—Vaya —dice mientras me examina—. Tienes pinta de ser una mujer a la que van a despedir o que desea que le den lo suyo.

—Gracias. Es justo el aspecto que pretendía conseguir.

—¿Has dormido mal?

—Decir que no he dormido nada suena menos autocompasivo.

Nadia sonríe y se marcha hacia Marketing, y yo recorro los últimos metros hasta mi escritorio. All  est .

Una nota. Justo en medio del teclado, perfectamente alineada, como si alguien hubiera usado una regla.

A mi despacho. Ahora.

Nada más. Una caligrafía impecable. No hay nombre, pero esa letra no lo necesita: todo el mundo en este edificio la conoce, sobre todo por los memorandos tras los cuales algunos han acabado metiendo sus cosas en cajas.

El estómago se me desploma, atraviesa el suelo y el aparcamiento subterráneo y se hunde en las profundidades del subsuelo neoyorquino.

La ha escuchado. Por supuesto que la ha escuchado. Lo s  desde anoche, desde que vi que no aparecía la opción de borrar, pero saberlo y encontrarlo por escrito, negro sobre blanco, encima de tu propio teclado son dos categorías fiscales distintas de pánico.

El camino hasta su despacho es el pasillo más largo de mi vida. Lo recorro como quien va al cadalso, todavía con el café en la mano porque no sabía dónde dejarlo, mientras mi cabeza repasa las opciones a toda velocidad: despido. Indemnización. Abogado. Emigración. Hay países sin tratados de extradición; podría hacer una lista.

La puerta est  abierta. Est  sentado detrás del escritorio y levanta la mirada cuando llamo. Su rostro no revela nada.

—Señorita Warner. Entre.

Entro. Él se levanta, pasa por mi lado y cierra la puerta. Después gira la llave.

El ruido es muy leve y muy definitivo.

Se apoya en el borde delantero del escritorio, cruza los brazos y me mira. Me mira de verdad. Hasta ahora no me había dado cuenta de lo poco habitual que es, porque se siente como un exceso de sol.

—Sabe por qué está aquí —dice. No es una pregunta.

—Si se trata de la planificación trimestral, está lista desde...

—Has gemido mi nombre —dice con calma—. Ahora enséñame qué estabas imaginando.

Casi se me cae la cara de vergüenza.

El hecho de que me haya tuteado queda registrado en algún lugar remoto de mi mente, como se registra una alarma de incendios cuando la casa ya está ardiendo. Mi pulso hace cosas que deben de ser médicamente preocupantes, abro la boca y lo que sale es lo siguiente:

—Ha sido una broma de mi compañera de piso. A ella esas cosas le parecen graciosas.

Vivo sola.

Llevo tres años viviendo sola y, mientras la frase aún flota en el aire, mi cerebro grita en mayúsculas: ¿POR QUÉ HE DICHO ESO? Podría haber dicho cien cosas. Me han hackeado. Me equivoqué de chat. Un fallo técnico. En lugar de eso, me he inventado en una décima de segundo a una

mujer que vive en mi piso y envía grabaciones mías, y ahora tendré que mudarme con ella.

Damon Kane ni siquiera parpadea.

—Su compañera de piso —dice.

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Eso no viene al caso.

—Solo estoy valorando si debo emprender acciones legales. Contra la mujer que a la una de la madrugada hace grabaciones con tu móvil... —Hace una pausa minúscula—. De ti.

—Es... impulsiva.

—¿Siempre pone tanto entusiasmo?

Me muero. Aquí mismo, sobre esta alfombra que ha costado por metro cuadrado más que mi sofá, me muero, y él contempla el espectáculo con el rostro inmóvil mientras sus ojos hacen algo sospechosamente parecido a divertirse.

—Señor Kane —empiezo, y mi voz suena sorprendentemente firme para venir de una muerta—. Sea lo que sea lo que cree haber oído...

—No lo creo. Lo he escuchado dos veces. —Lo dice con la misma despreocupación con la que otros hablan del tiempo—. Muy buena calidad de sonido, por cierto. ¿Móvil nuevo?

—No tiene gracia.

—No —conviene—. Gracia no tiene.

Se separa del escritorio y camina despacio a mi alrededor, no de forma amenazadora, sino más bien como alguien que examina un objeto por el que se dispone a hacer una oferta. Y eso es exactamente lo que siento cuando vuelve a detenerse frente a mí.

—Tengo una propuesta, señorita Warner. Estrictamente profesional.

—Profesional.

—Dentro de dos semanas, mi madre organiza un fin de semana en los Hamptons. Familia, invitados, compromisos sociales. —Pronuncia las palabras con precisión, en el tono de dictado de un hombre que redacta contratos—. También ha invitado a una mujer con la que pretende emparejarme. No tengo el menor interés en ese emparejamiento. Lo que necesito es una novia. Una convincente.

Lo miro fijamente.

—Está de broma.

—Nunca bromeo antes de las nueve.

—Y ha pensado en mí. ¿Por qué? ¿Porque yo...? —Me interrumpo, porque el resto de la frase no conduce a ningún sitio al que quiera ir.

—Porque es la única persona de este edificio que nunca me mira a los ojos y, aun así, jamás agacha la cabeza —dice—. Mi madre se desayuna a cualquiera que se muestre sumiso. Usted aguantaría. —Lo dice con

objetividad, como si fuera una evaluación de rendimiento, y es el primer cumplido sincero que he recibido de él. Odio que surta efecto.

—¿Y qué —pregunto— sacaría yo a cambio?

—Dos cosas. —Levanta un dedo—. Después del último acto oficial, borraré el mensaje. Delante de usted. Definitivamente: sin copias de seguridad ni duplicados. —Levanta un segundo dedo—. Y cien mil dólares.

La habitación se inclina un poco.

—Cien mil —repito.

—Por un fin de semana y unos cuantos actos oficiales después. Me parece justo.

—Es absurdo.

—Durante cuarenta y siete segundos no le parecí absurdo. —Inclina la cabeza y después, con el rostro completamente serio, levanta ambas manos y dibuja unas comillas en el aire—. Ah, no. Su compañera de piso.

Abro la boca. Vuelvo a cerrarla. En algún lugar, bajo el pánico y la humillación, se agita una tercera cosa, algo que no necesito en absoluto: este hombre me está mirando. Por primera vez en meses, no soy un mueble, ni el asunto de un correo, ni una cita en el calendario. Me mira como si yo fuera lo más interesante que puede ofrecerle este día, y una parte muy estúpida y muy solitaria de mi pecho se abandona a esa sensación como quien se sumerge en agua caliente.

Contrólate, Emily.

—¿Y si digo que no? —pregunto—. ¿Qué pasará entonces con el mensaje?

—Nada. —Me sostiene la mirada—. Se quedará donde está. No soy un chantajista, señorita Warner. Le estoy haciendo una oferta, no lanzando una amenaza. Puede salir de este despacho y mañana la trataré exactamente igual que la semana pasada.

—O sea, que no me tratará.

Se me escapa antes de que pueda contenerlo. Durante un segundo reina el silencio y entonces algo sucede en su rostro, una grieta en la fachada que desaparece demasiado deprisa para que pueda identificarla. Diversión. Tal vez algo más.

No digo nada. No digo ni sí ni no; me limito a permanecer allí de pie, con el café frío en la mano y la cabeza llena de alarmas, mientras él me observa como si esa fuera exactamente la respuesta que esperaba.

—Piénselo —dice por fin mientras regresa detrás de su escritorio. Y con la misma rapidez con la que me ha mirado, vuelve a relegarme a la invisibilidad—. La puerta se abre desde dentro.

Consigo salir sin chocarme con el marco de la puerta, cosa que considero todo un éxito.

En el ascensor, mientras bajo, estoy sola entre los espejos y veo a una mujer con un café frío en la mano y aspecto de que acaban de reorganizarle la vida.

Esperaba un despido. Una amonestación, una reunión con Recursos Humanos o, en el peor de los casos, una cita en los tribunales. Cualquier cosa.

Pero no esto.

Lo peor no es la oferta. Tampoco es la compañera de piso con la que ahora tendré que convivir hasta el fin de mis días. Lo peor es ese momento en el que ha dicho que jamás agacho la cabeza y mi primer pensamiento no ha sido «qué descaró», sino: se ha dado cuenta. Lleva meses sin reparar en mí y, al mismo tiempo, se ha dado cuenta de eso.

Debería dimitir. Debería terminarme este café, recoger mis cosas y buscar un trabajo en el que el consejero delegado me considere un mueble, como es debido.

En lugar de eso, sigo en el ascensor pensando en cien mil dólares, en un mensaje borrado y en la forma en que ha dibujado las comillas en el aire, mientras mi razón dice alto y claro que no.

El resto de mí ha dejado de escuchar.



Capítulo 4 — Damon

A las once estoy sentado en la reunión del consejo de administración, escuchando cómo nuestro director financiero presenta las cifras trimestrales bajo una luz que casi hace que parezcan saludables.

Hay que reconocerle que es todo un arte. Pero eso no cambia la verdad, y la verdad de esta empresa tiene un nombre: Langley. La asociación con la Langley-Gruppe es la partida más importante de nuestros libros; la red de publicidad y distribución de Richard nos sostiene trimestre tras trimestre, y toca renovar el acuerdo. Sin Langley, las cifras se desploman. Con Langley, somos intocables. La cuenta es así de sencilla, y todos los que estamos sentados a esta mesa lo sabemos.

Mi madre mejor que nadie.

Y también conoce el precio que ha exigido a cambio, aunque no figure en ningún borrador del contrato. Richard Langley tiene una hija. Sasha. La expectativa que flota entre mi madre y Richard no tiene cláusula ni fecha, pero es tan real como cualquier estipulación: la renovación y yo, en un mismo paquete. Nadie lo ha dicho nunca en voz alta. Tampoco hace falta

cuando una se llama Victoria Kane. Se limita a invitar a las personas adecuadas al fin de semana adecuado y deja que todo encaje por sí solo.

Victoria Kane está sentada a tres asientos de distancia, impecable como siempre, con las manos entrelazadas, y deja que el director financiero termine antes de tomar la palabra. Ella ha orquestado la renovación a lo largo de los años, entre cenas, galas benéficas y su vínculo personal con Richard Langley, y no pierde ocasión de recordárselo a todos los presentes.

—Las cifras son una cosa —dice, dirigiéndose a todos sin mirar a nadie, lo que, en su caso, significa que habla para una persona en concreto—. Pero las asociaciones como esta se basan en la confianza. Richard valora mucho la fiabilidad. La estabilidad.

Hace una pausa perfectamente calculada.

—También en el ámbito privado.

Ahí está.

Conozco a esta mujer desde hace treinta y un años y, a estas alturas, soy capaz de identificar sus ataques por la construcción de las frases. Cuando Victoria Kane repite un adjetivo, no es un recurso retórico, sino una diana. Estabilidad. Fiabilidad. Lleva semanas construyendo algo y hoy ha plantado el andamio en la sala de reuniones para que todo el mundo pueda verlo.

—Entonces es una suerte —digo— que nuestros borradores de contrato sean más estables que la mayoría de los matrimonios presentes en esta sala.

Alguien carraspea. Mi madre esboza su sonrisa de consejera, esa que nunca le llega a los ojos, y anota algo en su carpeta. Sé que esta ronda la he ganado yo y que, aun así, la guerra continúa. Para Victoria Kane, una batalla perdida no es más que una labor de investigación.

Después de la reunión, Ryan me intercepta en el pasillo y me sigue hasta mi despacho. Ryan Wilder, director de operaciones, la única persona de este edificio que entra en mi despacho sin que nadie lo invite y sobrevive para contarlo.

—Gran actuación —dice antes incluso de que se cierre la puerta—. Esa pulla sobre los borradores de contrato y los matrimonios. Dos miembros del consejo de administración no sabían dónde meterse.

—No les pago para eso.

—Sí, les pagas precisamente para eso. La gente que sabe dónde meterse cobra el doble.

Se deja caer en la silla frente a mi escritorio sin pedir permiso, porque Ryan nunca pide permiso.

—Estabilidad en el ámbito privado. No se cansa nunca, ¿eh?

—Ella cree que lo hace por mi bien.

—Ella cree que está jugando al ajedrez.

Coge un bolígrafo de mi escritorio, porque Ryan siempre tiene que coger algo.

—Hablando de asuntos privados. Los cotilleos de la planta dicen que tu gerente de oficina ha estado contigo esta mañana. A puerta cerrada. Bastante tiempo.

—Los cotillas deberían estar trabajando.

—Los cotillas trabajan en mi equipo, así que no puedo despedirlos sin más.

Sonríe.

—¿Y bien?

Podría cerrarme en banda. Con cualquier otra persona lo haría, pero Ryan me conoce desde la universidad, estaba a mi lado cuando todavía cometía errores que no podían solucionarse con dinero y acabará enterándose de un modo u otro. Así que le cuento la versión resumida: el mensaje de voz, los cuarenta y siete segundos, la conversación de esta mañana. Lo que no le digo es que tengo intención de acostarme con ella antes de que termine el año. Algunos planes pierden elegancia cuando se dicen en voz alta.

Ryan me observa durante un buen rato.

—Entonces has recibido un mensaje de voz en el que tu asistente...

—Gerente de oficina.

—Oh, perdón.

Se lleva una mano al pecho y hace una reverencia propia de un hombre que no está arrepentido en absoluto.

—En el que tu gerente de oficina gime tu nombre. Y tu primer impulso ha sido ofrecerle un trabajo como tu novia falsa.

—Es una solución limpia para un problema que ya existe.

—Es justo lo contrario de limpio, colega. Es lo más turbio en lo que te has metido desde hace años, y precisamente por eso te gusta.

Tira el bolígrafo sobre la mesa y se pone de pie.

—Solo voy a decir una cosa: tu madre desayuna relaciones falsas. Si esa mujer no está a la altura, Victoria se dará cuenta después de tres frases.

—Lo estará.

La respuesta sale más deprisa de lo que pretendía. Ryan arquea una ceja, pero no dice nada más, y eso es lo peligroso de él: sabe cuándo no hace falta decir nada.

Al llegar a la puerta, se vuelve una vez más.

—Solo para que conste: si esto sale mal, yo ya lo veía venir.

—Anotado.

—Y si no sale mal —añade con una sonrisa—, también lo veía venir. No puedo perder en este asunto.

Por la tarde, entre dos llamadas con la costa oeste, abro su expediente personal.

No por sus cualificaciones. Ya las conozco; yo la contraté, al menos sobre el papel, aunque fue Recursos Humanos quien tomó la decisión y yo me limité a firmar. Quiero saber quién es esa mujer que lleva meses trabajando a mi lado sin que apenas repare en ella, y el expediente me proporciona lo siguiente: Emily Warner, veinticinco años, antes gerente de oficina en una agencia de relaciones públicas de Midtown y, previamente, dos puestos que no le interesan a nadie. Referencias excelentes. Contacto de emergencia: su madre, que vive fuera de la ciudad.

Datos fríos que no explican absolutamente nada.

Y eso es precisamente lo que me intriga. Todas las mujeres de mi vida han sido libros abiertos con dedicatoria; algunas me han leído la dedicatoria durante la primera cena. Esta es un libro que se niega a abrirse, y esta mañana he visto una página por primera vez: su forma de mentir. Mal. Encantadoramente mal, con la cara convertida en un campo de batalla entre el pánico y la obstinación. Y entonces se ha inventado de la nada una compañera de piso que estoy casi seguro de que no existe. ¿Quién vive solo en Manhattan a mediados de la veintena? La gente que quiere que la dejen en paz. La gente como ella.

Me reclino en la silla e imagino el aspecto que tendría anoche. No como una silueta, sino con todo detalle: tumbada en la cama, los ojos cerrados, una mano por debajo de la cinturilla y mi nombre en los labios. Tengo la grabación como banda sonora, mi mente aporta la imagen, y la combinación me ocupa más pensamientos de los que me gustaría.

Quiero verlo. No como una fantasía. De verdad.

Quiero acostarme con ella, eso ya tengo que reconocérmelo, y si el fin de semana en los Hamptons prepara el escenario para que ocurra, tanto mejor. Instinto de caza, nada más. Una mujer que no presenta su candidatura en una vida repleta de candidatas.

El hecho de que desde esta mañana haya pensado tres veces en cómo ha dicho «Pues no», con ese tono seco en medio de su propia catástrofe, no tiene nada que ver.

La segunda llamada se alarga. Un asunto de licencias, dos abogados que se dedican a engordar mutuamente sus horas facturables, y los escucho a medias mientras me sorprendo mirando el móvil.

Nada.

Me hace esperar. O es más lista de lo que me conviene o está a punto de dimitir y emigrar a Canadá, y descubro con sorpresa que la segunda posibilidad no me gusta. Ni un poco.

Al caer la tarde, la planta se va vaciando. Oigo los ascensores ir y venir y al personal de limpieza empezar a trabajar, y yo me quedo porque siempre me quedo. La diferencia es que normalmente trabajo. Hoy sigo sentado frente a los mismos documentos sobre licencias que hace una hora, calculando cuánto tarda una mujer como Emily Warner en tomar una decisión contra la que se rebela su sentido común.

Dirá que sí. No por el dinero, aunque el dinero ayuda. Dirá que sí porque necesita que ese mensaje desaparezca. Y porque quiere saber cómo acaba esto, aunque nunca se lo confesaría a sí misma. Lo he visto esta mañana en su mirada, justo antes de que el pánico lo cubriera.

Poco después de las ocho, cuando la planta lleva ya mucho tiempo a oscuras salvo por mi despacho y las luces de la ciudad tras la fachada de cristal, su nombre se ilumina en la pantalla.

No es una respuesta a la oferta. Ni un sí ni un no. Solo una línea:

¿Cuánto plazo para reflexionar tendría?

Miro la frase y sonrío, solo en mi despacho a oscuras, como un idiota.

Hasta mañana.



Capítulo 5 — Emily

Por la noche estoy sentada en el sofá de Maggie, en un ático con vistas a media ciudad, sosteniendo un vaso de agua porque, por solidaridad, Maggie ya no tiene vino en casa y yo, por decoro, no se lo he pedido.

De camino al sofá he pasado por delante de la habitación del bebé. La puerta estaba abierta; dentro, paredes de color verde salvia, una estantería a medio montar y una cuna adornada con un lazo, todavía envuelta en plástico. Conozco este piso desde hace meses y, aun así, cada vez que paso por esa puerta me quedo parada un momento. Mi mejor amiga va a tener un hijo. Hay frases que no se vuelven más normales por mucho que una las piense.

Aiden nos ha recibido, me ha quitado de las manos la parte más pesada de la puerta sin decir una palabra y luego se ha esfumado con mucho tacto.

—Os dejo solas —ha dicho, posando brevemente una mano sobre el hombro de Maggie—. Si necesitas refuerzos, estoy en la cocina.

—¿Por qué iba a necesitar refuerzos? —ha preguntado Maggie.

—Porque Emily tiene esa cara.

Puede que ese hombre diga tres frases por hora, pero siempre da en el clavo. Ahora Maggie está sentada frente a mí en el sillón, con los pies en alto y la barriga delante como una aliada, y me observa como si fuera una radiografía.

—Vale —dice—. Suéltalo. Por teléfono sonabas como aquella vez que destrozaste mi batidora y estuviste tres días dando rodeos antes de confesarlo.

—Esto es peor que lo de la batidora.

—Peor que lo de la batidora. —Asiente con solemnidad—. Entonces es un hombre.

—¿Por qué pasas directamente de una batidora a un hombre?

—Porque para cualquier otra cosa ya habrías encontrado una solución. —Me señala de los zapatos al peinado—. Eres la persona más competente que conozco, Emily. Cuando pones esa cara, o se ha muerto alguien o hay un hombre de por medio, y pareces demasiado culpable para que sea una muerte.

Se lo cuento. Todo. Las fotos del evento de la empresa, la segunda copa de vino, la aplicación de música, el mensaje de voz, los cuarenta y siete segundos, la inexistencia de una opción para borrarlo, la nota sobre el teclado, el despacho, la puerta cerrada con llave. Al llegar a lo de la compañera de piso, me levanto de un salto y empiezo a gesticular, porque hay cosas que no se pueden contar sentada. Maggie se aprieta un cojín contra la cara y se ríe detrás de él hasta que le saltan las lágrimas.

—Lo siento —jadea desde detrás del cojín—. No lo siento. Em. Te has inventado una compañera de piso.

—Lo sé.

—Vives sola. Te gusta tanto vivir sola que, cuando llevas dos horas con visita, mientes y dices que el casero está a punto de llegar.

—LO SÉ.

Se seca los ojos y entonces, porque es Maggie, se pone seria de un segundo para otro.

—¿Y después? ¿Qué ha hecho? Por favor, no me digas que ha acudido a Recursos Humanos.

—Me ha ofrecido un trato.

Recito las condiciones como si fueran el parte meteorológico, porque es la única forma de pronunciarlas sin ponerme histérica: novia falsa. Un fin de semana con su familia en los Hamptons dentro de dos semanas y, después, un puñado de actos oficiales. A cambio, borrará el mensaje delante de mí, definitivamente, y además me dará cien mil dólares.

Maggie guarda silencio durante un buen rato. Al otro lado de la cristalera, las luces de la ciudad parpadean.

—Un trato —dice por fin, y en su voz hay un matiz que no consigo identificar de inmediato—. Mi último trato de mentira tampoco salió del todo según lo previsto.

La miro. Ella se lleva una mano a la barriga y las dos sonreímos, aunque nada de todo esto tenga la menor gracia.

—Esto es distinto —digo.

—Eso mismo dije yo entonces. —Se inclina hacia delante tanto como se lo permite la barriga—. Vale. Hagámoslo bien. ¿Qué motivos hay en contra?

—¿Todos? —Los enumero con los dedos—. Es mi jefe. Si esto sale a la luz, durante el resto de mi carrera seré la asistente que se ha acostado con el jefe para ascender, mientras él seguirá siendo el consejero delegado como si nada. La diferencia de poder es de chiste. Por lo que se rumorea en los pasillos, su madre es un desastre natural con collar de perlas. Y tendría que ir de la mano con un hombre cuya mera fantasía ha bastado para hacer saltar mi vida por los aires. ¿Qué crees que podría provocar todo un fin de semana?

—¿Y a favor?

—El mensaje desaparecerá. Definitivamente y delante de mí. Y son cien mil dólares, Maggie. Un año de libertad. Ahorros. La primera vez que podré respirar tranquila desde que cumplí dieciocho años.

—Enumeras lo que supone el dinero, pero en realidad hablas de poder respirar —dice Maggie.

Odio que haga eso.

Pero tiene razón y, precisamente porque la tiene, sigo hablando, ahora en voz más baja. De una cuenta bancaria que nunca entra en números rojos, pero que tampoco se aleja lo suficiente de ellos como para que pueda dejar de echar cuentas. De mi madre, que lleva treinta años trabajando y todavía contiene la respiración cada vez que recibe la liquidación de los gastos de la vivienda. Todo lo que tengo me lo he ganado yo sola, he cargado sin ayuda con cada caja de cada mudanza, y estoy orgullosa de ello, de verdad. Pero el orgullo es una moneda con la que no se puede pagar el alquiler. Para Damon Kane, cien mil dólares son un fin de semana. Para mí, son la primera puerta de mi vida que se abre sin que tenga que embestirla con el hombro.

Maggie me deja cocerme en mi propio jugo durante un rato, bebe un sorbo de té y entonces formula la pregunta que llevaba todo este tiempo guardada en la recámara. Sabía perfectamente que acabaría haciéndola:

—¿No quieres hacerlo porque es demasiado? ¿O porque te da miedo que te guste?

Silencio.

En la habitación contigua, Aiden vacía el lavavajillas de forma muy silenciosa y totalmente innecesaria. Sigo sentada en el sofá sin encontrar una respuesta rápida. Esa es la respuesta, y ambas lo sabemos.

Porque ese es el problema. No le tengo miedo a Damon Kane. Es arrogante y controlador y esta mañana ha disfrutado visiblemente con mi ejecución, pero también ha dicho: «No soy un chantajista». Y lo más absurdo es que le he creído. Tengo miedo de la mujer que anoche gimió su nombre. Porque esa mujer era real. Más real que todo lo que llevo meses haciendo durante el día.

—No le tengo miedo —digo por fin.

—Lo sé —dice Maggie con dulzura—. Esa no era la pregunta.

Miro el móvil, que está a mi lado en el sofá. De camino aquí le he escrito una sola línea, una que he tardado diez minutos en redactar en el taxi: ¿Cuánto plazo para reflexionar tendría? Su respuesta ha llegado antes de que el taxi alcanzara el siguiente semáforo.

Hasta mañana.

Nada más, y casi he podido ver su sonrisa burlona a través de la pantalla.

Me acompaña hasta la puerta, algo que, en su estado, se ha convertido ya en una pequeña procesión. En el pasillo, me agarra de la manga.

—Em. Una cosa más y después me callo. Si lo haces, que no sea por el mensaje ni por el dinero. Ambos son buenos motivos y ambos son excusas. Hazlo solo si puedes soportar que, al final, quizá deje de parecerte fingido. Esa es la parte que te mata. Pregúntame cómo lo sé.

—A ti te salió bien.

—A mí me salió bien porque tuve más suerte de la que merezco. —Me abraza lo mejor que le permite la barriga y, durante un momento, nos quedamos así, mi mejor amiga, yo y la personita que hay entre ambas y que todavía no sabe nada de todo esto—. Y porque al final pusimos todas las cartas sobre la mesa. Recuérдалo.

La escalera huele al caro producto de limpieza que usan en esta clase de edificios, y bajo los escalones sin llamar al ascensor porque necesito moverme.

Condiciones, pienso. Si voy a hacerlo, será bajo mis condiciones. No volveré a quedarme de pie en su despacho dejando que me humille como esta mañana. Habrá reglas, por escrito, aunque tenga que ser en un posavasos, pero las habrá. Empiezo a redactarlas mentalmente mientras bajo las escaleras: nada de tocar donde no corresponde. Nada de besos, salvo que de verdad no se puedan evitar. No pasar la noche juntos. Y Nadia no se enterará, nadie de la oficina sabrá nada; esto solo existirá allí donde deba existir por contrato.

Establecer reglas sienta bien. Se me dan bien las reglas. Coges el caos, trazas unas líneas en su interior y de pronto parece un plan. Y no aceptaré el dinero hasta el final, cuando borre el mensaje. Ni un céntimo antes. En este

asunto no soy su empleada. Soy su contraparte contractual, y la diferencia es importante, aunque en este momento solo pueda explicármela a mí misma.

Ya en la calle, saco el móvil antes de que el valor decida dar por terminada su jornada.

Lo haré. Pero necesitamos reglas.

La respuesta llega cuatro segundos después. Cuatro. Los he contado.

Mañana, a las ocho. En mi despacho. Estoy deseando negociar.

Me quedo plantada en la acera mientras un taxi pasa a toda velocidad, y no sé qué es peor:

La frase.

O que esté sonriendo.



Capítulo 6 — Damon

A las 7:50 llaman a la puerta de mi despacho y me doy cuenta de que llevo un cuarto de hora sin hacer otra cosa que esperar esos golpes.

En ese cuarto de hora he abierto dos correos y no he leído ninguno. He abierto la carpeta de Langley y he vuelto a cerrarla. Me he dicho que esto no será más que un trámite, una negociación contractual como otras cien, y después he mirado el reloj tres veces en cuatro minutos, como un hombre que espera una segunda cita mientras intenta convencerse de que se trata de una reunión de negocios. La comparación no me gusta. Aun así, por honradez, la mantengo.

—Adelante.

Emily Warner entra en mi despacho como una abogada con su primer caso propio: traje de chaqueta, el pelo severamente recogido y un móvil en la mano que sostiene ante sí como si fuera una carpeta. Cierra ella misma la puerta, pero se queda ostensiblemente al alcance del picaporte.

—Tengo una lista —dice en lugar de saludar.

—Buenos días a usted también.

—Reglas. Usted quería negociar; esta es mi postura negociadora. —Levanta el móvil y lee con la voz de una mujer que ha ensayado delante del espejo esta noche—. Regla uno: nada de tocar por debajo de la cintura.

—Defina «cintura».

Alza la vista.

—Es un término anatómico perfectamente establecido.

—En público tendré que ponerle una mano en la espalda. La espalda queda por encima de la cintura, la zona lumbar es negociable y todo lo que esté más abajo se incluye en la regla uno. De acuerdo. Continúe.

Parpadea un instante porque esperaba resistencia y se encuentra con rapidez.

—Regla dos: nada de besos en la boca. A menos que sea absolutamente necesario.

—Defina «absolutamente necesario».

—Cuando no besarnos pueda poner en peligro la tapadera.

—¿Quién lo decide?

—Yo.

—¿Allí mismo? ¿En el preciso instante en que mi madre nos esté observando y se pregunte por qué su hijo mira a su novia como si fuera una

inspección de Hacienda? —Me recuesto en la silla—. Ambos tendremos capacidad de decisión. En caso de duda: breve y convincente. Continúe.

—Lo hace adrede.

—¿Qué hago adrede?

—Esto. —Me señala con el móvil, un gesto que parece abarcarlo prácticamente todo—. Ese tono negociador. Como si estuviéramos en medio de una adquisición.

—Señorita Warner, ha irrumpido en mi despacho a las ocho de la mañana con una lista. Uno de los dos ha convertido esto en una adquisición, y no he sido yo. —Señalo su móvil—. Por cierto, si quiere, también puede enviarme los puntos en un mensaje de voz. Ah, no. —Hago una pausa de un segundo—. Esa era su compañera de piso.

Se le enrojecen las orejas. Es fascinante: su rostro permanece totalmente impassible; solo las orejas capitulan.

—Regla tres —dice un poco más alto—: no pasar la noche juntos.

—El fin de semana en los Hamptons dura dos noches.

—Habitaciones separadas.

—Mi madre nos dará una habitación compartida. Cree en la eficiencia a la hora de organizar a sus invitados y no cree en nada que pueda despertar sus sospechas.

—Entonces duerma en el suelo.

—No duermo en el suelo.

—Entonces dormiré yo. —Lo dice de inmediato, sin pensárselo, con la barbilla en alto, y tomo nota mentalmente: esta mujer prefiere dormir sobre un suelo de parqué en los Hamptons antes que ceder en su postura. Mi madre querrá odiarla o adoptarla.

—Resolveremos lo de las habitaciones allí —digo—. Continúe.

—Regla cuatro: solo interpretaré el papel de novia en actos oficiales. Nada de ensayos, nada de cenas improvisadas ni llamadas fuera del horario laboral que no estén relacionadas con el trabajo.

—¿Cómo pretende que inventemos una historia creíble sobre cómo nos conocimos? Mi madre hará preguntas. Querrá detalles. Fechas.

—Entonces concertaremos una reunión para eso. Con orden del día.

—Una reunión con orden del día para enamorarnos. —Asiento con seriedad—. Muy romántico.

—No tiene que ser romántico, tiene que ser infalible.

—Continúe.

—Regla cinco. —Aquí vacila por primera vez y baja ligeramente la voz—. Nadie de la oficina se enterará. Nadie. Sobre todo, las personas con las que trabajo a diario. Si esto sale a la luz, usted perderá un titular. Yo perderé todo lo demás.

La miro y dejo a un lado las burlas por un momento, porque tiene razón y porque la forma en que lo dice no es una táctica de negociación.

Es entonces cuando comprendo lo que significa esta negociación para ella. Para mí, el fin de semana es una jugada contra mi madre, una molestia con

servicio de catering. Para ella, es caminar por la cuerda floja sin red, sobre un público que solo espera que alguien como ella se caiga. No está negociando unas reglas. Está negociando desde qué altura puede caer.

—De acuerdo —digo—. Discreción absoluta. Por mi parte, solo lo sabe Ryan Wilder, que ya está al corriente y cuyo silencio garantizo.

—¿Se lo ha contado a su director de operaciones?

—Le cuento a Ryan todo lo que acabará averiguando de todos modos. Así ahorramos tiempo. —Me levanto, rodeo el escritorio y me apoyo en el borde delantero, reduciendo a la mitad la distancia entre nosotros. Ella no retrocede ni un centímetro, algo de lo que tomo nota—. Mis condiciones. Primera: durante el fin de semana no habrá «usted» que valga. Mi novia no me trata de usted.

—Delante de su familia, de acuerdo.

—Segunda: recibirá un informe. Familia, nombres, campos de minas. Necesitaremos una tarde para eso y sí, señorita Warner, con orden del día, si insiste.

—¿Y la tercera?

—Tercera. —La miro—. Si quiere retirarse, retírese. En cualquier momento y sin dar explicaciones. Conseguirá igualmente que se borre el mensaje, pero no recibirá el dinero. Yo no compro rehenes.

Me estudia durante un buen rato, y en su mirada se mueve algo que no consigo descifrar del todo. Eso, por sí solo, ya resulta digno de mención, porque leer a la gente forma parte de mi trabajo.

—De acuerdo —dice por fin.

—Entonces tenemos un trato. —Le tiendo la mano. Vacila medio segundo antes de estrechármela. Su apretón es firme, breve y muy profesional; su mano está caliente, y me guardo ambas cosas para mí.

Se dirige a la puerta y, al llegar, se vuelve una vez más.

—Le enviaré la lista por escrito.

—¿En un mensaje de voz?

La puerta se cierra tras ella con un poco más de fuerza de la necesaria, y yo me quedo en mi despacho sonriendo como un idiota por segunda vez en dos días.

Nota mental, estrictamente confidencial: voy a romper todas y cada una de esas reglas. No hoy. Ni por la fuerza ni mediante engaños; yo no trabajo así. Pero estaré presente cuando sea ella misma quien las rompa, una tras otra. Y si algo sé hacer es esperar hasta que la otra parte llegue por sí sola a la conclusión de que hay que renegociar el contrato.

El resto del día es trabajo y, por primera vez en mucho tiempo, trabajar parece una interrupción.

Por la tarde le envío los datos básicos del fin de semana, redactados en tono profesional, con el asunto: Planificación del proyecto, tercer trimestre. Si el departamento informático revisa algún día nuestras comunicaciones, encontrará un proyecto ejemplarmente aburrido. Responde en menos de diez minutos con tres preguntas muy precisas y la propuesta de celebrar la sesión informativa el jueves por la tarde, en la sala de conferencias cuatro, a las siete. Ella llevará el orden del día.

La sala de conferencias cuatro. Ha reservado una sala de conferencias para nuestra sesión informativa sobre cómo enamorarnos, probablemente con proyector incluido. Rechazo la sala y escribo: Mi despacho, a la misma hora. Pediré comida; de lo contrario, creará que es una reunión.

ES una reunión, responde.

Entonces será una reunión con comida. ¿Alguna preferencia?

La respuesta tarda cuatro minutos, lo que en su caso es una eternidad: Nada de sushi. Por lo demás, cualquier cosa.

Tomo nota: nada de sushi. Es la primera información personal que esta mujer me ofrece voluntariamente en meses, y la trato como corresponde: la memorizo como si pudiera afectar a la cotización y jamás admitiré que lo he hecho.

Al caer la tarde, Ryan se pasa por mi despacho, echa un vistazo a mi cara y se detiene en el umbral.

—Ni una palabra —digo.

—No he dicho nada.

—Has puesto una cara.

—Esta es mi cara, Damon. No puedo quitármela sin más. —Da dos golpecitos en el marco de la puerta, como hace siempre antes de decir algo que debería guardarse—. Solo es una observación: hoy has sonreído durante la pausa para comer. Mientras comías. Solo.

—Fuera.

Se marcha y yo continúo un rato inclinado sobre los documentos de Langley que Victoria me ha hecho llegar a través de su oficina, con anotaciones manuscritas en los puntos que considera importantes. Su letra, la misma de todas las cartas de cumpleaños de mi infancia. En la última página, junto a la cláusula sobre la duración del contrato, hay una sola palabra con signo de exclamación, escrita con su pulcra letra inclinada: ¡Fiabilidad!

Cierro la carpeta.

Dentro de dos semanas, esa mujer de los signos de exclamación se encontrará frente a una relación inventada compuesta por cinco reglas y un mensaje de voz, y examinará cada segundo para comprobar su autenticidad.

Me pregunto cuál de los dos está menos preparado para ese fin de semana.



Capítulo 7 — Emily

Dos días después, aparece ante la puerta de mi piso una caja tan grande que al principio pienso que es una entrega de muebles y tan pesada como solo puede serlo el cartón cuando dentro hay dinero.

La abro sobre la mesa de la cocina. Papel de seda, capas y capas, y debajo, un vestido. Verde oscuro, sencillo de esa forma que resulta más cara que cualquier extravagancia, y sé, antes de ver la etiqueta, que este vestido ha costado más que el alquiler de un mes.

Lo levanto. Me lo pongo por delante. Y luego me lo pongo de verdad, solo para saberlo, solo para mí, aquí, en mi cocina.

Me queda perfecto. Al milímetro.

Me planto ante el espejo del pasillo y odio que me quede perfecto. ¿Cómo sabe ese hombre cuál es mi talla? Hay dos posibilidades y ninguna me gusta: o se lo ha preguntado a alguien, lo que significa que hay otra persona al tanto, o lo ha sabido él solo, así, con mirarme, y eso significa que se ha fijado en mí mucho más de lo que lo hace un hombre para quien soy parte del mobiliario.

Dentro de la caja hay una tarjeta. La misma caligrafía impecable que en la nota que puso mi vida patas arriba.

Prueba mañana después del trabajo. Hay cosas que necesito ver antes.

Leo la frase tres veces y no se vuelve más inocente con ninguna de ellas.

La empresa después de la jornada laboral es otro edificio. Los pasillos están en penumbra, los ascensores llegan más deprisa porque ya no queda nadie para llamarlos y, ante la puerta de cristal esmerilado de su despacho, me detengo un instante, con el vestido en una funda colgada del brazo, y me digo que esto es una reunión de negocios.

No está sentado al escritorio. Está de pie junto a la ventana, con la chaqueta sobre el respaldo de la silla y las mangas remangadas, y cuando se vuelve, ahí está de nuevo esa mirada que es demasiado sol.

—El baño está ahí enfrente —se limita a decir.

Me cambio en el baño privado de su despacho, una frase que jamás pensé que algún día formaría parte de mi biografía. El vestido se desliza sobre mi cuerpo como si supiera cosas de él que yo misma desconozco, y la mujer del espejo sobre el lavabo parece alguien que no desentonaría de inmediato en las fotos familiares de los Kane. Supongo que ese era el objetivo.

Cuando salgo, no dice nada.

Eso es lo primero que resulta distinto. Damon Kane tiene un comentario, una cláusula o una ocurrencia para todo, y ahora está junto a su escritorio, con un expediente en la mano que ya no lee, y no dice nada. Solo me mira, de arriba abajo y de nuevo hacia arriba, con detenimiento, sin ninguna prisa,

y siento esa mirada sobre la piel de una forma que no tiene nada que ver con el vestido.

—¿Y bien? —pregunto, porque uno de los dos tiene que volver a hablar.

—Funciona —dice al fin, con la voz un matiz más ronca de lo habitual. No se aclara la garganta; simplemente lo deja así.

—Funciona. Vaya. Le transmitiré su entusiasmo al vestido.

—Dese la vuelta.

—¿Perdón?

—El collar —dice—. Está torcido.

Me doy la vuelta porque es más fácil que seguir mirándolo, y entonces lo oigo acercarse, siento su calor a mi espalda antes de que me toque. Sus dedos me rozan la nuca mientras centra el cierre del collar, un contacto de tres segundos, quizá cuatro.

No aparta la mano de inmediato.

No respiro. Él tampoco; puedo oírlo. Estamos en este despacho vacío, sobre una planta vacía, y las yemas de sus dedos descansan en mi nuca como si alguien hubiera detenido el tiempo y se hubiera olvidado de ponerlo de nuevo en marcha.

Entonces da un paso atrás y el mundo sigue girando.

—Ahora está bien —dice, de nuevo con un tono completamente profesional, y se dirige a la mesa de reuniones del rincón, donde hay unas

cajas que huelen a comida tailandesa—. Coma. Tenemos que preparar la visita.

Nos sentamos a su mesa de reuniones, con unos fideos de arroz entre los dos y una familia que me sirve en forma de expedientes.

—Mi madre —dice—. Victoria Kane. Se mostrará encantadora. Esa es su versión más peligrosa, recuérdelo. Si se pone maleducada, habrá ganado; significará que está nerviosa. Mientras sonría, estará diseccionándola.

—¿Qué quiere oír?

—Nada que usted pueda decirle. Ya ha elegido a la mujer que quiere para mí; desde su punto de vista, cualquier otra opción es vandalismo. —Lo dice sin amargura, como si explicara la geografía de un país—. Por cierto, se llama Sasha Langley. La elegida. Estará allí.

—La hija del socio.

Él levanta un momento la vista.

—Presta atención a lo que se comenta en la oficina.

—Soy gerente de oficina. Escuchar es la mitad del trabajo. —Pincho un fideo—. ¿Y qué es ella para usted? Para saber qué papel debo interpretar.

—Es una expectativa de mi madre. No necesita saber nada más y nada más importa.

Es una respuesta pulida, demasiado pulida, como una puerta que se cierra antes de que la mirada pueda colarse por ella, pero la dejo pasar. Estamos en la regla cuatro, esta es una cita con orden del día y en ese orden del día figura su familia, no su pasado.

—Mi padre —continúa—. Robert. Apenas le dirigirá tres frases. No se lo tome como algo personal; nunca le dice más de tres frases a nadie. Antes era distinto. —Una pausa diminuta; otra vez la puerta—. Si le cae bien, le enseñará el jardín. Para él, eso equivale a una recepción de Estado.

—¿Y cómo sabe si alguien le cae bien?

—No se sabe. Uno se entera años después por el ama de llaves.

Me río antes de poder contenerme, y él me mira sorprendido, como si no hubiera esperado que una de sus frases pudiera provocar algo así, y por un instante parece más joven.

—¿Hay alguien más a quien deba conocer?

—Nathan. —Pronuncia el nombre y algo en su postura se vuelve un poco más recto, más formal, como un hombre que lee un informe—. Mi hermano mayor. Murió hace unos cinco años, en un accidente de coche. No estará allí, pero, aun así, estará, si entiende lo que quiero decir. En esa casa nunca se ha ido del todo.

Expone los hechos como si fueran cifras bursátiles: fecha, causa, consecuencia. Ningún temblor, ninguna pausa, nada a lo que aferrarse, y es precisamente eso lo que me permite reconocer lo hondo que lleva clavado el dolor. La gente cuenta las cosas triviales de forma caótica y las terribles con orden. Este es el fragmento de discurso más ordenado que le he oído jamás.

No escarbo. Todavía no. Hago las preguntas propias de un orden del día: cuánto dura el trayecto, quién más está invitado, desde cuándo se supone que estamos juntos. Él responde y, entre respuesta y respuesta, vuelve a llenarme el plato sin preguntar. Se lo permito sin hacer ningún comentario y, entre campos de minas familiares y fideos de arroz, esto deja de parecer una reunión.

Es entonces cuando me doy cuenta. Estamos aquí sentados como aliados. No como jefe y empleada, ni como chantajista y víctima, que nunca lo ha sido, eso he de concedérselo. Como dos personas que resuelven juntas un problema, y el problema es su familia, y él me ha dejado sentarme en su lado de la mesa.

Cuidado, Emily.

Por la noche llamo a Maggie, con las piernas sobre el sofá y el vestido de nuevo a salvo en la funda, como si fuera una prueba.

—¿Y bien? —pregunta—. ¿Qué tal ha ido la reunión de enamorados?

—Ha sido instructiva. —Me subo más la manta—. Tiene un hermano muerto y una madre que lo trata como una pieza de ajedrez.

Maggie guarda silencio durante un momento.

—Me suena —dice entonces, y sé que está pensando en Aiden, en siete años de malentendidos y en una familia que nunca lo fue—. ¿Em?

—¿Mmm?

—Ten cuidado. Justo ahí es donde se vuelve peligroso. A un gilipollas arrogante puedes mantenerlo a distancia. A un gilipollas arrogante con heridas, no.

Después de colgar, me quedo mucho tiempo sentada en el sofá, pensando en tres segundos de unas yemas sobre mi nuca.

Al día siguiente, Nadia me intercepta en la zona del café, con aire despreocupado, demasiado despreocupado.

—Oye —dice mientras remueve el contenido de su taza sin mirarme—. ¿Por qué hay una funda de vestido con tu nombre en la antesala de Kane?

Me olvido de respirar durante un segundo.

—La tintorería —digo—. Ha sido un error. Han confundido mi dirección con la de la empresa; hay todo un lío con el servicio de reparto, no preguntes.

Nadia continúa removiendo y me mira con esa expresión que pone cuando revisa presupuestos.

—Entiendo —dice—. Todo un lío con el servicio de reparto.

No se cree ni una palabra. Necesito urgentemente mejores mentiras o una vida que no las necesite.

—ele—

Capítulo 8 — Damon

Dos semanas después, por fin ha llegado el momento: el fin de semana al que todo conducía. Llevamos una hora en la autopista de Long Island y Emily Warner va sentada en el asiento del copiloto como si antes lo hubiera desinfectado y levantado acta de ello.

—Repasémoslo otra vez —dice.

—Ya lo hemos repasado tres veces.

—Pues ahora lo habremos repasado cuatro. ¿Cómo nos conocimos?

—En la oficina. Hace cuatro meses, durante la reforma de la planta de Marketing. Tú salvaste una planificación presupuestaria y yo te invité a cenar.

—¿Quién dio el primer paso?

—Yo.

—Poco creíble.

Aparto la vista de la carretera durante un segundo.

—¿Cómo dices?

—Poco creíble —repito mirando al frente, como si estuviera leyendo el parte meteorológico—. Yo habría dado el primer paso. Estás estreñado emocionalmente. Te habrías pasado tres meses practicando el contacto visual y luego lo habrías llamado estrategia.

Me río.

Hasta a mí me sorprende esa risa. Nace de un lugar más profundo de lo habitual, y ella vuelve la cabeza y me mira como si hubiera oído un sonido cuya existencia no figura en la ficha técnica.

—De acuerdo —digo—. Tú diste el primer paso. Mi madre se lo creerá de todos modos; encaja con su idea de las mujeres que se apoderan de lo que les pertenece.

—Qué encantador. Y a partir de ahora nos tuteamos en todo momento, ¿de acuerdo? Si delante de tu familia se me escapa un «usted», todo esto no habrá servido de nada.

—Llevas haciéndolo todo el trayecto.

Se queda quieta, repasa mentalmente las últimas frases y veo el instante exacto en que se da cuenta de que lleva tuteándome desde Manhattan sin habérselo propuesto. Se cruza de brazos.

—Formaba parte del método.

—Por supuesto.

—Todo lo que hago forma parte del método.

—Eso doy por hecho, señorita Warner.

—Emily —me corrige—. Tu novia se llama Emily, y si la llamas señorita Warner, tu madre pensará que tenemos un problema con los juegos de rol.

Me río por segunda vez en diez minutos. Con ella resulta alarmanamente fácil; ese es el balance sincero. Tomo nota de esa facilidad y la aparto como una cifra que no encaja en el presupuesto. La facilidad no forma parte del acuerdo. El acuerdo necesita credibilidad, y si esa credibilidad se siente como una tarde agradable, se trata de una mejora de la eficiencia, no de un asunto que requiera más análisis.

Se queda callada antes de llegar al camino de entrada. La casa aparece detrás de los setos, primero el tejado y luego toda la fachada blanca, con la tarde reflejada en las ventanas, y por un instante la veo a través de sus ojos: demasiado grande, demasiado perfecta, demasiado parecida a un decorado.

—Eso no es una casa —dice—. Es una entrevista de trabajo con contraventanas.

—Espera a conocer al jurado.

Aparco delante de la casa, junto a los coches que ya están allí, y durante un momento ambos permanecemos sentados, cada uno por sus propios motivos. Hace meses que no vengo. Por dentro, la casa huele a cera para muebles, a flores frescas y a un pasado que mi madre cuida como un jardín. Respiro hondo antes de abrir la puerta.

—¿Preparado? —pregunta Emily.

—Es la casa de mis padres. Uno nunca está preparado para algo así.

Mi madre nos recibe en la escalinata de la entrada, y no es casualidad. Victoria Kane recibe a sus invitados allí donde parece más imponente.

—Damon.

Besa el aire junto a mi mejilla. Después se vuelve hacia Emily y observo cómo lo capta todo en un segundo y medio: vestido, zapatos, porte, procedencia.

—Y usted debe de ser Emily.

—Señora Kane. Gracias por la invitación.

—Por supuesto.

El apretón de manos de mi madre es una comprobación de solvencia; nunca lo he vivido de otra manera.

—Damon me ha contado sorprendentemente poco sobre usted.

—Me alegro —responde Emily con amabilidad—. Eso significa que aún no he podido causarle una mala impresión.

Algo se pone en marcha en el rostro de Victoria, un engranaje oculto tras la sonrisa que descompone la respuesta en sus elementos, busca insolencia y no encuentra ninguna a la que poder aferrarse.

—Qué refrescante —dice—. Venga. Los demás ya están aquí.

Los demás. Sé lo que significa antes de que lleguemos a la terraza.

Sasha Langley está al fondo del salón con una copa de vino blanco en la mano y un vestido diseñado para esta casa. Nos mira con la naturalidad de una mujer que no se considera una invitada, sino alguien que ha llegado temprano. Así lo ve ella. Así le ha enseñado mi madre a verlo a lo largo de los años. Por un momento, algo frío me sube por la nuca. No va dirigido a Sasha, sino al acuerdo que hay detrás, a toda esa maquinaria silenciosa que sigue y sigue funcionando sin importar lo que yo diga.

—Damon.

Sasha viene hacia nosotros, besos en ambas mejillas. Su perfume sigue siendo el mismo.

—Así que esta es Emily.

Sonríe a Emily con una calidez que parece sincera a primera vista, y solo quien conoce a la familia oye el énfasis en «esta».

—Qué bien. Victoria lleva tiempo haciendo cábalas.

—¿Haciendo cábalas? —dice Emily—. ¿Sobre mí?

—Bueno... —Sasha da un sorbo al vino—. Es que usted también es un pequeño misterio. Nadie la conoce.

—Eso tiene fácil solución —dice Emily—. No soy especialmente complicada.

—Eso —dice Sasha, dedicándome una sonrisa— sí que no me lo creo. Damon nunca ha tenido gustos sencillos.

Y así continúa durante las primeras horas de la velada, un duelo de floretes a un volumen perfectamente cortés. Emily se defiende como esperaba, incluso mejor. No está interpretando. Esa es la diferencia que se me hace cada vez más evidente cuanto más la observo: todos los presentes interpretan un papel; mi madre, el de anfitriona; Sasha, el de futura nuera; yo, el de hijo que ha venido acompañado. Emily se limita a estar allí, amable, alerta, impasible, y esta casa no sabe qué hacer con una persona que se niega a representar un papel.

La cena es el plato fuerte del torneo.

Somos seis sentados a una mesa para doce. Mi padre ocupa la cabecera y apenas ha pronunciado diez palabras desde que llegamos; mi madre se sienta frente a él y, entre ambos, estamos nosotros y dos vecinos a los que Victoria ha invitado para que hagan de público.

—Cuéntenos, Emily —dice mi madre mientras sirven el pescado—. ¿A qué se dedican sus padres?

Conozco esa pregunta. En boca de mi madre no expresa interés; es una máquina clasificadora.

—Mi madre trabaja en el comercio minorista —responde Emily sin soltar los cubiertos—. Lleva treinta años haciéndolo. Mi padre se marchó cuando yo tenía seis, así que, por desgracia, no puedo decirle a qué se dedica. Espero que haga algo que lo haga feliz, muy lejos de aquí.

La mesa queda en silencio durante dos segundos. La vecina coge su vaso de agua.

—Lo siento —dice Victoria, y suena casi sincera.

—No tiene por qué. Mi madre lo hizo de maravilla.

Emily le sonríe.

—De ella aprendí a trabajar. Y a escuchar. Se oyen cosas increíbles cuando la gente cree que una no es importante.

Cojo mi copa y bebo para contener la sonrisa. Desde la cabecera, mi padre levanta por primera vez en toda la noche la vista del plato y observa a Emily durante dos o tres segundos. Reconozco esa mirada, aunque hace años que no la veía. Es la forma en que antes evaluaba las ofertas: en silencio, con detenimiento y benevolencia.

Sasha se inclina hacia delante.

—Qué encantador. Damon siempre ha sentido debilidad por los... proyectos.

La frase queda sobre la mesa como una hoja desnuda. Estoy a punto de intervenir, pero Emily se me adelanta.

—Es cierto —dice con amabilidad—. Me ha hablado de la empresa. Es asombroso lo que puede llegar a ser un proyecto familiar cuando toma las riendas la generación adecuada.

La vecina se atraganta con el vino. Mi padre, desde la cabecera, emite un sonido que podría ser una tos o su primera carcajada en mucho tiempo; no hay forma de demostrarlo. Mi madre vuelve a doblar la servilleta, lo que, en su caso, significa que está recargando.

Debajo de la mesa, donde nadie puede verlo, la rodilla de Emily choca brevemente con la mía. Sin querer, dice su cara. A propósito, dice su rodilla.

He odiado esta mesa toda mi vida. Esta noche, por primera vez, me estoy divirtiendo.

Después de cenar, mi madre me lleva a la biblioteca con el pretexto de enseñarme unos documentos que no existen.

Cierra la puerta, se acerca a la ventana y deja fuera a la anfitriona. Lo que queda es la otra Victoria, la precisa.

—Esa no es la mujer que tenía prevista para ti.

—Lo sé.

Mi respuesta suena más serena de lo que había planeado, y quizá sea precisamente esa calma lo que la hace guardar silencio un segundo más de la cuenta. Me examina como antes ha examinado a Emily, solo que con más detenimiento. Después esboza una sonrisa fría que ni siquiera recorre la mitad del camino hasta sus ojos.

—Entonces estamos de acuerdo —dice— en que no es nada serio.

Y allí estoy, en la biblioteca de mis padres, en la casa donde he ganado todas las negociaciones de mi vida antes siquiera de que empezaran, y me doy cuenta de que, por primera vez esta noche, no se me ocurre ninguna respuesta ingeniosa.



Capítulo 9 — Emily

A la mañana siguiente me despierto en una habitación de invitados más grande que todo mi piso, en una cama en la que podrían dormir cuatro personas sin llegar a encontrarse.

Por cierto, la cuestión de las habitaciones se ha resuelto sola: Victoria nos ha dado cuartos separados. Damon ha arqueado una ceja, yo he marcado mentalmente la casilla de la regla tres y solo al quedarme dormida he caído en lo que significan las habitaciones separadas: su madre no se cree lo nuestro. No tiende trampas a las parejas. Se las tiende a los actores.

Desayunamos en la terraza. La mesa está puesta como para una revista, y la disposición de los asientos no es tal, sino una formación de combate: acabo junto a la vecina de ayer y enfrente de Sasha, tan lejos de Damon como permite la mesa. Victoria lo dirige todo con dos gestos y una sonrisa.

—Espero que haya dormido bien —dice mientras sirve el té—. La habitación era el dormitorio de Damon cuando era niño. Ya no se nota, la reformamos. Damon siempre ha estado muy apegado a las cosas antiguas.

Hace una pausa durante la cual el tintineo de una cucharilla le da aún más peso a la frase.

—A diferencia de otros.

Es la cuarta frase de este tipo desde anoche. Pequeños alfilerazos, colocados como quien no quiere la cosa: las antiguas acompañantes de Damon —en plural, por supuesto—, la importancia de la tradición familiar, lo fundamental que es saber cuál es tu sitio. Sonrío, como y mantengo el rumbo. Si se pone grosera, habré ganado, dijo Damon. De momento sigue siendo muy, muy educada.

Robert está sentado en un extremo de la mesa leyendo el periódico. Uno de verdad, de papel. Apenas ha dicho nada desde ayer, pero antes, cuando me he sentado, me ha acercado la mermelada sin levantar la vista, y decido que en esta casa eso cuenta como conversación.

—El jardín es precioso —digo en su dirección, porque es verdad y porque nadie más habla con él—. Esas rosas del fondo, ¿son variedades antiguas? Mi madre intentó durante años cultivar una así. En un balcón de Queens, todo hay que decirlo. El experimento tenía sus limitaciones.

Robert mira por encima del periódico. Es la primera vez que me mira directamente.

—Las que están junto al muro son más antiguas que Damon —dice. Su voz suena como algo que se utiliza poco y se conserva bien—. No les gusta el viento de aquí. Hay que atarlas todas las primaveras; si no, se quiebran.

—¿Y lo hace usted? ¿En persona?

—¿A quién iba a dejárselo? —Dobra el periódico para hacerlo un poco más pequeño—. La gente a la que se paga las ata demasiado fuerte. Quieren que el nudo aguante. Pero no debe aguantar, sino tener margen para ceder.

—De lo contrario, se quiebran con la primera tormenta —digo.

—De lo contrario, se quiebran con la primera tormenta —confirma, y sigue mirándome un instante por encima de sus gafas de lectura—. Después del desayuno le enseñaré los parterres. Si le apetece.

Al otro lado de la mesa, el tintineo de la cucharilla cesa. Solo medio segundo; después continúa, pero yo lo he oído y Victoria sabe que lo he oído.

Para él, enseñar el jardín equivale a una recepción de Estado, dijo Damon.

Robert me guía durante una hora por el jardín, y es la conversación más sincera de todo el fin de semana, quizá porque transcurre casi sin palabras. Me enseña las rosas del muro, cómo las poda, los puntos por donde se cuela el viento. Junto a los parterres que hay cerca del agua dice:

—Los chicos jugaban aquí de pequeños. Al escondite. El jardinero nunca los encontraba; yo, siempre.

Se lo dice a los parterres, no a mí.

Los chicos. En plural. No pronuncia el nombre de Nathan, no en toda la mañana, pero dice «los chicos», y el vacío de esa frase es tan grande que ambos nos asomamos a él durante un instante. Después seguimos andando, ninguno hace ningún comentario y eso es lo más considerado que podemos hacer el uno por el otro.

Cuando regresamos, Damon está en la terraza observándonos con una expresión que todavía no le conozco. Más tarde, en el pasillo, me coge brevemente del brazo.

—¿Qué te ha dicho?

—Que hay que atar las rosas sin apretarlas demasiado. ¿Por qué?

—Hace años que no le enseña el jardín a nadie. —Lo dice sin inflexión, como si fuera una cifra que no encaja en el modelo—. El último fue...

Se interrumpe, y la puerta que se entreabrió durante la sesión informativa vuelve a cerrarse.

—Da igual. Bien hecho.

—No he hecho nada. Le he preguntado por las rosas.

—Eso precisamente —dice— es lo que nadie hace aquí.

Y me deja plantada. Lo veo alejarse, entiendo un poco mejor esta casa y me gusta un poco menos.

A mediodía, junto a la piscina, Sasha pasa al ataque.

Ocurre como ocurren estas cosas en este mundo: ante el público, sin levantar la voz y envuelto en amabilidad. Los vecinos están presentes, Victoria reina bajo la sombrilla y Sasha espera hasta que haya suficientes oídos al alcance.

—Emily —dice—, no paraba de preguntarme de qué te conocía. Y entonces he caído: de nada. —Suelta una risita—. Conozco de verdad a todo el mundo de los círculos de Damon. Y tú, sin más... apareciste. Gerente de

oficina, ¿verdad? —Saborea las palabras—. Qué sencillo y sin pretensiones. Y ahora estás aquí. Menudo salto.

La vecina baja el libro. Victoria remueve su té helado.

Dejo las gafas de sol sobre la mesa para que pueda verme los ojos.

—No ha sido un salto —digo—. Ha sido una escalera. Un peldaño tras otro; no tengo vértigo. —Le sonrío—. Pero tienes razón, no nos conocemos. Tú conoces los círculos de Damon; yo conozco a Damon. Quizá nos complementemos.

Alguien contiene el aliento de forma audible. La sonrisa de Sasha adquiere en las comisuras esa tensión que aparece cuando los músculos tienen que trabajar más de lo previsto, y abre la boca para el siguiente asalto.

No llega a empezarlo.

—Emily.

Damon aparece de pronto detrás de mi tumbona y me posa una mano en el hombro, cálida y natural, mientras su pulgar me acaricia una vez la clavícula, un movimiento que nadie junto a la piscina puede ver y que me recorre el cuerpo entero.

—Mi padre te busca. Algo relacionado con las rosas. Lleva herramientas; yo huiría.

Todos se ríen, la tensión se vuelve inofensiva, Sasha se recuesta y el momento deja de pertenecerle.

Solo cuando me levanto comprendo lo que acaba de ocurrir: lo ha visto. Estuviera donde estuviera, ha presenciado toda la escena, y no ha venido a

rescatarme; yo tenía la situación bajo control. Ha venido para que no estuviera sola en este tablero de ajedrez.

Eso no figura en ningún contrato. No aparecía en ninguna de las reglas.

Por la tarde volvemos a encontrarnos junto al agua, al final de la propiedad, donde el césped se funde con los juncos y la casa queda lo bastante lejos como para poder ser sinceros. Ha traído dos copas de vino blanco, y nos sentamos en el viejo banco de madera a contemplar el agua. Durante un rato ninguno dice nada. No resulta incómodo. Esa es la novedad: el silencio con este hombre no resulta incómodo.

—Tu madre —digo por fin—. ¿Siempre ha sido así?

Hace girar la copa entre los dedos.

—No —responde al cabo—. Siempre fue difícil. Controladora, ambiciosa, convencida de que todo tiene una forma correcta de hacerse. Pero hubo una época en la que debajo de todo eso había algo más. Sabía reírse. Reírse de verdad, no con esa risa de recepción. —Mira el agua—. Fue hace mucho tiempo.

No le pregunto desde cuándo. Puedo hacer el cálculo, unos cinco años, y él sabe que puedo. No preguntárselo es mi manera de dejarle la puerta abierta. Sé que se da cuenta porque sus hombros descienden una fracción.

—¿Y tú? —pregunta—. Queens, rosas en un balcón, una madre que trabaja en una tienda. ¿Cómo se llega desde allí hasta aquí?

—En tren y con sentimiento de culpa.

Se ríe por lo bajo.

—En serio.

—¿En serio? —Subo las piernas al banco—. Trabajando. Trabajando más que todos los demás porque no traes contigo un apellido ni tienes una red que te recoja si caes. Aprendes que nadie va a venir a descubrirete, que eso es un cuento de hadas para gente con contactos. Y no le debes nada a nadie, y esa es la parte a la que no pienso renunciar. Todo lo que tengo es mío. No es mucho, pero no conlleva condiciones.

Me mira durante un buen rato, y en sus ojos hay algo que ya conozco de la cena, de la prueba del vestido, esa sensación de recibir demasiado sol, solo que ahora es más cálida, menos escrutadora.

—Eso —dice— es más de lo que la mayoría de las personas de esta casa han poseído jamás.

El momento permanece entre nosotros como una tercera presencia que se hubiera sentado a nuestro lado en el banco. Él está cerca, con el brazo apoyado en el respaldo detrás de mí; no llega a tocarme, solo existe la posibilidad de que lo haga, y durante dos o tres latidos ninguno de los dos mira el agua.

Entonces se levanta, recoge las copas y vuelve a adoptar por completo su actitud ejecutiva.

—La cena es a las ocho —dice.

Regresamos por el césped, uno al lado del otro, sin acercarnos demasiado, y poco antes de llegar a la terraza, sin mirarme, añade una frase como quien hace una anotación al margen:

—La regla tres no decía nada de pasar la noche. No decía que no pudiéramos estar en la misma planta.

Necesito tres pasos para comprender que mi habitación está justo al lado de la suya.



Capítulo 10 — Damon

La segunda noche es el verdadero motivo del fin de semana, aunque nadie lo expresaría así: recepción en la casa, invitados selectos, el escenario de Victoria Kane iluminado en todo su esplendor.

Y entre los invitados, por supuesto, Richard Langley.

Lo veo desde la escalera, junto a la chimenea, con un vaso de whisky escocés en la mano, hablando con mi madre, y la coreografía es tan evidente que casi merece respeto: Sasha en la casa, su padre en la recepción, todas las piezas sobre el tablero. Mi madre no organiza veladas. Organiza resultados.

Entonces Emily baja por la escalera y, durante varios segundos, olvido lo que estaba pensando.

El vestido verde. Lo elegí yo, sabía cómo era, se lo vi puesto durante la prueba, bajo las luces de la oficina. Nada de eso me había preparado para esta versión, con el pelo suelto y envuelta en esta noche, y me quedo al pie de la escalera mirándola venir, consciente de que se me nota y descubriendo

que me da igual. No debería. Anoto esa indiferencia como un problema del que ocuparme más tarde y le ofrezco el brazo.

—Estás mirando fijamente —dice en voz baja al cogerme del brazo.

—Interpreto al novio enamorado. De forma muy convincente, según me han dicho.

—¿Quién lo dice?

—Yo. Ahora mismo.

Su risa es auténtica y surge justo cuando entramos en el salón. Por el rabillo del ojo veo que dos o tres cabezas se vuelven: el heredero de los Kane con una mujer riendo del brazo. Que lo vean. Para eso está aquí, me digo, y la frase ya suena hueca mientras la pienso.

Funcionamos. Esa es la palabra, aunque se queda corta. Nos movemos por el salón como una pareja perfectamente compenetrada; ella memoriza cada nombre con solo oírlo una vez, yo le apoyo la mano en la espalda, por encima de la cintura, regla uno, y en algún momento me doy cuenta de que la dejo ahí incluso cuando nadie nos mira, y no la aparto.

Más tarde se baila porque en las veladas de mi madre siempre se baila: un trío en un rincón, temas clásicos, nada con lo que uno pueda hacer el ridículo. Llevo a Emily a la pista porque la pareja de la noche debe bailar, así lo exige el guion, y ella me pone una mano en el hombro y dice:

—Para que lo sepas, no se me da demasiado bien.

—Solo tienes que seguirme.

—Eso le diré al público cuando te pise.

No me pisa. Me sigue como si lo hubiéramos ensayado y, en la segunda vuelta, deja de contar; lo noto en cómo se relajan sus hombros. Y, mientras dura una canción, no hay jurado, ni Langleys, ni contrato. Solo una mujer con un vestido verde que deja de hacer cálculos entre mis brazos y un hombre que debería hacer lo mismo, pero ya no puede.

Me vibra el móvil. Ryan, a quien he incluido en la lista de invitados como director de operaciones, está tres corrillos más allá y finge ostentosamente no mirar hacia nosotros.

Estás acabado, tío.

Guardo el móvil y no respondo. La ausencia de respuesta también es una respuesta, y Ryan lo sabe mejor que nadie, pero la alternativa sería mentir, y lleva pillándome en mis mentiras desde la universidad.

Richard Langley me lleva aparte junto a la chimenea, con una mano sobre mi hombro cuyo peso es mayor de lo que aparenta.

—Damon. Tienes buen aspecto. Descansado. —Sonríe mirando su vaso—. Tu madre dice que la renovación va por buen camino. Me alegra que estés poniendo en orden tus prioridades.

La frase tiene un doble fondo, y ambos estamos de pie sobre él y lo sabemos. Prioridades. En el mundo de Richard, esa palabra es un contenedor de mercancías, y lo que transporta lleva el nombre de su hija.

—La renovación está en manos de los abogados —digo—. Mis prioridades están en las mías.

—Por supuesto, por supuesto. —Me da dos palmadas en el hombro, paternal—. Tómame tu tiempo, muchacho. Pero no demasiado. Los contratos tienen plazos, y la paciencia... —alza el vaso hacia el salón, hacia mi madre, hacia toda la velada— es un recurso finito.

Me deja plantado con esa frase. Lo veo alejarse y, por primera vez este fin de semana, pienso con claridad en las cifras. Sin Langley, el próximo año se viene abajo. Todos los presentes en este salón lo saben. Y el precio de Langley está treinta pasos a la izquierda, bebiendo vino blanco.

Más tarde pierdo de vista a Emily durante tres minutos, quizá cinco.

Cuando vuelvo a encontrarla, sale del pasillo que conduce a los aseos de invitados y algo no va bien. Sonríe, sostiene su copa, le dice algo encantador a una vecina al pasar; todo en ella es impecable, y ese es precisamente el problema: está impecable de esa manera tan propia de la oficina que conozco del ascensor, la armadura que se pone cuando ha decidido que nadie debe ver nada.

Detrás de ella, manteniendo una distancia prudente, Sasha sale del mismo pasillo, y su sonrisa está un poco demasiado bien colocada.

No pregunto. No aquí, no delante de todo el salón, y Emily tampoco me lo diría aquí. Pero tomo nota, y también tomo nota de lo que me provoca: la mandíbula tensa, cálculos en el fondo de mi mente, el impulso muy concreto de acercarme y averiguar qué se ha dicho en ese pasillo para después asegurarme de que nunca vuelva a decirse.

Eso es nuevo. Yo protejo contratos, cifras, la empresa. Hasta ahora, las personas se protegían solas.

Me quedo donde estoy y le traigo otra copa. Cuando se la entrego, sus dedos rozan los míos y ella me mira un instante demasiado largo para quienes nos rodean, lo bastante breve para mantener la tapadera.

—¿Todo bien? —pregunto en voz baja.

—Todo según lo previsto —responde, lo cual no es una respuesta, y ambos lo sabemos. Alza su copa hacia la mía—. Por el proyecto Q3.

Hacia la una se marchan los últimos invitados, la casa empieza a apagarse y subimos la escalera uno al lado del otro, sin público, por primera vez en varias horas sin público.

Nos detenemos ante la puerta de su habitación.

—Ese ha sido el segundo día —dice—. De dos. Casi lo hemos conseguido.

—Casi.

—Por cierto, tu madre me odia con una cortesía admirable. Creo que me he llevado su respeto y su enemistad en el mismo paquete.

—Eso —digo— es más de lo que la mayoría consigue de ella.

Se ríe en voz baja, pero la risa se desvanece y nos quedamos en ese pasillo donde ya no queda nada que interpretar. No hay invitados, ni jurado, ni contrato que regule esta situación. Al fin y al cabo, participé en su negociación, conozco todas las cláusulas y ninguna contempla lo que está ocurriendo ahora.

—Buenas noches, Damon —dice sin dar un solo paso.

—Buenas noches, Emily.

Yo tampoco me muevo.

Y entonces uno de los dos salva los últimos centímetros, ella el primer milímetro y yo el resto. Más tarde ya no será posible reconstruirlo con exactitud, y tampoco me importa, porque entonces la beso, o ella me besa a mí, en el oscuro pasillo de la casa de mis padres.

Breve. Intenso. Su mano en mi solapa, la mía en su cintura, su boca suave y cálida, y todo acaba demasiado pronto. Después los dos retrocedemos al mismo tiempo, como si alguien hubiera dado una señal.

Ninguno dice nada. No hay nada apropiado que decir.

Dos puertas se cierran, casi en silencio, casi a la vez.

Estoy tumbado, despierto, mirando el techo de la habitación de casa de mis padres bajo el que dormía de niño.

He besado a mujeres cuyos nombres había olvidado antes de que llegara el taxi. En este mundillo he vivido noches que fueron mucho más allá de un beso en un pasillo, y ninguna me ha costado ni una hora de sueño. Esto solo ha sido un beso. Un único beso breve, con los labios cerrados, de esos que en algunos países pasan por un saludo.

Y aquí estoy, despierto como un adolescente, reconstruyéndolo.

Este es el punto en el que un hombre inteligente pisa el freno. Conozco el protocolo para estas situaciones; lo escribí yo mismo: distancia, profesionalidad, llevar el acuerdo a término según lo previsto, de forma limpia y definitiva. Las personas a las que permites acercarse son posiciones que no controlas, y las posiciones que no controlas siempre acaban costando más de lo que aportan. Hace cinco años que lo sé con más certeza de la que me gustaría.

Pienso en la regla dos.

Nada de besos en la boca, salvo que sea absolutamente necesario. Si no besarse pusiera en peligro la tapadera, decía su lista, y el margen de decisión corresponde a ambos.

No había nadie en el pasillo. Ni mi madre, ni Sasha, ni un solo testigo ante el que fuera necesario mantener la tapadera. No había ningún motivo.

No era necesario en absoluto.



Capítulo 11 — Emily

Primer día de trabajo después del fin de semana, de vuelta en Manhattan, de vuelta en el ascensor, de vuelta en el papel de la mujer que confirma las salas de reuniones y es invisible.

El viaje de regreso de ayer fue una obra maestra de evasión por ambas partes. Dos horas de autopista, radio, frases educadas sobre el tráfico, y el beso sentado, invisible, entre nosotros, sobre la consola central, mientras ambos evitábamos mencionarlo a toda costa. Delante de la puerta de mi casa, él dijo:

—Gracias. Has estado mejor que el contrato.

Y yo respondí:

—Un placer hacer negocios contigo.

Una frase que ni siquiera funcionaba como broma, y salí del coche antes de que alguno de los dos pudiera decir algo aún más estúpido.

Esta mañana, de camino al trabajo, me he soltado un discurso. Fue un fin de semana, Emily. Fue un contrato con servicio de catering. El beso fue un desliz entre dos personas que llevaban demasiado tiempo fingiendo; esas cosas pasan, seguro que existe un término técnico para ello, y hoy volvemos al orden del día.

Damon Kane me lleva tres pasos de ventaja en eso de volver al orden del día.

Sale del ascensor a las ocho y media, pasa junto a mi escritorio y dice:

—Buenos días, señorita Warner. ¿Está confirmada la sala de reuniones para las diez?

Señorita Warner. Sala de reuniones. Diez.

—Confirmada —digo.

Él asiente y sigue adelante; la puerta de cristal esmerilado se cierra tras él. Me quedo sentada con el orden del día que llevaba preparado y me siento como si alguien me hubiera arrebatado el discurso de las manos y lo hubiera pronunciado mejor. Con más frialdad. De forma más tajante.

Así transcurre todo el día. No me mira durante las reuniones; mira a través de mí con una precisión que no tiene nada de descuidada, y eso es lo perverso: que es trabajo. En la reunión de las once estoy sentada frente a él, en diagonal, pasando los documentos, y cuando nuestras manos están a punto de rozarse, desplaza la suya dos centímetros con tanta naturalidad que nadie salvo yo se da cuenta, y yo lo noto como una bofetada. Durante el fin de semana, este hombre se olvidaba de retirar la mano de mi espalda cuando nadie miraba. Hoy esquivo mis dedos como si fueran un problema de responsabilidad legal.

Por la tarde recibo un correo suyo, tres líneas sobre la liquidación de los gastos de viaje, firmado con «Atentamente, D. Kane».

Atentamente.

Hace dos días, este hombre me sujetó por la cintura en el pasillo de la casa de sus padres como si fuera lo único que lo mantenía en pie, y ahora me manda un «Atentamente».

—Vale —dice Nadia a mediodía en la cocina del café, plantándose en mi camino—. ¿Qué ha pasado?

—No ha pasado nada.

—Tienes cara de que alguien te ha atropellado al perro. No tienes perro, así que debe de ser algo peor.

—He dormido mal.

—Eso mismo te pasó hace dos semanas. —Entorna los ojos—. Últimamente acumulas malas noches como quien acumula puntos Payback. Si quieres hablar, tengo chocolate en el cajón y ninguna discreción, pero a cambio doy opiniones sinceras.

—Lo tendré en cuenta.

—Hazlo.

Me deja pasar, pero, cuando la rebaso, añade sin mirarme:

—Por cierto, el portatrajes había desaparecido cuando te fuiste. El mismo fin de semana. Por si te alegran las casualidades.

Huyo con mi café, y su mirada me sigue hasta el escritorio. Regla cinco, pienso. Nadie debe enterarse. La regla era mía, y era acertada, y ahora mismo parece una celda de aislamiento.

Por la noche llamo a Maggie aún con el abrigo puesto y el bolso colgado del hombro, porque hay llamadas que no pueden esperar a que una haya terminado de llegar a casa.

—Me besó y ahora finge que soy invisible.

—Hola a ti también —dice Maggie—. ¿Quién, el jefe? Espera, voy a sentarme. Aiden, esto va para largo.

Le cuento la versión abreviada del fin de semana: la cena, el jardín de Robert, el banco junto al agua, el pasillo. Al llegar al beso, emite un sonido que no le consentiría si no necesitara su ayuda en este preciso instante.

—¿Y hoy? —pregunta.

—Hoy vuelvo a ser la señorita Warner de la sala de reuniones. Me ha enviado un correo con «Atentamente», Maggie. Atentamente. Es la fórmula con la que se firman los despidos.

—Aiden también lo hizo —dice—. Tres veces.

—Eso no me ayuda.

—Sí, escucha. Tres veces me trató como si fuera aire después de un momento de verdad, y a la tercera comprendí que no era indiferencia. Era miedo. Los hombres indiferentes son descuidados, Em. Se olvidan de que existes. Los hombres que se esfuerzan por no mirarte EN NINGÚN

MOMENTO están trabajando en ello. —La oigo sorber el té—. No te preguntes por qué está frío. Pregúntate qué le da miedo.

—A lo mejor, en su caso, solo es práctica. Ha tenido muchas oportunidades de ensayar cómo ser frío.

—Puede ser. O puede que durante el fin de semana interpretaras demasiado bien un papel que ya no era tal, que uno de los dos se diera cuenta y echara el freno de emergencia. —Deja que sus palabras floten un instante—. Solo digo que, en mi caso, aquel frenazo fue la mejor señal de todas. Solo frenas cuando vas demasiado rápido.

Después de colgar, me quedo mucho rato junto a la ventana, por fin sin el abrigo, mientras fuera la ciudad se entrega a su bullicio nocturno, y pienso en la voz de Sasha en el pasillo de la casa de los Hamptons, aquella noche en la que llevo dos días sin pensar.

Me había interceptado junto al baño de invitados, amable como una cuchilla envuelta en papel de regalo.

—Te está utilizando —dijo en voz baja, casi compasiva—. Siempre lo hace. Pregúntale qué pasó con sus asistentes. Con todas ellas.

Después sonrió, pasó a mi lado y regresó a la luz, y en aquel momento decidí que era el truco más barato del mundo: envenenar el pozo de la rival.

Entonces lo despaché con una sonrisa. Era una maniobra tan evidente, tan transparente, y yo estaba tan segura de que podría impedir que me afectara. Es probable que incluso pudiera, aquella noche. Pero frases como esa tienen paciencia. Ahora, en plena era glacial, está surtiendo efecto.

Porque ese es el problema del veneno: no necesita pruebas, solo un terreno fértil, y hoy Damon Kane me ha proporcionado un campo entero. Pero también sé lo que tenemos. Tenemos un trato. Solo un trato; debería

saberlo, yo misma escribí las reglas. Pero el beso no formaba parte del trato. El beso iba contra las reglas, contra las tuyas y las mías, y nadie nos estaba mirando, y precisamente por eso cuenta.

El cuarto día lo complica todo.

Es última hora de la tarde, la planta va vaciándose, y llevo los contratos firmados a la antesala porque el correo tiene que salir hoy. Su puerta está entreabierta, algo poco habitual, y él habla por teléfono junto a la ventana, de espaldas a la estancia, lo bastante alto como para que resulte imposible no oírlo, y juro que lo he intentado.

—... Ya lo sé, madre. La prórroga está en manos de los abogados, y tu llamada no va a cambiar eso.

Pausa. Debería irme. Ordeno el correo muy despacio.

—No. Yo nunca acepté eso; lo aceptaste tú en mi nombre, y hay una diferencia que llevas años negándote a reconocer. —Su voz es baja y afilada, una voz reservada para la familia—. Richard puede imponer todas las condiciones que quiera para la prórroga. Hay condiciones negociables y luego está Sasha.

Pronuncia ese nombre y mis manos dejan de ordenar.

—No puedes hablar en serio... No. Escucha. Si Richard condiciona a eso la alianza, que lo haga. Prefiero perder el contrato antes que... —Se interrumpe, escucha y suelta una risa breve y carente de humor—. Claro. Claro que dices eso. ¿Sabes qué es lo impresionante, madre? Que consigues que el chantaje parezca preocupación. No mucha gente es capaz de hacerlo.

Estoy de pie en la antesala, con el correo apretado contra el pecho, tratando de recomponer lo que oigo, y no me gusta la imagen que va tomando forma.

El contrato más importante de la empresa. Las condiciones de Richard. Sasha.

El fin de semana.

Pienso en aquella frase de las instrucciones: es una expectativa de mi madre, no necesita saber nada más, y comprendo cuánto más había que saber. No se trata de emparejarlo con alguien. Se trata del acuerdo del que depende esta empresa, y yo fui el escudo que interpuso entre ambos. No una novia para un fin de semana. Un inhibidor de señales para impedir una fusión familiar.

Fui una jugada de ajedrez. Ese era el contrato, de acuerdo, pase, para eso me pagaron —o me pagarán—; las condiciones están claras. Pero me metió en una partida cuyos riesgos me ocultó, y esa es la diferencia entre un trato y una trampa: en un trato, ambos conocen la cantidad que hay sobre la mesa.

Cuelga. Lo oigo dejar el móvil sobre el escritorio y entonces todo queda en silencio ahí dentro, esa clase de silencio en el que alguien permanece junto a la ventana, contemplando la ciudad sin ver nada de ella.

Podría llamar ahora. Tengo el correo a mano, entre los brazos, como excusa, y entonces podría preguntarle con toda calma: ¿Hasta dónde llega este juego, Damon? ¿Qué defendí exactamente el fin de semana, aparte de tu tranquilidad frente a tu madre?

No llamo.

Y no porque me falte valor. Ahora mismo me sobra, y ese es precisamente el problema: si entro ahí con el pulso acelerado y esas frases a medias

resonándome en los oídos, esto no será una conversación, será una escena, y en este edificio las escenas siempre las gana él. Ese hombre negocia profesionalmente. Solo tengo una oportunidad de hacerle esa pregunta y no voy a desperdiciarla en un arrebató.

Dejo el correo en la bandeja, regreso a mi escritorio y me siento. La pantalla que tengo delante podría ser un acuario, de tan poco como percibo de ella. Hoy no, así no, con el corazón desbocado y la mitad de la información. He aprendido dos cosas de mi madre: a trabajar y a escuchar. La tercera me la enseñé yo misma, y me ha ayudado en todas las negociaciones de mi vida.

Espera hasta poder oírlo de su propia boca. Y entonces pregunta de tal modo que no pueda escabullirse.

Mañana, pienso mientras apago el ordenador. Mañana no llamaré.

Mañana entraré sin más.



Capítulo 12 — Damon

Han pasado cuatro días desde el fin de semana, y me los paso perdiendo dos guerras a la vez.

La primera guerra se llama Victoria. Por lo visto, mi madre aprovechó bien el viaje de vuelta desde los Hamptons: la segunda noche, Richard Langley me llama, jovial como siempre, con acero bajo la voz de barítono, y me cuenta cuánto le alegran «las nuevas señales». Qué señales, pregunto. Bueno, dice Richard, Victoria ha dado a entender que lo de la joven del fin de semana es «una fase», y que él lo comprende, claro, hombres de mi edad y todo eso, pero que no deja de ser agradable saber que, al final, todo el mundo vuelve a entrar en razón.

Una fase. Mi madre le está diciendo a nuestro socio comercial más importante que mi relación es una fase, y lo más retorcido es que crea realidades a base de afirmarlas. Siempre ha sido su mayor talento. Los demás mienten. Victoria Kane cuenta el futuro una y otra vez hasta que se hace realidad.

—Me gustaría dejarlo cerrado pronto —dice Richard antes de despedirse—. Se acerca el aniversario, la gala. Un marco estupendo para hacer anuncios,

¿no te parece?

No me parece nada, y así se lo digo, envuelto en cortesía, y después de colgar me quedo un buen rato inclinado sobre el borrador del contrato, haciendo cuentas. Las cifras no han mejorado desde la reunión del consejo de administración: sin la renovación, el año que viene nos faltarán dos cilindros en el motor. No es mortal, pero sí ruidoso, y los consejos de administración odian los motores ruidosos.

La segunda guerra se llama Emily Warner, y en ella soy al mismo tiempo el atacante y el perdedor.

El primer día después del fin de semana tomé una decisión que se hacía llamar estratégica y que cada mañana se parece un poco más a la cobardía: volver al protocolo. Señorita Warner, salas de reuniones, atentamente. Una distancia prudente, las cosas claras, el acuerdo sigue adelante, cumplimos con los compromisos y no abordamos el resto: el pasillo, el beso, el banco junto al agua.

Funciona de maravilla. Ella es impecablemente profesional, yo soy impecablemente profesional, somos la tragedia más profesional de esta empresa.

A estas alturas me sé de memoria cómo suenan sus tacones en el pasillo, y cada mañana, a las ocho y veinte, la oigo pasar por delante de mi puerta sin aminorar el paso. He empezado a organizar las reuniones de forma que ella no tenga que estar presente, y después me paso esas mismas reuniones irritado porque no está. Ayer se rio en el pasillo con alguien de marketing, esa risa de verdad que conozco del viaje en coche, y me arruinó la tarde. Nada de esto figura en ningún informe. Todo ello es un problema.

Y veo exactamente lo que esto le está haciendo; esa es la parte que no me perdono. En la reunión del primer día aparté la mano cuando la suya se acercó demasiado, un movimiento de dos centímetros, pura cautela, y vi

cómo lo interpretó al reflejarse en su rostro. No como cautela. Como una condena.

En teoría, hay una salida. Desde hace unas semanas, Ryan tantea en silencio una alternativa: Elias Grant, Grant Capital, un inversor independiente sin compromisos con la alta sociedad ni hijas. Más pequeño que Langley, sin duda, pero limpio. El problema es el tiempo. Algo así requiere meses, diligencia debida, estructuras, confianza, y mi madre trabaja en semanas. Es un bote salvavidas que aún está en el astillero mientras el agua ya inunda la sala de máquinas.

—Tienes un aspecto de mierda —dice Ryan durante el almuerzo del cuarto día. Estamos sentados en el restaurante al que llevamos años viniendo, y él ha insistido porque le he cancelado tres citas y asegura que eso es una llamada de auxilio.

—Gracias. El pescado también.

—¿Qué fue aquello del fin de semana? —Deja los cubiertos, lo que en Ryan es señal de seriedad—. Y no me vengas con que fue una actuación convincente. Yo estaba en esa sala. Hace años que no te veía reír así, como en aquella pista de baile.

—Era el trabajo. Novia convincente, novio convincente.

—Damon. —Me mira, y durante un instante no hay ni rastro de burla en su rostro, que es lo más inquietante que Ryan puede ofrecer—. Te he visto con mujeres desde que teníamos veinte años. Conozco el repertorio. Lo de la pista de baile no formaba parte de él.

—Estás sacando demasiadas conclusiones.

—Tengo una licenciatura en sacar demasiadas conclusiones sobre ti y nunca me he equivocado. —Levanta las manos antes de que pueda decir nada—.

Está bien. Lo dejo. Pero, si ahora la estás congelando a distancia porque disfrutaste demasiado del fin de semana, al menos dime que sabes que eso es exactamente lo que estás haciendo.

No digo nada, y Ryan asiente despacio, como si le hubiera respondido, y vuelve a coger los cubiertos. Eso es lo peligroso de él: planta la frase y la deja ahí, y después la frase sigue trabajando en mi cabeza, sin cobrar y sin contrato.

Por la tarde llama mi madre y cometo el error de contestar con la puerta abierta, de pie junto a la ventana, lo bastante cansado como para alzar la voz más de lo que está permitido en este despacho.

Es el programa de siempre, solo que más apremiante: Richard espera una respuesta clara, la gala se acerca y yo ya sé de qué depende la renovación. Le digo que la renovación está en manos de los abogados y que su llamada no va a cambiar nada. Le digo que está comprometiéndose en mi nombre a cosas con las que yo jamás me he comprometido. Y, en algún momento, pronuncio la frase que llevo semanas debiendo: hay condiciones negociables y luego está Sasha. Si Richard supedita la sociedad a eso, que lo haga. Prefiero perder el contrato.

Ella responde con su voz más serena, la voz de madre preocupada, y yo suelto una risa breve y le digo que es la única persona capaz de hacer que un chantaje parezca preocupación.

Solo después de colgar miro hacia la antesala a través de la puerta abierta. Está vacía. En la bandeja únicamente está el correo, apilado con pulcritud, y durante un momento me pregunto cuánto tiempo lleva ahí y quién lo ha traído.

Por la noche, en el ático, aguanto exactamente hasta las once y media.

Entonces cojo el móvil y escucho el mensaje.

No lo he tocado desde el fin de semana. Lleva ahí, en ese chat, como una prueba: cuarenta y siete segundos, el principio de todo. Pulso el botón de reproducción, me recuesto y espero lo mismo que ocurrió la primera vez: la sonrisa, el instinto cazador, ese calor agradable y sencillo.

No llega.

En cambio, escucho cómo respira, cómo susurra mi nombre, y esta vez conozco el rostro que acompaña a esa voz. Ahora conozco a la mujer que defendió en el coche el primer paso —poco realista, estás emocionalmente estreñido—, a la mujer que escuchó a mi padre hablar durante una hora mientras ataba rosas, a la mujer que se sentó a una mesa llena de cuchillos y no cedió ni un milímetro. Escucho cuarenta y siete segundos que no estaban destinados a mí y, por primera vez, así es exactamente como se sienten: no destinados a mí. Como algo que he tomado prestado y no puedo devolver.

Dejo el móvil y clavo la vista en la fachada de cristal, pero la ciudad que se extiende al otro lado tampoco tiene ninguna solución.

Se acercó demasiado. Esa es la verdad que llevo cuatro días ahogando bajo notas de expedientes: en aquel banco junto al agua, en aquel pasillo, ya no había nada fingido, y me di cuenta, y a la mañana siguiente hice lo que hago siempre cuando una posición escapa a mi control. La congelé. Vendí antes de que la cotización se adueñara de mí.

Un cobarde con una excusa perfecta, eso es lo que soy, y la excusa tiene incluso tres plantas: el trato, la empresa, la familia. Todo cierto. Nada de eso es la razón.

La razón es más antigua. La razón tiene una fecha en la que no pienso y una lógica sencilla que lleva cinco años dando resultado: todo aquello a lo que permites acercarse puedes perderlo, y lo que pierdes se lleva consigo una

parte de ti que no vuelve a crecer. Sé de dónde procede esa frase. No pienso el nombre. Llevo cinco años sin pensarlo, y funciona siempre que nadie se acerque demasiado.

Ella se acercó demasiado. En un banco del jardín, con una copa de vino blanco, con la pregunta sobre mi madre formulada en el tono exacto, y aquella tarde estuve a punto de contarle cosas que ni siquiera le cuento a Ryan.

Le escribo un mensaje. Una explicación, tres párrafos, precisa y sincera. Lo releo y lo borro: demasiado largo, demasiado; ella leería cada frase tres veces y encontraría detrás de todas algo que no está ahí.

Escribo un segundo. Una disculpa, dos líneas. Lo borro. Demasiado sincero, y la sinceridad por mensaje de texto es cobardía con corrector ortográfico.

El tercero se reduce a su nombre y un signo de interrogación. Lo contemplo largo rato y también lo borro, porque es lo más patético de todo: un hombre que negocia miles de millones y escribe Emily? a una mujer a medianoche porque le faltan todas las demás palabras.

Mañana, pienso. Mañana encontraré un marco, una ocasión, un formato. Se me dan bien los formatos.

No encuentro ningún formato.

La mañana empieza igual que las cuatro anteriores: llego temprano, la planta se va llenando y, a las ocho y veinte, sus tacones pasan ante mi puerta sin aminorar el paso. Hoy me he propuesto interceptarla después de la reunión de las once, con neutralidad, a solas, para hablar de la planificación futura y, a partir de ahí, ir acercándome al verdadero tema

como si se tratara de una adquisición hostil. Incluso tengo una lista de puntos. De verdad he preparado una lista de puntos para hablar con una mujer, y en algún momento entre el segundo y el tercero he dejado de despreciarme por ello.

No llego a utilizarla.

A las nueve y diez, la puerta de mi despacho se abre de golpe, sin llamar, y Emily Warner aparece en el umbral, cierra la puerta tras ella y se queda allí plantada, con los brazos cruzados, la barbilla alta y sin nada de impecable ya en la mirada.

—Tenemos que hablar —dice.



Capítulo 13 — Emily

La puerta se cierra a mi espalda y me quedo de pie en su despacho, y, por primera vez en varios días, Damon Kane me mira a mí en lugar de mirar a través de mí.

—Tenemos que hablar —repito, porque la primera frase ha consumido toda mi adrenalina y necesito coger impulso de nuevo.

Se reclina en la silla.

—Pues hablemos.

—¿Solo era tu escudo contra Sasha? —Me quedo junto a la puerta, con los brazos cruzados, porque sé que, de lo contrario, empezaré a gesticular—. Y antes de que actives el modo jefe: oí la llamada. Ayer, tenías la puerta abierta. La renovación, tu madre, las condiciones que son negociables, y luego está Sasha. El contrato más importante de esta empresa depende de la mujer a la que mantuve a raya durante todo un fin de semana. Así que te lo pregunto: ¿hasta dónde llega realmente este juego, Damon? ¿Qué defendí exactamente en los Hamptons?

Me observa durante largo rato, y veo cómo desfilan las opciones detrás de sus ojos: esquivar, desviar, aplazar, todo el repertorio, y me preparo mentalmente para las tres.

—Mi tranquilidad —dice al fin—. Al principio. Esa era la respuesta sincera a la propuesta que me hiciste entonces: sí, eras un escudo. Mi madre había elegido a una mujer, yo necesitaba una contrapartida y tú estabas disponible, eras competente y tenías un motivo. Ese fue todo el cálculo, y fue exactamente tan frío como suena ahora mismo.

—¿Y el contrato? ¿Ese pequeño detalle de que tu empresa depende de esa mujer? ¿Cuándo pensabas decirme que no estaba metida en un drama familiar, sino plantada entre tú y tu balance?

—Nunca.

Su sinceridad es tan descarada que por un momento me deja sin palabras.

—Nunca —repito—. Estupendo. ¿Sabes cuál es la clave de un acuerdo? Que ambas partes conocen la suma que hay sobre la mesa. Me sentaste a una mesa donde todos menos yo sabían que no se trataba de un fin de semana, sino de tu empresa. Tu madre lo sabía. Sasha lo sabía. Probablemente lo sabía hasta el hombre que sirvió las ostras. Solo el propio escudo debía creer que se trataba de una molesta encerrona matrimonial.

—No habría cambiado nada de lo que tenías que hacer.

—¿Habría cambiado mi decisión! —Ahora sí gesticulo—. Puede que ni siquiera hubiera cambiado el resultado, puede que aun así hubiese dicho que sí, pero habría sido MI decisión, con toda la información. En vez de eso, decidiste qué podía saber, ¿y sabes quién hace eso constantemente? Tu madre. Enhorabuena por el parecido familiar.

Eso da en el blanco. Lo veo en la contracción de su mandíbula, y durante un instante pienso que ahora llegará el contraataque, que ahora la cosa se pondrá fea, y me preparo para ello, casi aliviada. Con lo feo sé lidiar. Lo feo es más fácil que esto.

Pero se levanta despacio, rodea el escritorio y se detiene delante de él, con las manos en los bolsillos, y, cuando habla, el modo jefe ha desaparecido.

—Tienes razón.

—Yo... ¿qué?

—Tienes razón. En todo. Debería habértelo contado, como muy tarde durante la reunión informativa. Lo omití deliberadamente, y la comparación con mi madre es descarada y certera. —Lo dice con calma, sin ponerse a la defensiva, y eso resulta más desconcertante que cualquier réplica—. Sí, al principio eras una jugada. Una muy buena. Ese era el trato, y de contratos sé bastante.

—¿Y ahora?

La pregunta queda suspendida en el aire. La he formulado sin saber que iba a hacerlo y ahora ya está fuera y no puedo retirarla.

Me mira. El silencio dura tres segundos, cuatro, y es más atronador que toda la conversación anterior.

—Ahora el problema —dice— es que he olvidado que esto es un juego.

La frase impacta sin previo aviso, por debajo de todas mis líneas defensivas. Había preparado una respuesta para sus evasivas, para su arrogancia, para el modo jefe. Para esto no tengo nada.

—No digas eso si no lo sientes de verdad —me oigo decir, y mi voz suena más baja de lo que había planeado.

—Nunca digo nada que no piense. Es el único rasgo constante de mi carácter. —Da un paso hacia mí y yo debería retroceder; la puerta está justo detrás, sería fácil. No lo hago—. Esta semana no has sido invisible, Emily. Has sido lo único que he visto. El protocolo, las salas de reuniones, el «Atentamente»... No era indiferencia, era una huida, y se me da mal, lo cual es nuevo para mí, porque normalmente se me da bien todo.

—Eres un capullo.

—Indiscutiblemente.

—Durante días, Damon. Durante días me tratas como si fuera una cita del calendario, ¿y ahora te plantas aquí y...?

No puedo continuar porque me besa.

O lo beso yo; la reconstrucción de los hechos es discutible, porque tengo sus solapas entre las manos antes de que su boca alcance la mía, y entonces ya da igual, entonces solo existe su boca y el resto del mundo deja de funcionar.

No es como en el pasillo. Lo del pasillo fue una pregunta, cautelosa, breve, con el freno de mano echado. Esto es la respuesta, y llega sin frenos: nos hace girar, mi espalda choca contra la puerta, de pronto su cuerpo está en todas partes, y oigo un sonido que tardo un segundo en comprender que ha salido de mí.

—Toda la semana —dice con voz ronca contra mi cuello, entre besos que van descendiendo— me he repetido que esto era una mala idea.

—Es una mala idea. —Tengo los dedos hundidos en su pelo, lo que resta fuerza a mi argumento—. La peor. Estamos en la regla uno, por si te interesa, y ahora mismo estás a punto de...

Sus manos encuentran mis caderas, me alzan sin esfuerzo y la parte baja de mi espalda aterriza en el borde de su escritorio. En algún sitio cae un cubilete de bolígrafos, unos papeles revolotean, y ninguno de los dos mira.

—La regla uno —dice contra mi boca— era nada de tocar por debajo de la cintura. Di «para» y me pondré a tres metros de distancia para que hablemos de las cifras trimestrales.

No digo «para».

Tiro de él para acercarlo. Esa es mi respuesta, y él la entiende. Entonces sus manos se cuelan bajo mi falda y la suben despacio, con esa paciencia controlada que resulta más cruel que cualquier prisa, exactamente como me lo había imaginado. El pensamiento casi me hace reír: envié un mensaje de voz sobre este momento antes de que existiera.

—Enséñame qué habías imaginado —dice con voz ronca, muy cerca de mi oído, y ahí está, la frase con la que empezó todo.

—¿No debería preguntarle mejor a mi compañera de piso?

Se ríe. Se ríe en mitad del beso; lo noto en mis labios más que oírlo, y es lo más íntimo que me ha ocurrido nunca, más íntimo que sus manos, que en este preciso instante ascienden centímetro a centímetro por mi muslo, y quiero ambas cosas, la risa y las manos, quiero que nunca...

—Despacio —me oigo susurrar—. ¿Podemos... ir despacio?

No es un «para». Es otra cosa, y ni siquiera yo sé exactamente qué; solo sé que mi corazón late demasiado deprisa de una forma que ya no se debe

únicamente a la excitación, y que lo deseo, lo deseo de verdad, pero no... así. No como una explosión entre la puerta y el escritorio, no a la velocidad con la que uno se quita una tarea de encima.

Él aminora de inmediato. Sus manos se detienen donde están, su boca se aparta de mi cuello y me mira con atención, dispuesto a decir algo.

Llaman a la puerta.

Los dos nos quedamos paralizados. El picaporte está a veinte centímetros de mi cadera, la puerta no está cerrada con llave y, al otro lado, una voz de contabilidad dice:

—¿Señor Kane? Tengo aquí las autorizaciones para usted.

—Estoy ocupado —dice Damon, y su voz suena tan absolutamente normal, tan impecablemente propia de un consejero delegado, que más tarde querré pagarle para que me dé clases—. Vuelva luego.

—Por supuesto. Las dejaré en la bandeja.

Los pasos se alejan. Permanecemos inmóviles, su aliento contra mi sien, el mío perdido en algún lugar del caos, mi falda a medio subir, y entonces los dos empezamos a reír a la vez, sin hacer ruido, esa clase de risa que intentas contener con todo el cuerpo y que, por eso mismo, se vuelve aún peor.

—Eso —susurro— era alguien de contabilidad.

—Lo sé.

—Casi... contigo... ¡y entre medias solo había una PUERTA y CONTABILIDAD!

—Lo sé. —Se endereza y sus manos me bajan la falda, la alisan y la colocan en su sitio, una ternura absurda encerrada en ese gesto. Luego me mira y la risa de su rostro se transforma en otra cosa—. Has dicho «despacio».

Ahí está. Podría quitarle importancia ahora mismo, con una palabra, una broma; la oportunidad prácticamente se presenta con la puerta abierta. Adrenalina, podría decir. El lugar equivocado, podría decir, y además sería verdad.

En vez de eso, digo en voz alta por primera vez en mi vida, a un hombre, con la barbilla alzada y la voz casi firme:

—Nunca lo he hecho.

Silencio.

Observo cómo lo comprende. Cómo la información llega hasta detrás de sus ojos, encaja y rehace todos los cálculos a partir de ahí: el mensaje, la mentira, las reglas. Y espero una de las reacciones que conozco: la risa incrédula, la incomodidad, esa nueva evaluación que obliga a reorganizarlo todo. ¿Con veinticinco años, de verdad?

No llega ninguna de ellas. En su rostro aparece una tercera cosa que no sé nombrar, algo silencioso, grave, y levanta una mano para apartarme con cuidado un mechón detrás de la oreja, como si eso fuera ahora lo más importante de su agenda.

—Entonces, así no —dice—. No sobre un escritorio entre dos reuniones.

La humillación habría sido más fácil. Habría sabido responder a las burlas, habría disimulado la incomodidad con una sonrisa; tengo recursos para todo. Para esta dulzura no tengo nada. Es devastadora, me desarma en silencio.

Reúno mi dignidad y me arreglo la blusa lo mejor que puedo, y él me abre la puerta como un perfecto caballero, como si este despacho no hubiera estado a punto de presenciar su primera infracción de la categoría A. Al salir, dice en voz baja, solo para mí:

—Emily. Las reglas. Creo que necesitamos unas nuevas.

En el ascensor, mientras bajo, permanezco sola entre los espejos, con las rodillas flojas y el pulso aún muy lejos de recuperar la normalidad, y voy comprendiendo poco a poco, planta a planta, lo que acaba de ocurrir.

Ahora lo sabe. No lo de la llamada ni lo de Sasha; todo eso ya está aclarado, negociado y zanjado.

Lo otro. Lo que nadie sabe salvo Maggie.

El mensaje de voz fueron cuarenta y siete segundos de pérdida de control, y me avergonzaba hasta la raíz del pelo, pero, al fin y al cabo, solo era sonido. Esto es más grande. Acabo de entregar voluntariamente mi segunda mayor vulnerabilidad al hombre que ya posee la primera, y él la ha recibido como si fuera algo frágil.

El mensaje de voz ya no es mi mayor secreto en sus manos.



Capítulo 14 — Damon

Por la noche estoy sentado en el ático, sin whisky, sin cifras, y en mi cabeza se repite una única frase en bucle.

Nunca lo he hecho.

Esa frase. La ha pronunciado con la barbilla alta, la voz casi firme, con la actitud de una mujer que comunica una debilidad como si fuera un indicador de rendimiento, y desde entonces todo mi sistema de coordenadas se ha desplazado unos cuantos grados y llevo horas intentando entender por qué.

No es el hecho en sí. Veinticinco años y nunca lo ha hecho; es algo estadísticamente infrecuente y humanamente irrelevante, todo el mundo tiene sus motivos para todo. Es el cálculo retrospectivo lo que no me deja en paz: esa mujer me envió a la una de la madrugada un mensaje de voz, cuarenta y siete segundos de fantasía sobre un hombre al que nunca había tenido, sobre algo que jamás había experimentado, y después permitió que la llevara a negociar un contrato conmigo, mantuvo a raya a mi familia durante todo un fin de semana y esta mañana irrumpió en mi despacho para exigirme explicaciones, con esa barbilla, con esa voz.

La consideraba valiente. Ni siquiera imaginaba hasta qué punto.

Mi mundo está compuesto por mujeres que sabían lo que hacían. No es una exageración, sino una descripción precisa: mujeres con experiencia, con expectativas, con una idea clara de lo que vale una noche conmigo y de lo que no. Contratos, aunque nunca los llamáramos así, comprendidos por ambas partes y ejecutados limpiamente. Nunca en mi vida he sido el primero de nadie. Ni una sola vez, y jamás lo he percibido como una carencia, del mismo modo que uno no echa de menos aquello cuya existencia desconoce.

Y hoy estaba en mi despacho, medio apoyada en mi escritorio, con mi nombre una vez más en los labios, y ha dicho despacio, y yo me he detenido.

Esa es la segunda parte que no consigo encajar: me he detenido. Yo nunca me detengo. No por falta de consideración, no soy un animal, sino porque nunca había sido necesario, porque todas sabían siempre lo que hacían. Hoy sí era necesario, y mi cuerpo lo ha comprendido antes de que mi cabeza procesara el aviso; y cuando ella lo ha dicho, cuando ha pronunciado esas palabras, lo único que había en mi mente no era triunfo ni incomodidad, sino un pensamiento de una claridad tan absoluta que no ha dejado de perseguirme desde entonces:

Así no. De pasada no. No como un accidente laboral entre la puerta y el departamento de contabilidad.

Intento archivarlo bajo la categoría de decencia. La decencia es una postura aceptable, algo que se puede clasificar. Pero estoy aquí sentado, en el silencio de mi ático, y sé que no ha sido decencia. Ha sido reverencia, y la reverencia es una categoría para la que no dispongo de archivo.

Responsabilidad, pienso. Esa es la palabra en torno a la cual llevo horas dando vueltas. No la clase que figura en mis contratos, ni obligación ni responsabilidad legal. La otra clase: que alguien te ofrezca algo que jamás

le ha ofrecido a nadie y que, a partir de ese instante, lo tengas en tus manos, quieras o no.

Me da más miedo que cualquier plazo límite de cualquier operación de mi vida. Y es lo mejor que me ha ocurrido en años, y no pienso contárselo a nadie, y mucho menos a ella.

En algún momento de la noche me planto frente a la ventana y la mirada se me queda prendida del perfil de la ciudad, de un edificio muy al este en el que no he estado desde hace cinco años, y durante un instante aparece el pensamiento, sin avisar, como aparecen siempre esos pensamientos: ella le habría caído bien. Le habría caído bien desde el primer momento, y él se habría reído de mí, con afecto y sin piedad, por todo este contorsionismo de normas y contratos, y habría dicho lo que decía siempre que yo estructuraba algo hasta matarlo.

No dejo que el pensamiento llegue hasta el final. Es cuestión de práctica. Uno se vuelve muy bueno después de entrenarse durante cinco años.

El día siguiente es un ejercicio de doble vida profesional.

En la superficie: reuniones, llamadas, el asunto Langley, que no deja de crecer. Por debajo: Emily Warner en cada sala en la que entra y en casi todas aquellas en las que no.

No tenemos reglas nuevas. Hemos infringido las antiguas y no hemos negociado otras, lo que nos deja en un espacio sin contrato, y los espacios sin contrato suelen ponerme nervioso. Este tiene otras cualidades: en la reunión de las once está sentada a mi lado porque levanta acta y el asiento junto a mí le corresponde de manera absolutamente oficial. La larga mesa está al completo, todas las miradas clavadas en la presentación, y bajo el

tablero, donde nadie mira, mi mano avanza hasta su rodilla, sin exigir, apenas un roce, más una pregunta que otra cosa.

Ella no se sobresalta. No vuelve la cabeza. Posa su mano sobre la mía durante dos segundos, tres, y después la retira. Nadie en la mesa se ha dado cuenta de nada, y algo echa raíces en mi interior, algo que más tarde tendría que arrancar si fuera inteligente.

Es evidente que ya no lo soy. Ryan me lanza una mirada desde el otro lado de la mesa y arquea una ceja exactamente un milímetro, a la altura de los expedientes, antes de volver a concentrarse en sus notas. No dice nada. Ryan recopila información, y eso es peor.

Durante todo el día busco el momento adecuado para hablar con ella. Para hablar de verdad, no en el lenguaje del calendario. Después de la reunión la rodean tres personas, a mediodía está hablando por teléfono y a las dos me digo que una conversación así no debería tener lugar entre dos citas, algo que suena razonable y no es más que cobardía con agenda.

Y entonces, poco después de las tres, el pasado entra en la antesala.

La oigo antes de verla. Esa voz atraviesa puertas cerradas.

—... No hay ningún problema, esperaré aquí. Somos prácticamente de la familia.

Sasha.

Salgo de mi despacho antes de que termine la frase, pero no con la rapidez suficiente, porque ya está junto al escritorio de Emily, en pose triunfal, con una mano apoyada en el borde de la mesa como si todo aquello ya le

perteneciera, y Emily está sentada detrás con la expresión de una mujer que conserva la cortesía porque en estos momentos es la única arma de la que dispone.

—¡Damon! —Sasha sonríe radiante al verme—. Aquí estás. Estaba por la zona y he pensado en pasarme después de ese fin de semana tan agradable. Casi no tuvimos ocasión de hablar.

—Sasha. Hay motivos para eso.

—Siempre tan ocupado. —Vuelve a mirar a Emily, y veo venir lo que va a ocurrir como se ve venir un accidente, a cámara lenta y sin distancia para frenar—. Justo le estaba contando a tu encantadora... gerente de oficina cuánto tiempo hace que nos conocemos. Damon y yo tenemos un pasado. Aunque seguro que te lo ha contado. —El cambio al tuteo está colocado con precisión quirúrgica, una señal de familiaridad dirigida a Emily y concebida para ella—. Teniendo en cuenta lo que sea que vosotros... tenéis.

La estancia queda sumida en un silencio absoluto. Dos escritorios más allá, alguien sigue tecleando de forma ostensible, con la cadencia de quien está prestando muchísima atención.

—No me lo ha contado —dice Emily. Su voz es perfectamente amable, y solo yo veo cuánto le cuesta esa amabilidad, porque solo yo sé qué aspecto tienen sus orejas cuando está luchando. Están rojas—. Pero no importa. El pasado es precisamente aquello que ya ha terminado. Por eso se llama así.

Es un golpe limpio, y durante un segundo siento un orgullo absurdo; en medio de este desastre, estoy orgulloso de ella. Entonces veo que la frase le ha costado más a Emily que a Sasha.

La sonrisa de Sasha adquiere en los bordes esa tensión que conozco de la piscina.

—Qué mona. En fin. —Coge su bolso y, al pasar, da unas palmaditas en el borde del escritorio de Emily como si fuera una mascota—. Nos vemos en la gala, Damon. Papá está deseándolo. Será una noche importante.

Una última sonrisa, una nube de perfume, y se marcha, misión cumplida, mientras yo permanezco de pie en mi propia antesala con la absoluta certeza de que su aparición no ha sido casual. Sasha no hace visitas espontáneas. Sasha ejecuta operaciones.

Emily me mira. La amabilidad sigue ahí, pero algo bulle detrás, y cuando habla su voz es demasiado serena.

—¿Un pasado?

Una sola palabra. Todo el pasillo lleno de oídos, y aun así formula la pregunta, lo bastante bajo para que quede entre nosotros y con la claridad suficiente para que yo la entienda.

Y yo, el hombre que gana todas las negociaciones de esta ciudad, el hombre que esta noche ha comprendido qué me está ofreciendo esta mujer, me quedo ahí plantado y digo:

—Es complicado. Aquí no.

Veo cómo recibe las palabras. No como un aplazamiento. Como una evasiva, como una puerta que se cierra, una de esas que entreabrí durante el fin de semana; y ella asiente despacio, profesional, y se refugia detrás de sus ojos, en ese lugar al que no conseguí llegar durante los días de la glaciación.

—Por supuesto —dice—. Aquí no.

Coge una pila de correo y se dirige al departamento de correspondencia, con la espalda recta y el taconeo preciso, y la mirada que me dedica antes

de volverse me duele más de lo que habría podido hacerlo cualquier discusión.

Regreso a mi despacho, cierro la puerta y me limito a permanecer allí un rato.

Es complicado. Aquí no. Dos frases ciertas que, juntas, han constituido la respuesta equivocada, y lo sabía mientras las pronunciaba. La verdad sobre Sasha no es una verdad para contar en una antesala, eso es cierto. Pero hay una diferencia entre un lugar equivocado y una puerta cerrada, y Emily Warner conoce esa diferencia mejor que cualquier persona que haya conocido en mi vida. Esta mañana me ha reprochado que sea yo quien decida qué puede saber.

¿Y qué he hecho yo menos de seis horas después?

Me siento ante el escritorio y abro el directorio de personal, y esta vez no leo sus cualificaciones. Leo su dirección. Queens, tercera planta, y mientras la memorizo sé que estoy cruzando un límite y que una puerta cerrada en el lugar equivocado solo puede volver a abrirse en el lugar adecuado. No en este edificio. No entre dos reuniones ni con un público al otro lado de un cristal esmerilado.

Esta noche, pienso. Sin despacho, sin antesala, sin testigos.

Esta noche.



Capítulo 15 — Emily

El timbre suena a las ocho y veinte, y sé quién es antes incluso de pulsar el telefonillo, con esa certeza ilógica con la que una sabe cosas que no puede saber.

Damon Kane está delante de mi edificio. No delante de la oficina ni de un restaurante elegido por él, sino delante de mi edificio, en Queens. Cuando le abro y sube los tres pisos, se planta en mi recibidor y es demasiado grande para él. No es una metáfora: el hombre es literalmente demasiado grande para este recibidor; sus hombros y mi perchero se disputan el mismo medio metro de espacio, y hay algo en esa imagen que altera el equilibrio de poder entre nosotros mucho más que cualquier negociación.

Está en mi mundo. Por primera vez. Y mi mundo es pequeño y huele al curry de ayer, y aquí no parece un multimillonario, sino un hombre que no sabe qué hacer con las manos.

—¿De dónde has sacado mi dirección?

—De tu expediente personal —responde de inmediato, sin evasivas—. Es una intromisión, lo sé. A mí también ha empezado a parecérmele de camino

hacia aquí, más o menos al llegar al puente.

—Y aun así has seguido conduciendo.

—He dado la respuesta equivocada en la antesala. No quería esperar hasta nuestra cita para darte la correcta. —Se queda junto a la puerta, sin avanzar más de lo necesario—. «Es complicado» y «aquí no» no eran más que cobardía vestida de ejecutivo. Así que aquí estoy. Si me dejas entrar.

Lo dejo entrar. Por supuesto que lo dejo entrar; llevo tres horas dando vueltas en círculos entre la rabia y las preguntas, y ahora la respuesta está en mi recibidor y cuelga la chaqueta de su traje en una de las sillas de mi cocina como si siempre hubiera estado ahí.

Nos sentamos a la mesa de la cocina. Es demasiado pequeña para él; aquí todo le queda una talla pequeño. Saco vino porque mi madre me enseñó que las conversaciones difíciles no se mantienen a palo seco, y entonces Damon Kane se sienta en mi segunda silla, sin chaqueta, con las mangas remangadas, y empieza a hablar.

—Hubo una aventura. Sasha y yo. Hace años; fue breve y se acabó. —Hace girar la copa entre los dedos, con la mirada fija en ella—. Fue después de la muerte de mi hermano. Aquel año hice cosas que no tenían ningún sentido. Bebí, trabajé, ambas cosas hasta perder el conocimiento. Ella fue una de esas cosas. Era dolor disfrazado de otra cosa. Ahora lo sé. Entonces no sabía nada.

No digo nada. He aprendido que los hombres siguen hablando cuando una no llena el silencio, y él continúa.

—Para mí se acabó al cabo de unas semanas. Para Sasha no; o quizá le conviene estratégicamente fingir que nunca terminó. Sinceramente, ya no sé distinguir una cosa de la otra. Y mi madre convirtió aquellas semanas en toda una historia. La gran historia inconclusa que solo necesita un final

feliz. Richard se la cree porque le gusta: su apellido y el nuestro, dos casas, un contrato. Nadie lo ha puesto nunca por escrito; ahí radica su elegancia. No hay ninguna cláusula que se pueda señalar. Solo una expectativa que ocupa la habitación como un mueble, mientras todos fingen que lo he comprado yo.

—Y, si defraudas esa expectativa, el acuerdo se va al traste.

—Puede. Es probable. Richard es demasiado listo para decirlo en voz alta.

—Levanta la mirada—. Esa era la llamada que oíste. El resto fue que le dije que, en ese caso, el acuerdo podía irse al traste. Lo decía en serio, Emily. Y sigo diciéndolo en serio.

Lo examino mientras habla. Sé hacerlo, siempre he sabido: observar a la gente mientras habla y detectar los puntos en que el tono no encaja con las palabras. No encuentro ninguno. Lo que encuentro es una puerta que oculta algo más; la veo con claridad. Cada vez que la frase roza a su hermano y él baja la mirada, ahí hay una habitación que no abre.

No pregunto. Hoy ya ha abierto suficientes puertas, y yo sé mejor que nadie que algunas solo pueden abrirse desde dentro.

—Vale —digo en su lugar.

—¿Vale?

—Te creo. —Me encojo de hombros como puedo bajo el peso de la velada—. Decepcionante, ¿verdad? Tres horas enfadada y apareces con la verdad. Es una táctica de negociación muy poco limpia.

—La he aprendido de ti.

Seguimos sentados un rato más. Cada vez queda menos vino, hablar resulta más fácil y, en algún momento, me sorprendo pensando en algo que lleva

toda la noche rondándome: él posee mi mensaje. Mi contrato de trabajo. Desde ayer, mi mayor secreto. La lista de cosas mías que este hombre tiene en sus manos es vergonzosamente larga. ¿Y qué tengo yo de él?

Entonces lo miro, lo miro de verdad: Damon Kane sentado a mi mesa de cocina de dos metros, demasiado grande para la silla, con las mangas remangadas, nervioso de un modo que él cree invisible, y comprendo que estoy contemplando la respuesta. Esto. Este hombre, sin chaqueta, en Queens, con las puertas abiertas. Nadie más lo posee. Nadie lo ha visto nunca.

Me levanto para recoger las copas, sobre todo porque, de lo contrario, diré alguna cursilería. Él también se levanta y me quita la segunda copa de la mano, pero el contacto permanece. Sus dedos sobre los míos, la copa entre ambos, y ninguno de los dos la deja en ninguna parte.

—Sabes por qué paré el otro día —dice en voz baja.

—¿Porque eres un caballero? ¿Y porque alguien llamó a la puerta?

—Porque te mereces algo mejor que un escritorio.

Dejo la copa a ciegas; supongo que por ahí había una encimera. —¿Y qué sería algo mejor?

—Eso lo decides tú. Es tu piso. —Levanta una mano y me la posa en la cara, con el pulgar sobre el pómulo, y espera. Espera de verdad—. Y es decisión tuya.

Decido cogiéndolo de la mano y guiándolo por el piso más corto del mundo: cuatro pasos, y mi corazón late en cada uno de ellos.

Mi dormitorio es pequeño, la cama no está hecha para hombres de su tamaño, la lámpara de la mesilla proyecta una luz cálida y misericordiosa, y

yo estoy ante ella, de pronto nerviosa hasta la punta de los dedos, ahora que ya no hay ninguna puerta, ni contabilidad, ni motivo alguno que nos detenga.

—Eh. —Me vuelve la cara hacia él—. No tenemos que hacer nada.

—Lo sé. —Y entonces, porque es verdad—: Quiero hacerlo.

Me besa despacio, de un modo completamente distinto al de la oficina, y empieza a desnudarme botón a botón, con una paciencia que me vuelve loca y que, precisamente por eso, es perfecta. Con cada nuevo trozo de piel se detiene, mira, me mira, y yo esperaba sentir vergüenza en algún momento, con mi cuerpo bajo la luz de la lámpara y sus ojos sobre él, pero la vergüenza necesita distancia y él no deja que surja ninguna.

—Preciosa —dice con voz ronca contra mi clavícula—. Eres muchísimo más preciosa de lo que cuarenta y siete segundos podrían llegar a mostrar jamás.

Y me río sin aliento, en plena desnudez, y pienso: esto es lo que no aparecía en ninguno de los libros que he leído. Que una puede reírse mientras lo hace.

Llegamos a la cama, su ropa se va perdiendo por el camino, prenda a prenda, y entonces hay muchísima piel caliente y su peso sobre mí, apoyado en los codos, con tanto cuidado que casi me conmueve, y sus manos empiezan a aprenderme. De un modo distinto al de la oficina, sin prisas. Recorre con los dedos el interior de mis muslos y, cuando me toca allí donde nunca ha estado nadie salvo yo, todo dentro de mí se contrae y vuelve a desplegarse. Me oigo, en voz baja, sin control, y esta vez no hay ningún mensaje que lo grabe, solo él.

—Dime qué te gusta —murmura junto a mi oído mientras sus dedos trazan círculos lentos e insoportables—. No tienes que saber nada. Solo sentir.

—Eso —consigo decir—. Justo eso. No pares.

No para. Lo va construyendo con paciencia, capa a capa, hasta que alcanzo el clímax por primera vez esa noche contra sus dedos, con su nombre en mis labios, y él me sostiene mientras me atraviesa el temblor y me contempla como si yo fuera lo más impresionante que ha negociado en toda su vida.

—Damon. —Tiro de él hacia mí—. Ahora. Por favor.

—¿Estás segura?

—Si vuelves a preguntármelo, sacaré mi lista de reglas.

Se ríe, y después está sobre mí, y todo se vuelve serio y silencioso. Se toma su tiempo, mucho más del que yo habría creído posible, despacio, milímetro a milímetro, con la frente apoyada en la mía, sus ojos abiertos y los míos también.

Me escuece. Es nuevo y extraño y, durante un instante, más de lo que esperaba, y él lo nota enseguida y se queda inmóvil, completamente inmóvil, conteniendo incluso su propia respiración. —Respira —susurra.

Y yo respiro, y mi cuerpo cede, le hace sitio, lo encuentra. Entonces empezamos a movernos, al principio con cuidado, después con menos, y lo extraño se vuelve bueno y lo bueno se vuelve más que bueno, una ola que crece desde dentro. Nos oigo a los dos, su respiración contra mi cuello más ronca de lo que se la he oído jamás, mi nombre mezclado en ella una y otra vez, y cuando me arrastra por segunda vez, con él, teniéndolo dentro, cerrándome a su alrededor, él me sigue con un sonido que ya no tiene nada que ver con el control.

Después permanecemos tumbados bajo la luz de la lámpara, su mano dibujando círculos en mi espalda, y entre nosotros hay más silencio que nunca; el silencio bueno, el que no hace falta llenar.

Veinticinco años, pienso, con la cabeza apoyada en su pecho y los latidos de su corazón bajo mi oído aún sin haber recuperado del todo los ajustes de fábrica. Durante veinticinco años he esperado algo que nunca supe nombrar, y ahora mismo mi cuerpo está constatando, muy satisfecho, que mi obstinación estaba justificada.

—¿Puedo quedarme? —pregunta contra mi pelo.

Una pregunta pequeña en la que oigo todo lo que se oculta debajo. No pregunta por la noche. Aquí, en mi piso, en mi cama, con su chaqueta sobre la silla de mi cocina, está preguntando por algo mucho más grande, y todo mi cuerpo quiere decir que sí, y eso es precisamente lo que me asusta tanto.

—Mejor no —digo en voz baja.

Levanta la cabeza. —¿Por qué no?

Porque, si no, estoy perdida. Porque hoy ya he entregado más de mí misma que nunca en un solo día y porque, si ahora me duermo sobre su pecho y mañana despierto en él, perderé el último pedazo de suelo que me queda bajo los pies, y uno de los dos tiene que conservarlo.

—No puedo explicarlo —digo—. Todavía no. No tiene nada que ver contigo. O lo tiene todo, pero no como tú crees.

Me mira durante largo rato y yo espero la negociación, el argumento; al fin y al cabo, argumentar es su profesión. Pero no llega. Asiente, me besa en la

frente, se levanta y se viste sin mostrarse dolido, sin dramas, y, al llegar a la puerta del piso, se vuelve una vez más.

—Gracias —dice—. Por todo lo de antes. Y por echarme. Eres la única persona que me echa.

Entonces se marcha. Corro el cerrojo y apoyo la frente contra la puerta, con los pies descalzos sobre el suelo frío del recibidor y su olor todavía en mi piel, y la certeza sube lentamente por las escaleras como un mensajero paciente: lo he echado para protegerme y no me ha protegido absolutamente de nada.

Estoy jodidísima.



Capítulo 16 — Damon

Mi madre no invita. Convoca.

—Almuerzo en el club, a las doce y media —le ha dictado su asistente a la mía, y que yo vaya no es señal de debilidad, sino una misión de reconocimiento: quiero saber qué se trae entre manos, y mi madre siempre se trae algo entre manos.

El club es territorio de Victoria desde que tengo uso de razón. Madera oscura, voces apagadas, camareros que conocen su pedido, la misma mesa junto a la ventana desde hace veinte años. Aquí no se mantienen conversaciones, se conceden audiencias, y quien comete el error de sentirse un invitado ya ha perdido.

Cuando llego, ella ya está sentada. Por supuesto que ya está sentada.

—Damon. —Me besa primero en una mejilla y luego en la otra; el perfume de mi infancia—. Pareces cansado.

—Tú pareces ocupada.

—Adulador. —Espera hasta que el camarero sirve el agua y desaparece; entonces deja una fina carpeta de cuero junto a su cubierto con la misma despreocupación con la que otros despliegan una servilleta—. He estado informándome un poco. Sobre tu... acompañante.

—Informándote.

—Emily Warner, veinticinco años, gerente de oficina, en tu propio edificio, lo cual ya resulta de por sí desafortunado. Se crio en Queens, su madre es enfermera y su padre desapareció pronto de escena. Sin familia, sin fortuna, sin apellido. —No abre la carpeta. Eso es lo péfido: no le hace falta, se la ha aprendido de memoria; la carpeta no es más que atrezo—. Y lo que más interesante me ha parecido es que su mejor amiga es esa tal Maggie Pierson. La chica que pescó a Aiden Cole. A estas alturas ya conocemos el patrón; se publicaron unos artículos encantadores al respecto.

—Cuidado, madre.

—Siempre tengo cuidado. Soy la única de esta familia que lo tiene. —Da un sorbo de agua y no me quita los ojos de encima por encima del borde del vaso—. ¿Recuerdas cuántos años tenías cuando te enseñé que todo el que se sienta a tu mesa quiere algo? ¿Ocho? ¿Nueve? Te pareció cínico. Supongo que sigue pareciéndotelo. Pero hoy estás al frente de un grupo empresarial porque yo te enseñé eso y tu padre, a atar rosas.

—Deja a papá al margen.

—Dejo al margen a todos los que no participan en el juego. Tu padre eligió las rosas hace décadas, y lo respeto. —Deja el vaso en la mesa—. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo? No digo que sea una mala persona. No tengo ninguna opinión sobre su carácter; no la conozco. Digo que dos amigas de Queens encuentran, una detrás de otra, a dos de los hombres más codiciados de esta ciudad... Eso no es el destino, Damon. Es un método.

Ahora debería fingir aburrimiento. Es la jugada correcta: desinterés, una mirada al reloj. Mi madre puede lidiar con cualquier cosa salvo con la irrelevancia. Lo sé desde que tengo uso de razón.

—No aceptó el cheque —digo en cambio.

No se me escapa. Esa sería la interpretación benévola. Lo digo porque quiero decirlo, porque llevo días esperando para soltárselo a la cara, y mientras la frase aún cruza la mesa, ya sé que ha sido un error.

Victoria arquea una ceja. —¿Qué cheque?

—El que aún no le has ofrecido. —Demasiado tarde; adelante—. El que le habrías ofrecido a cualquiera. Ahórrate el sello. No se la puede comprar y no es ningún método. Y si vuelves a mandar que investiguen su vida como si fuera una candidata a una adquisición, tú y yo tendremos otra clase de conversación.

Mi madre me observa durante un largo instante y entonces ocurre lo peor que puede ocurrir en esta mesa.

Sonríe.

—Gracias, Damon —dice, y desdobra la servilleta como si solo ahora hubiéramos llegado a la parte agradable de la comida—. Eso era todo lo que quería saber.

Y entonces comprendo lo que he hecho. No ha venido a discutir. Las discusiones son para quienes aún necesitan información. Ha venido a medir: ¿Cuánto alzaré la voz? ¿Con qué rapidez? ¿Defiende a esa mujer como a una empleada o como algo distinto? En treinta segundos he revelado más que en tres meses; le he mostrado dureza cuando la indiferencia era mi única cobertura, y mi madre ha tomado nota detrás de esos ojos afables, en el archivo donde guarda todo lo que algún día pueda resultarle útil.

El resto del almuerzo es conversación. El tiempo, la gala de la fundación, un primo que va a casarse. Comemos pescado, somos educados, somos madre e hijo, y bajo la mesa se ha declarado una guerra que solo uno de los dos ha advertido a tiempo.

—¿Que has dicho QUÉ?

Ryan se detiene en mitad del pasillo de nuestra propia zona de conferencias. Es por la tarde, faltan veinte minutos para la reunión más importante de la semana y le he resumido el almuerzo en cuatro frases porque necesita saberlo.

—Lo sé.

—Has bajado la guardia ante Victoria Kane. Tú. El hombre con quien jugar al póquer es aburridísimo porque no tiene expresión.

—Lo sé, Ryan.

—Te ha hecho pedazos en treinta segundos y encima se los has firmado. — Se pasa una mano por el pelo y entonces aparece la sonrisa que tanto temía, lenta y amplia—. Tío. Esto va en serio de verdad.

—Tenemos una reunión.

—Va MUY en serio.

—Elias Grant está esperando, Ryan.

Elias Grant está esperando, en efecto, en la sala de conferencias pequeña, y me cae bien desde el primer apretón de manos. Tiene poco más de sesenta años, un traje gris sin pretensiones, un apretón de manos sin alardes de poder y unos ojos que ya están ordenando los documentos durante la charla trivial. Grant Capital es más pequeña que la Langley-Gruppe, más discreta, sin un nombre destacado en las galas, y eso se ha convertido precisamente en su mejor argumento de venta.

—He visto sus cifras —dice cuando nos sentamos—. Sólidas. Incluso me creo la historia de crecimiento que me plantea. Lo que no entiendo es por qué está sentado ante mí y no ante Richard Langley. La prórroga sería el camino natural, eso lo sabe todo el mundo en esta ciudad.

—El camino natural impone condiciones que no pienso aceptar.

Grant me observa un instante, y veo cómo decide no hacer más preguntas. —Entiendo. Empresa familiar. —Lo dice como si fuera un diagnóstico, y quizá lo sea—. Muy bien. Si hacemos esto, lo haremos bien: una diligencia debida completa, con mi gente revisando sus libros. No invierto dinero en cifras; invierto en estructuras que he comprendido.

—¿Qué plazo necesitaría?

—Dos meses. Probablemente algo más.

Ryan y yo no nos miramos. Es una cuestión de práctica; desde hace quince años evitamos mirarnos justo en esos momentos en que todos los demás lo harían. Dos meses. Oigo la voz de Richard por teléfono: el aniversario se acerca, un marco precioso para hacer anuncios. Cuento las semanas y las cuentas no salen; no hay redondeo posible en el mundo que haga que salgan.

—Dos meses es factible —digo, y no es una mentira, sino una apuesta.

Grant recoge sus documentos y, al llegar a la puerta, se vuelve una última vez, con el maletín en la mano como un hombre que debe coger un tren pero aun así necesita decir algo. —Llevo casi cuarenta años dedicándome a esto, señor Kane. ¿Sabe qué hace fracasar a la mayoría de las operaciones que llegan a mi mesa? No son las cifras. Son las familias. —Nos dedica un gesto de despedida—. Ponga orden en la suya. Yo pondré orden en los libros.

Si ese hombre supiera con qué precisión acaba de dar en el blanco, duplicaría sus honorarios.

Después de la reunión, Ryan y yo nos quedamos junto a la ventana de la sala de conferencias vacía. Abajo, la ciudad sigue con su tarde, y Ryan expresa en voz alta lo que llevo una hora sin querer pensar.

—La salida existe. Solo que es más lenta que tu madre.

—Lo sé.

—¿Y si no basta? —Me mira de soslayo—. Solo te lo preguntaré una vez y luego nunca más, pero tengo que hacerlo. Si llega el momento de la verdad y tienes que elegir entre la operación y ella, ¿qué harás?

La pregunta queda suspendida en la sala, y espero esa respuesta que toda la vida me ha surgido de forma automática: la empresa, por supuesto que la empresa; siempre ha sido la empresa. Espero, pero la respuesta no llega. Solo hay silencio donde durante toda una vida ha habido un reflejo, y ese silencio me asusta más que cualquier cifra de cualquier informe de este año.

—No vuelvas a preguntarme eso nunca —digo. Ryan asiente despacio, y en su rostro no hay burla, solo algo que se parece sospechosamente al respeto.

Me deja a solas con la pregunta —es su especialidad— y permanezco un rato más frente a la ventana, tratando de comprender el silencio que ha

sustituido al reflejo. La empresa nunca ha sido solo una empresa. Ha sido la justificación de cada amistad a cuyo funeral no asistí, de cada mujer que se marchó, de cada año que pasé trabajando en lugar de viviendo. Uno se construye así todo un edificio de prioridades, y entonces aparece una gerente de oficina de Queens con un mensaje de voz enviado por accidente, y el edificio empieza a agrietarse en lugares cuya existencia el ingeniero estructural desconocía.

Esto debería inquietarme. Me inquieta. Pero también me parece, y esto es lo verdaderamente inquietante, lo primero que está bien de verdad en muchos años.

Por la noche, en el ático, a las nueve y media. Suena el móvil, en la pantalla aparece Madre y contesto porque a Victoria Kane no se le rechaza una llamada: solo se la aplaza.

—Damon. —Su voz adopta ese tono meloso que utiliza para hacer anuncios—. ¿Interrumpo algo? Solo quería decirte lo mucho que me ha gustado nuestro almuerzo. Deberíamos hacerlo más a menudo.

—¿Qué quieres?

—Nada. Absolutamente nada. —Una pausa colmada por su sonrisa; puedo oírla a través de la línea—. Ah, una cosita más antes de que se me olvide. He invitado a tu encantadora Emily a tomar el té. Mañana por la tarde, en mi casa. Solo nosotras dos. Solo las damas.

—Madre.

—Nos llevaremos de maravilla. Buenas noches, cariño.

Cuelga y yo permanezco completamente inmóvil durante dos segundos.

Solo las damas. Conozco ese tono. Con ese mismo tono ha felicitado a miembros del consejo por su dimisión antes de que ellos supieran que iban a dimitir. El té no es una invitación. El té es el segundo movimiento de una partida cuya primera jugada le he mostrado voluntariamente este mediodía: ahora sabe que Emily importa. Así que va a atacar donde importa.

Un instante después estoy de pie, ya con la chaqueta en la mano, el móvil pegado a la oreja y el número de Emily marcado.

Comunica.

Vuelvo a llamar. Comunica. Una vez más.

Comunica.



Capítulo 17 — Emily

El piso de Victoria en la ciudad está en Park Avenue y tiene el aspecto del dinero cuando ya no necesita demostrar que lo es. Nácar, tonos crema, un piano de cola que seguro que nadie toca y unas vistas que no se compran, sino que se heredan.

Anoche pasé demasiado tiempo al teléfono, primero con Maggie y después con mi madre, y cuando vi las llamadas perdidas de Damon eran casi las once, y el mensaje que había dejado debajo sonaba contenido de esa forma que, en él, es señal de alarma:

—Lo del té de mañana. No tienes por qué ir. Llámame.

Lo llamé. Me dijo que su madre no invitaba a nadie, sino que lo citaba a comparecer, y yo le dije que llevaba semanas sentándome a mesas a las que no pertenecía y que empezaba a dominarlo. Lo que no le dije fue que cancelar me parecería una derrota y que no pensaba perder contra esa mujer antes incluso de que empezara el partido.

Ahora estoy sentada en un sofá color crema que cuesta más que mi sueldo anual, sostengo una taza de porcelana finísima y Victoria Kane me sonríe, y

es la sonrisa más peligrosa que he visto en mi vida porque parece completamente sincera.

—Emily. ¿Puedo llamarla Emily? Hábleme de usted. Damon no cuenta nada, ya era así de niño: todo guardado en archivadores y nada en las conversaciones.

Y entonces hace lo más inesperado: se muestra encantadora. Durante media hora me pregunta por mi madre, por Queens, por mi trabajo, y escucha, escucha de verdad, haciendo preguntas a partir de mis respuestas, asintiendo de esa forma que te hace sentir interesante. Me cuenta una anécdota de cuando Damon tenía siete años y ordenaba sus coches de juguete según su capitalización bursátil, y me río sin pretenderlo y pienso, durante un instante de locura: «Tal vez esto salga bien. Tal vez esté sola y sea complicada, y todos hayan exagerado».

Entonces deja la taza exactamente en el centro del platillo y descubro que esa media hora solo ha servido para afinar el instrumento.

—Me cae bien —dice—. Eso lo hace más fácil y más difícil al mismo tiempo. Soy demasiado mayor para perder el tiempo, así que perdone mi franqueza.

Coge una estrecha carpeta de cuero que hay a su lado y que yo había tomado por una agenda, saca una única hoja y la deja sobre la mesa delante de mí, entre la plata y los petit fours, con la serenidad de una mujer que no hace ese gesto por primera vez.

Es un cheque.

Miro la cifra, la cifra me devuelve la mirada y, durante un segundo —un segundo que jamás le contaré a nadie—, mi mente se detiene y echa cuentas.

500.000 dólares.

Los préstamos estudiantiles de mi madre. El piso cuya caldera lleva resollando desde que tengo uso de razón. No volver a hacer nunca una hoja de Excel con el saldo de las cuentas a final de mes, no volver a sentir ese nudo en el estómago en la caja del supermercado cuando la tarjeta tarda un segundo de más en procesarse. Libertad multiplicada por cinco y con una firma al pie, tendida entre los petit fours, esperando a que yo flaqueé.

—Desaparezca de la vida de mi hijo —dice Victoria en el mismo tono con el que me ha preguntado por mi madre—. Es usted una chica encantadora, de verdad; no me he aburrido, y eso me ocurre pocas veces. Pero las dos sabemos que no es más que un episodio. No me gusta alargar los episodios, sale más caro para todos los implicados. Considérelo una muestra de reconocimiento: no le hago una oferta a cualquiera.

El segundo pasa. La cifra vuelve a ser papel.

Dejo la taza, con menos elegancia que ella; la porcelana tintinea brevemente, y empujo el cheque hacia el otro lado de la mesa con un dedo, como si estuviera pringoso.

—Me confunde con alguien que está en venta —digo, y mi voz se mantiene firme, algo por lo que ni yo misma habría apostado—. Ese era su tipo de mujer, no el mío. Su tipo de mujer calcula la salida de antemano, por eso cree en las indemnizaciones. Yo no entré en esto para salir.

Me pongo en pie. Las rodillas me responden, y por eso tampoco habría apostado.

Y entonces se le cae la máscara. Solo durante un segundo, pero lo veo: bajo la sonrisa de nácar hay algo duro, frío y antiguo, algo que no está acostumbrado a que nadie se levante antes de que dé por terminada la conversación. Después la sonrisa regresa, sin fisuras, y Victoria se levanta

también, se alisa la falda y me acompaña hasta la puerta, la anfitriona perfecta hasta el último metro.

—Qué lástima —dice junto a la puerta con ligereza, como quien habla de una función teatral cancelada—. Esperaba que pudiéramos resolverlo entre nosotras. Verá, Emily, conozco esta ciudad desde hace cuarenta años. Conozco a muchísima gente. Editores, redactores, esos jóvenes tan diligentes de los portales de cotilleos que siempre agradecen tanto que les den historias.

Me abre la puerta y su sonrisa es impecable.

—Sería una pena que su nombre quedara inutilizado en esta ciudad. Los nombres son muy difíciles de reparar. Salude a su madre de mi parte, parece una mujer admirable.

La puerta se cierra sin hacer ruido. Las puertas de pisos como este nunca dan portazos.

Consigo llegar hasta la siguiente esquina, pero entonces tengo que detenerme porque me tiemblan las manos, ahora sí, con retraso, como si mi cuerpo hubiera esperado hasta que nadie pudiera verlo.

Maggie responde al segundo tono.

—Ha intentado COMPRARME —digo en lugar de saludar—. Con un cheque. Prácticamente en bandeja de plata. Medio millón, Maggie.

Silencio, dos segundos. Después, con mucha calma:

—¿Su madre ha intentado COMPRAR tu marcha? Em. Vanessa intentó hacerme lo mismo en su día. Es un clásico de un manual que, por lo visto, les entregan a estas mujeres cuando se casan. Dime que no has aceptado el dinero.

—No lo he aceptado.

—Bien. Ahora escúchame, y escúchame de verdad.

Su voz se vuelve seria, adopta esa frecuencia reservada a las amigas por debajo de la cual ya nada es una broma.

—Cuéntaselo a Damon. Hoy. No mañana, no después del siguiente hito del acuerdo, hoy. Los secretos casi fueron mortales para Aiden y para mí en su momento; estuvimos a punto de perdernos por todo lo que nos ocultábamos, y lo nuestro era menos grave que medio millón.

—Es complicado.

—SIEMPRE es complicado. Eso no es información, es una excusa con mejor vocabulario.

Le prometo que me lo pensaré. Ella entiende perfectamente cuánto vale esa promesa y me lo dice, y la quiero por ello, pero aun así cuelgo.

Y entonces me quedo en esa esquina de Park Avenue, rodeada de gente con perros mejor asegurados que yo, y pienso; y mis pensamientos están claramente escorados, hasta yo me doy cuenta.

Si se lo cuento a Damon, ¿qué ocurrirá? Me creerá, dice una mitad de mí. Claro que me creerá. ¿Y después qué? Después irá a ver a su madre y estallará una guerra abierta, hijo contra madre, en plena fase crítica del acuerdo, mientras Richard Langley exige que cumplan sus compromisos y la empresa depende de una prórroga para seguir con vida. No solo habría

rechazado un cheque: habría hecho estallar una bomba, y la metralla lo alcanzaría a él.

Y está la otra mitad, la pequeña y desagradable, la que preferiría negar: ¿y si no me cree? No hay pruebas. Victoria ha vuelto a guardarse el cheque, no había testigos; es mi palabra contra la de Victoria Kane, una asistente contra la matriarca de un imperio empresarial, y hoy he presenciado cómo esa mujer convierte media hora de encanto en un arma. Frunciría el ceño con una leve expresión de lástima y diría: «Pobre niña, la presión la hace fantasear», y resultaría tan convincente que yo misma empezaría a dudar de mí.

Me creería. Probablemente. Seguramente.

Una bomba no se construye sobre un «seguramente».

Así que decido callar, en esa esquina, entre dos perros asegurados. No para siempre, me digo. Solo hasta que se cierre el acuerdo, hasta que Grant termine, hasta que la empresa esté a salvo, hasta que hayan conseguido recomponer este castillo de naipes hecho de plazos; después se lo contaré todo. No es un secreto, es un aplazamiento. Soy muy convincente cuando me miento a mí misma. Al fin y al cabo, esta tarde he recibido clases de una profesional, con té y petit fours.

Por la noche voy a su casa.

Abre antes de que pueda llamar al timbre; el portero le ha avisado de mi llegada, y está en la puerta de su ático mirándome con el rostro lleno de preguntas y el móvil aún en la mano. Probablemente no lo ha soltado desde ayer.

—¿Qué tal ha ido? —pregunta—. Te he llamado tres veces, he estado a punto de...

—Ha sido rígido —digo—. Pero inofensivo. Té, anécdotas, petit fours. Me ha contado que ordenabas tus coches de juguete según su capitalización bursátil.

La mentira me sale con más facilidad de la que debería, y eso es exactamente lo que percibo mientras la pronuncio: esta mentira pesa de un modo distinto a la de la compañera de piso. La de la compañera de piso fue una mentira piadosa entre desconocidos. Esto es una decisión de principios entre personas que se han contado la verdad por las noches, y parece una pequeña traición nacida de buenas intenciones; aun así, la cometo con los ojos abiertos.

—Inofensivo —repito despacio.

No me cree del todo, lo veo; conoce a su madre. Pero lo deja pasar porque yo lo he decidido así, y esa consideración lo empeora todo aún más.

—Inofensivo —repito.

Entonces me acerco a él, le rodeo el cuello con los brazos y lo beso, mitad por deseo, mitad para huir, y espero que hoy no perciba la diferencia.

Prácticamente me lleva en brazos hasta el dormitorio, y esta vez todo es distinto a la primera. Es por mí: hoy no quiero que me guíen, no quiero ser frágil. Llevo todo el día siendo examinada, evaluada y tasada, y ahora quiero ser yo quien decida.

Lo empujo sobre la cama y me siento a horcajadas encima de él, y lo entiende enseguida; lo veo en su mirada, en ese destello de sorpresa que se transforma en algo más oscuro.

—Hoy mando yo —digo.

—Soy todo tuyo —responde.

Y entonces Damon Kane, el hombre que no cede el control ni cuando duerme, se tumba debajo de mí y me lo entrega, y yo lo acepto. Marco el ritmo, desesperadamente lento al principio porque puedo hacerlo, porque se le tensa la mandíbula y sus manos se me clavan en las caderas y, aun así, espera; me espera a mí, espera mi ritmo. Y cuando por fin lo recibo por completo, pronuncia mi nombre como un hombre que pierde y disfruta haciéndolo. Cabalgo sobre él, despacio al principio, después de forma más exigente, con las manos apoyadas en su pecho y sus ojos sobre mí, recorriéndome entera, y hoy le sostengo la mirada; la quiero, la recojo como si fuera un premio. Cuando el placer me arrolla, grito y no me avergüenzo, y él me sigue dos respiraciones después, con mis caderas entre sus manos y mi nombre apretado entre los dientes.

Después descanso sobre su pecho y ninguno de los dos deja que el mundo vuelva a entrar en la habitación.

Al cabo de un rato me doy cuenta de que no me he levantado. De que no estoy buscando mi ropa, de que él no mira la hora, de que la regla tres, no pasar la noche juntos, acaba de salir flotando en silencio por la ventana de este ático, cae treinta plantas y nadie la sigue con la mirada.

Me quedo.

Su corazón late bajo mi mano, tranquilo y regular, y permanezco tendida en la oscuridad pensando en el cheque, en la amenaza junto a la puerta, en mi propia voz esta noche: rígido, pero inofensivo.

Tres secretos yacen con nosotros en esta cama. Su puerta cerrada, tras la que vive su hermano. La guerra de Victoria, que no ha hecho más que empezar.

Y el mío. El más reciente. El único que podría haber evitado.



Capítulo 18 — Damon

Richard Langley llega con veinte minutos de antelación, sin cita, y trae consigo a mi madre.

Eso ya constituye la mitad del mensaje. Uno no se presenta sin avisar en la sala de conferencias de un hombre con cuya empresa mantiene una alianza desde hace quince años, a menos que quiera demostrar que puede hacerlo. Y uno no lleva consigo a Victoria Kane a menos que las posiciones estén acordadas desde hace tiempo y la visita no sea una negociación, sino una notificación.

—Damon.

Richard me estrecha la mano con firmeza y cordialidad, desplegando todo su repertorio de barítono. No es un mal hombre, y eso es lo complicado de él. Es un padre que quiere ver feliz a su hija y un patriarca al que le han contado una historia que le gusta y que nunca ha tenido motivos para pensar que debía comprobarla, porque la narradora es mi madre.

—Me alegro de que tenga tiempo.

—No lo tenía. He despejado mi agenda.

—Así es como lo conozco.

Se sienta sin que yo le haya ofrecido asiento, y Victoria se acomoda a su lado, con las manos entrelazadas y el rostro convertido en todo un estudio de neutralidad maternal.

—Seré breve; los dos somos hombres ocupados. La renovación. Mis abogados llevan semanas diciéndome que todo se reduce a ciertos detalles. Ambos sabemos que no es así.

—¿A qué se reduce, entonces, Richard?

—A poner orden.

Se recuesta en la silla.

—Dentro de tres semanas celebraremos nuestro aniversario. Cincuenta años de Langley-Gruppe, la gala; tiene la invitación. Asistirán cuatrocientas personas, entre ellas cualquiera cuya firma tenga peso en esta ciudad. Quiero que se presente allí y quiero que lo haga con... las prioridades ordenadas. Ya me entiende.

—Me temo que sí.

—Entonces no hace falta ser más explícitos.

Lo dice con amabilidad, casi con pesar.

—Soy demasiado viejo para andar con rodeos, Damon. Hubo un tiempo en que nuestras familias miraban en la misma dirección. Desde hace meses oigo de una fuente bien informada que ese tiempo podría volver y, sin

embargo, lo que leo son artículos sobre... otros asuntos. O recupera el rumbo de aquí a la gala o pondré orden yo mismo. Hay otras empresas que estarían encantadas de hacerse con nuestra renovación.

De una fuente bien informada. No miro a mi madre; es la única jugada que me queda. Aun así, ella llena la pausa con suavidad, tan inevitable como el tiempo.

—Sabes lo que está en juego —dice Victoria.

Una sola frase, las manos entrelazadas. No ha dicho nada más durante toda la reunión, ni falta que le hace: ella ha escrito el guion y solo ha venido para asistir al estreno.

Cuando se marchan, los acompaño hasta el ascensor porque hay que guardar las formas, siempre; esa es la gramática de este mundo. Richard me estrecha la mano al despedirse un segundo más de la cuenta.

—Tres semanas —dice, sonriendo como si hubiéramos quedado entre amigos.

Las puertas del ascensor se cierran sobre él y sobre mi madre, que me dedica una última mirada a través de la rendija cada vez más estrecha.

Parece satisfecha. Parece una mujer cuyas cuentas salen.

Regreso a la sala de conferencias vacía y me quedo de pie en la cabecera, donde se ha sentado Richard, y repaso una vez más la reunión como se lee un contrato que uno ha perdido: quién ha dicho qué, cuándo lo ha dicho y de quién eran en realidad esas palabras. Las frases de Richard tenían la sintaxis de Victoria. Prioridades ordenadas: ningún hombre que se ha pasado la vida enviando contenedores habla así. Esa es su firma, su clase de eufemismo, pulido como el nácar de su apartamento. No solo le ha proporcionado la historia. También le ha proporcionado el vocabulario, y él

ha adoptado ambos como se adoptan las cosas de Victoria Kane: con la firme convicción de que se le han ocurrido a uno mismo.

Tres semanas. Estoy seguro de que ha sido ella quien ha elegido el plazo; Richard, por iniciativa propia, habría dicho seis. Tres semanas no constituyen un margen para negociar. Tres semanas son una trampa con fecha.

—Hagamos cuentas —dice Ryan.

Reunión de crisis, mi despacho, la puerta cerrada, dos cafés que ninguno de los dos bebe. Está delante de la pizarra blanca, que llevamos años sin utilizar, y apunta cifras de verdad, como si el problema fuera a dejarse impresionar por una representación visual.

—La gala es dentro de tres semanas. Ese es el plazo de Richard, y el hombre habla en serio, por muy cordial que se muestre. Grant necesita al menos seis semanas más para la diligencia debida. Esta mañana he hablado con su equipo y les he preguntado si podríamos acelerar el proceso asignándole más personal.

Traza un círculo alrededor del seis.

—No se puede acelerar. Grant lo revisa todo personalmente; ese es su modelo y por eso confían en él sus inversores, que es precisamente el motivo por el que lo queremos. La minuciosidad que nos salva es la lentitud que nos mata.

—Tres contra seis.

—Tres contra seis. Las cuentas no salen, por muchas veces que las escriba.

Deja el rotulador y se sienta en el borde de la mesa. Entonces aparece esa mirada que conozco desde nuestro almuerzo del otro día: el Ryan serio, el que rara vez se deja ver.

—Ahora voy a decir algo como director de operaciones y luego diré algo como amigo tuyo, y después no me vengas con que debería haber invertido el orden.

—De acuerdo.

—Como director de operaciones: ve a la gala, representa tu papel durante tres horas y mantén vivo el acuerdo hasta que Grant termine. En el peor de los casos, son tres horas de charla intrascendente frente a doscientos puestos de trabajo. Cualquier consejo de administración del mundo te recomendaría hacerlo y tendría razón.

Hace una breve pausa.

—Y ahora, como amigo tuyo: ¿desde cuándo permites que tu madre te chantajee?

La pregunta da en el blanco. Esa es su intención; la ha llevado consigo durante todo el día, esperando el momento adecuado. Así trabaja Ryan.

—Desde que encontró lo único con lo que se me puede chantajear —digo.

Ryan me mira. Contemplo cómo desmonta la frase palabra por palabra, lo único con lo que se me puede chantajear, y cómo llega a la solución. Entonces su rostro hace algo que nunca le olvidaré: se ilumina, en plena reunión de crisis, como el de un niño.

—Ah —dice. Y después, una octava más grave—: AH.

—Ryan.

—Lo único. Ha encontrado lo único.

Me señala con todo el brazo.

—La quieres. No eres capaz de decir la palabra, probablemente tardarás meses en serlo, pero tu madre lo sabe, YO lo sé, la pizarra lo sabe...

—¿Hemos terminado?

—No estamos NI DE LEJOS cerca de terminar.

Pero lo deja estar porque ve que sujeto el café frío con demasiada fuerza, y recupera la seriedad.

—¿Qué vas a hacer con la gala?

—Voy a ir —digo—. Pero no con las prioridades ordenadas. Voy a ir con Emily.

Ryan silba por lo bajo entre dientes.

—Eso no es asistir, es una declaración de guerra. Vas a demostrarle a Richard delante de cuatrocientos testigos que su condición te da igual.

—No.

Y, mientras lo digo, se vuelve cierto, definitivo, como se vuelven ciertas las cosas cuando uno las pronuncia por primera vez.

—No es una declaración de guerra contra Richard. Es el final de la farsa. Estoy harto de fingir que ella es una baza negociadora. No es una baza. Es lo único en mi vida que no lo es.

Ryan guarda silencio un instante y después asiente despacio, coge su café frío y lo alza como si fuera una copa.

—Pues entonces —dice—, por el final de la farsa. Ha sido una puesta en escena de mierda desde el principio.

Por la noche la llamo.

—La gala —digo—. El aniversario de Langley, dentro de tres semanas. Quiero que vengas conmigo.

—¿Como...?

Deja la pregunta en el aire, y oigo cómo se prepara para adoptar el tono de quien recibe instrucciones, para otra reunión informativa, otro papel, otra cita contractual con vestido.

—No como una farsa.

Lo digo deprisa, antes de que la antigua dinámica vuelva a encasillarnos.

—Nada de acuerdos, ni papeles, ni instrucciones. Como mi acompañante, porque eso es lo que quiero. Delante de Langley, de mi madre y de todos los que han leído los artículos. Mi decisión, en público. Si tú quieres.

Silencio.

No es un silencio largo, tal vez tres segundos, pero llevo quince años negociando por teléfono y conozco el mapa de cada pausa. Está el silencio de la sorpresa, con ese filo en la respiración. El silencio de la emoción, que regresa acompañado de una risa. Y está este: liso, controlado, un silencio en el que alguien aparta algo antes de abrir la puerta.

—¿Emily?

—Sí —dice, y su voz suena cálida y adecuada y medio tono demasiado cuidadosa—. Sí, iré contigo. Encantada.

—¿Todo va bien?

—Claro. ¿Por qué?

Y ahí está otra vez, eso que vive entre nosotros desde el té en casa de mi madre. No consigo atraparlo; no tiene forma, solo síntomas: medio segundo de retraso antes de ciertas respuestas, un cuidado en frases que no lo necesitan, la forma en que dijo que estaba rígida, pero ilesa, aquel día ante mi puerta, y luego cambió de tema rodeándome el cuello con los brazos, lo cual fue un cambio de tema muy eficaz y precisamente por eso llama la atención al recordarlo.

Pregunta, dice el negociador que hay en mí. Insiste, hay algo, sabes que lo hay; lo harías con cualquier socio comercial del mundo.

—Por nada —digo—. Me hace ilusión.

Hablamos unos minutos más, de nada, de esa nada agradable, y después colgamos. Me quedo sentado en mi silencioso ático, despreciándome con toda calma por haber aplazado la única negociación de mi vida que importa porque me da miedo el resultado.

Porque esa es la verdad que se oculta bajo la verdad, y a las once de la noche uno miente peor: no he insistido porque todas las respuestas que puedo imaginar apuntan en la misma dirección. Mi madre dijo o hizo algo durante aquel té que Emily me está ocultando. Y me lo oculta para protegerme: de una guerra, de una decisión, de esa clase de verdad que obliga a reorganizar familias. Ella haría algo así. Es exactamente la clase de mujer que lo haría, en silencio, sola, con la barbilla alta. Y pensar que en algún lugar carga con un peso que yo he puesto sobre sus hombros sin saberlo resulta más difícil de soportar que todo el ultimátum de Richard.

El calendario está sobre mi escritorio. No necesito mirarlo, pero lo miro de todos modos.

Tres semanas hasta la gala. Seis semanas hasta Grant. Y una madre que se mueve más deprisa que ambos.



Capítulo 19 — Emily

El móvil me arranca del sueño a las 6:52, y en la pantalla aparece Nadia, y Nadia nunca llama. Nadia escribe. Nadia no llama ni siquiera cuando es mi cumpleaños.

—No te asustes —dice en vez de saludar, y se me encoge el estómago, porque no hay frase que asuste con mayor eficacia—. Y hagas lo que hagas ahora, no leas los comentarios.

—Nadia. ¿Qué pasa?

—Hay un artículo. En un portal de cotilleos, publicado desde anoche; los grandes agregadores ya se han hecho eco. —Respira hondo una vez, y noto que se ha preparado todo esto de camino al trabajo, por mí—. Sobre Kane y tú.

Pongo el altavoz, abro el navegador y ahí está.

—Escándalo con el CEO de Kane Media: ¿quién es la asistente que gime para ascender?

El titular me golpea como un chorro de agua fría, pero el titular no es lo peor. Los titulares son intercambiables, los escribe un redactor aburrido en treinta segundos. Lo peor son los detalles. El fin de semana en los Hamptons, con fecha. El vestido verde oscuro, con el nombre del diseñador. Una «fuente cercana» que habla de una «aparición concertada». Y después, en el penúltimo párrafo, la frase que hace que mi corazón se salte un latido y luego dé tres de golpe:

—Un detalle escabroso: en el entorno de la empresa circulan rumores sobre mensajes de voz privados de naturaleza muy personal.

Mensajes de voz.

Estoy sentada en el borde de la cama, con el móvil en la mano, y el pánico llega en oleadas, cada una con su propia pregunta. ¿De dónde ha salido? ¿Quién lo sabe? Damon jamás lo haría, jamás; ni por un segundo se me pasa por la cabeza. Ryan lo sabe, pero Ryan es una caja fuerte con piernas. Maggie lo sabe; imposible. ¿Se ha enterado Victoria por alguien del entorno de Damon? ¿Sasha se lo contó a alguien en su día? ¿A quién? ¿O es un golpe de suerte, un rumor que ha acertado de lleno? Pasa; los portales de cotilleos lanzan insinuaciones como si fueran confeti y siempre hay alguna que se queda pegada.

No lo sé. No voy a averiguarlo hoy, ni tampoco mañana, y esa es precisamente la clase de tortura que no se puede detener.

—¿Em? —La voz de Nadia sale por el altavoz—. ¿Sigues ahí?

—Sí.

—Bien. Plan para hoy: te vistes, vienes aquí y atraviesas todo esto con la espalda bien recta. Te he dejado un café en el escritorio y ya he cribado a los curiosos. Y, Em... —Hace una pausa—. El artículo es basura. Te conozco. La mujer que describen ahí no existe.

El día es un suplicio a cámara lenta.

El ascensor enmudece cuando entro; se calla a mitad de una frase, y seis personas se ponen de pronto a estudiar el indicador de las plantas como si mostrara el tiempo. En la cocina, una conversación se corta cuando abro la puerta, de forma tan abrupta que la palabra «gime» aún queda flotando en el aire como humo de tabaco. Alguien ha compartido el artículo en el chat interno de un departamento. Lo han borrado, pero que lo hayan borrado solo significa que ya lo tiene todo el mundo. Y hacia mediodía, mi móvil me muestra un meme que un número de Marketing ha enviado «por error» al grupo equivocado: mi cara, sacada del directorio de la empresa, con el icono de un ascensor encima y una flecha apuntando hacia arriba.

Apago el móvil. No lo silencio. Lo apago. No ha parado de vibrar desde esta mañana: números que no conozco, dos solicitudes de portales, una «oferta de entrevista». Y cada vibración es una pequeña descarga eléctrica en el sistema nervioso, y he comprendido que hoy este aparato no es amigo mío.

Lo más perverso es el impulso de justificarme. Se me instala en el pecho como el ardor de estómago: levantarme, ir a la cocina y decir que las cosas no fueron así, que no hubo ningún ascensor hacia la cima, que conseguí este trabajo por medio de una empresa de trabajo temporal tres años antes de ver siquiera a ese hombre, que puedo demostrarlo, que tengo documentos. Y justo detrás aparece la certeza de que ese es precisamente el mecanismo: cualquier justificación les da carnaza. Quien se explica confirma que hay algo que explicar. Esta batalla no se puede ganar; solo se puede decidir no librarla, y eso sienta exactamente tan bien como parece, es decir, nada bien.

A mediodía, Nadia se planta frente a mi escritorio, deja una bolsa de papel y acerca una silla sin preguntar.

—Hoy la cantina no es una opción. Te he traído algo del deli. —Saca un sándwich y una galleta, como si este fuera un día completamente normal—. Por cierto, la de Contabilidad que antes te ha soltado en el pasillo eso de «Mis respetos, qué bien jugado» se llama Doreen y hace dos años intentó conseguir a base de cotilleos el puesto de asistente de Dirección. No le salió bien. No te lo digo para que la comprendas, sino para que sepas que su opinión pesa más o menos lo mismo que esta galleta.

—Nadia...

—Primero come. —Empuja el sándwich hacia mí y baja la voz. Su rostro se pone serio, y por primera vez veo que el día también está haciendo mella en ella—. No sé qué parte de toda esa basura es cierta y cuál no, y tampoco quiero saberlo, a menos que tú quieras contármelo. Solo sé una cosa: están escribiendo sobre un personaje que no existe. Tú sabes quién eres. Aférrate a eso; lo demás es solo mal tiempo.

Me como el sándwich y no me sabe a nada, pero aun así lo agradezco más que la mayoría de las comidas de mi vida.

Por la tarde, cuando enciendo el móvil durante diez minutos para evaluar los daños, tengo catorce mensajes de Maggie, cada vez más alterados: desde «¿PERO QUÉ COÑO?» hasta «Voy a volar hasta allí, Aiden tiene avión y no es una amenaza vacía», pasando por «Llámame o lo llamo A ÉL». La llamo desde un cubículo del baño durante dos minutos, y brama tan alto que tengo que apartarme el móvil de la oreja, y es lo más maravilloso que he oído hoy. Solo baja la voz cuando pregunta si lo de los mensajes de voz del artículo es lo que ella cree. —Em. ¿Cómo saben eso? —Y yo digo—: No lo sé. —Y es la verdad, y pesa más que cualquier mentira.

Y después está mi madre, que no lee portales de cotilleos, pero tiene compañeras que sí: —¿Todo bien, cariño? Llámame. —Le respondo por escrito que todo va bien, que son cosas del trabajo, que no es importante. Las mentiras se convierten en rutina, y eso es lo aterrador. Empiezas con una y luego se gestionan solas.

Ese día, Damon se encuentra en un estado en el que nunca lo había visto: impotente.

Me ha llamado a primera hora de la mañana al teléfono fijo del despacho, porque mi móvil ya estaba apagado, y su voz era la más controlada que le he oído jamás, lo que, tratándose de él, significa que debajo todo está en llamas. Por la tarde me hace entrar en su despacho, cierra la puerta y ahí está él, el hombre que compra conglomerados, caminando de un lado a otro frente a la cristalera como una criatura enjaulada.

—Abogados —dice—. Medidas cautelares contra el portal; pueden estar listas esta misma tarde. Derecho de rectificación. Comunicado de prensa. O compro el sitio. Tardaré una semana; entonces la redacción será mía y haré que tú apruebes personalmente cualquier artículo sobre ti.

—No vas a comprar un portal de cotilleos, Damon.

—Compro lo que quiero.

—Y así confirmarás cada línea. —Sigo sentada adrede. Uno de los dos tiene que mantener los pies en el suelo y hoy me toca a mí, por absurdo que resulte, porque al fin y al cabo es mi cara la que aparece en el meme—. Piensa. Se te da mejor que a mí anticiparte tres jugadas, así que piensa: «CEO obtiene medidas cautelares por un artículo sobre su aventura con su asistente». Eso no es borrar la noticia, es crear un segundo titular. Las medidas cautelares SON la noticia. Cualquier reacción alimenta el escándalo. Solo hay una estrategia posible y se llama: somos aburridos. Somos tan aburridos que se mueren de hambre.

—Se supone que tengo que mirar cómo te despedazan y ser aburrido.

—Sí.

—Eso es lo único que no puedo hacer, Emily.

—Lo sé. Por eso te lo digo de antemano. —Y entonces, como sigue andando, me levanto y me interpongo en su camino. Él se detiene porque la alternativa sería arrollarme—. Damon. Mírame. Puedo soportarlo. Es horrible y duele, y aun así puedo soportarlo, pero solo si no lo empeoras. Prométemelo.

Aprieta la mandíbula. Este hombre está hecho para actuar; quedarse mirando va contra su naturaleza, y cuando hace la promesa veo lo que le cuesta.

—Nada sin tu aprobación —dice por fin—. Pero, si esto vuelve a ir a más, retomaremos la conversación.

Lo que no sabe, lo que le haría perder el suelo bajo los pies, es que yo sé quién está escribiendo la próxima escalada.

La idea me respira en la nuca durante todo el día mientras asiento, aguanto y soy aburrida. Conozco a la remitente. *Sería una lástima que su nombre quedara mancillado en esta ciudad. Conozco a mucha gente, también en los portales de cotilleos. Aquello no era un pronóstico del tiempo, era un plano, y una semana después el edificio está en pie.* No tengo ninguna prueba. Ni una sola. El artículo es anónimo, la fuente es «cercana», Victoria Kane no ha dejado ni la sombra de un rastro en el papel; esa mujer lleva cuarenta años trabajando de forma que nada pueda vincularse con ella.

Pero tengo esa certeza que se instala en el cuerpo y no necesita notas a pie de página.

Y sigo callada. Ahora más que nunca; esa es la amarga lógica: si le cuento ahora a Damon lo del té, el cheque y la amenaza, no explotará de forma

controlada. Todo arderá: su madre, la empresa, el acuerdo, en plena cuenta atrás para la gala, mucho antes de que Grant haya terminado. Me ha tendido una trampa perfecta: cuanto más fuerte dispara, más cara se vuelve mi verdad.

Por la noche estoy sentada en casa, con el móvil otra vez encendido porque no se puede estar desconectada eternamente, y repaso una vez más la confirmación de que asistiré a la gala que le he dado a Damon por teléfono. He aceptado por puro despecho, y ese despecho aún me sostiene: si ahora cancelo, habrán ganado. Todos: los comentaristas, Doreen de Contabilidad, la mujer de las perlas. Que mire media ciudad si quiere. No he hecho nada por lo que deba esconderme y el vestido está pagado, joder.

En algún lugar, bajo el despecho, se oculta el vago presentimiento de que la decisión de quedarme o marcharme pronto dejará de pertenecerme. Lo aparto.

El móvil vibra. Número desconocido, un mensaje, ningún nombre.

—El artículo era la versión amable.

Lo leo tres veces. Después pongo el móvil en silencio, con la pantalla hacia abajo, y permanezco mucho tiempo inmóvil en mi cocina, donde hace dos semanas un hombre demasiado corpulento bebió vino y dijo la verdad.

La versión amable.

Hay otra que no lo es.



Capítulo 20 — Damon

La gala de los Langley se celebra en el Plaza, por supuesto que en el Plaza; cincuenta años de historia empresarial requieren un salón de baile con leyenda propia, y cuando nuestro coche se detiene ante la entrada, los fotógrafos forman una doble hilera.

—Última oportunidad —dice Emily a mi lado. Hoy lleva un vestido rojo oscuro, de un rojo intenso y profundo; lo hemos elegido juntos, esta vez sin funda ni contrato, y está como para ponerla en una valla publicitaria—. Podrías decir que soy tu asesora fiscal.

—Mi asesor fiscal tiene sesenta y un años y se llama Saul.

—Soy muy versátil.

—Emily. —Le cojo la mano y noto que tiene los dedos fríos. Eso la delata: lleva la barbilla alta, pero tiene los dedos fríos—. También podemos marcharnos. Solo tienes que decirlo.

—¿Y después qué? —Mira hacia los fotógrafos y su rostro se refleja en el cristal por encima de los fogonazos—. Entonces los comentarios habrán

tenido razón y Doreen, la de contabilidad, seguirá contándoselo a sus nietos. No. —Respira hondo una vez, como antes de saltar—. La mitad de la gente de ese salón ha leído el artículo. Que vean el original.

Y abre ella misma la puerta antes de que pueda hacerlo el chófer.

He visto mucho valor en mi vida. Hombres que se juegan miles de millones a una carta, fundadores que defienden ante mi escritorio la obra de toda una vida. Nada se acerca a lo que hace esta mujer cuando sale del coche para adentrarse entre una hilera de flashes y los titulares de mañana, sonriendo y con la espalda erguida, una semana después del artículo del que todos los presentes conocen hasta la última línea. Cruza el salón como si lo hubiera alquilado. Solo yo noto con cuánta fuerza se aferra a mi brazo, y no revelaría esa información ni bajo tortura.

Dentro: lámparas de araña, un cuarteto de cuerda, cuatrocientas personas, trescientas de las cuales registran nuestra llegada sin mirar siquiera; esta gente tiene radares en vez de ojos. Aun así, capto todas las miradas. Ese es hoy mi trabajo: la mujer situada a la izquierda de la mesa alta que susurra algo a su vecina tras la copa de champán. El caballero del grupo editorial que examina a Emily un instante más de la cuenta, luego a mí y después a ella de nuevo, como si comparase el titular con el original. Emily también lo ve, lo ve todo, y sigue sonriendo; solo la mano apoyada en mi brazo se aferra con un punto más de fuerza. Ryan nos encuentra diez minutos después junto a un extremo del salón, con una copa en cada mano, y le ofrece una a Emily.

—Champán para la persona más valiente de la sala —dice—. La segunda también es para usted. Ya cogeré otra para mí.

—Me cae bien —me dice Emily.

—Le cae bien a todo el mundo. Ese es su truco.

Ryan se coloca a mi lado, con la mirada puesta en el salón, y baja la voz hasta que solo yo puedo oírlo.

—Richard está aquí, Victoria está aquí y Sasha ha llegado como si fuera un coche oficial. Solo te lo diré una vez, porque alguien tiene que decirlo, y después me callaré. —Da un sorbo a su copa—. Estás acabado, amigo mío.

—Lo sé.

—Lo sabes. —Asiente despacio—. Da gusto verlo. Quería dejarlo dicho.

La primera hora transcurre bien. Conversaciones triviales, algunas charlas sinceras, un director editorial que le pide su opinión a Emily y luego la escucha de verdad. Empiezo a creer que la velada nos dejará salir indemnes.

Entonces mi madre dirige el encuentro, y me doy cuenta demasiado tarde de que están montando el escenario.

Ocurre junto a las ventanas que dan a la Quinta Avenida, allí donde la multitud es más densa: Victoria aparece a mi lado de la nada, como solo ella sabe hacer. En ese mismo instante, Richard se desliga de una conversación; Sasha aparece de pronto en nuestro semicírculo, vestida hoy de plateado, y quienes nos rodean enmudecen ante esa casualidad involuntaria que nunca lo es. Cuatro personas y un público. Mi madre lleva décadas de experiencia organizando escenarios.

—Damon. —Richard habla lo bastante alto para que lo oiga la segunda fila, con su voz de barítono a volumen de escenario—. Me alegro de que hayas venido. Esperaba que esta noche pudiéramos celebrar que por fin están claras las cosas. Tu madre lleva meses haciéndome promesas: situaciones bien encauzadas, ya conoces la expresión. Estoy cansado de esperar. Soy demasiado viejo para esperar cosas que me han prometido.

—Papá —dice Sasha con dulzura mientras posa una mano sobre mi antebrazo, cálida, pública y destinada a unos fotógrafos que ya no hacen falta porque hay cuarenta móviles más cerca—. Así no. Damon sabe qué es lo correcto.

Y ahí estoy yo, entre todo lo que ha sido mi vida hasta este momento.

A mi derecha: el acuerdo, las cifras, doscientos puestos de trabajo en el peor de los casos, el legado de dos generaciones, mi madre con su satisfecha expresión de directora de escena, la mano de Richard, que mañana firmará o romperá un contrato.

A mi izquierda: Emily Warner, vestida de rojo oscuro, que no ha retrocedido ni un milímetro, que no dice nada, no exige nada, ni siquiera con la mirada. Solo me mira, y en sus ojos no hay condición alguna. Eso es lo más insoportable. No espera que haga lo correcto. Espera para ver quién soy.

El segundo se dilata. El cuarteto de cuerda sigue tocando, en algún lugar tintinean unos cubiertos, y pienso con absoluta serenidad, en pleno centro de la tormenta: toda la vida he creído que este momento sería una prueba capaz de partirme en dos.

Pero se parece más bien a una factura que lleva mucho tiempo pagada.

Aparto con cuidado la mano de Sasha de mi brazo, como quien retira algo ajeno de una solapa. Después me vuelvo hacia Emily, la atraigo hacia mí y la beso.

Delante de Richard. Delante de mi madre. Delante de Sasha, del semicírculo, de los cuarenta móviles que mañana volverán a escribir artículos. Que lo hagan. Que esta vez escriban la verdad. Emily se queda inmóvil medio segundo y después noto que sonrío en pleno beso, y su mano encuentra mi solapa, como aquella vez en el pasillo: el primer milímetro, ella; todo lo demás, yo.

Me separo de ella sin soltarle la mano y digo en medio del silencio absoluto, con calma y en un tono de voz normal, porque no hace falta alzarla para decir verdades:

—No hay nada que encauzar, Richard. Esta es mi novia. El acuerdo está en sus manos. Mi decisión, no.

Nadie se mueve. El cuarteto de cuerda toca en medio del silencio, valiente; cuatro personas que han aprendido que el espectáculo debe continuar.

Victoria se queda paralizada. Solo dura lo que un suspiro, después recupera la compostura sin transición alguna, pero yo lo he visto, y ella sabe que lo he visto: el instante en que sus cálculos han fallado. Por primera vez en cinco años, mi madre ha calculado mal, y precisamente con la única variable que nunca comprueba porque niega su existencia.

Richard me observa durante largo rato, y en su rostro bullen la ira, la sorpresa y, por debajo de ambas, en lo más profundo, algo que casi parece respeto y que aún no ha terminado de decidirse.

—Bueno —dice por fin—. Eso sí que es una respuesta clara. —Inclina una vez la cabeza hacia mí, con un gesto escueto; es un hombre que no asimila las derrotas en público—. Ya hablaremos, Damon.

Después se vuelve hacia un senador y recupera su papel de anfitrión sin el menor tropiezo. Cincuenta años de práctica.

No hay ruptura. Todavía no. Pero esta noche el acuerdo ha empezado a tambalearse de forma visible, ante todo el salón, y lo asombroso es lo poco que me importa.

Y Sasha... Sasha se marcha. Coge su vestido plateado y su bolso y cruza el salón erguida, sin apresurarse; quien solo le viera la espalda podría tomarlo por una derrota. Yo le veo la cara al pasar, durante un segundo.

No es el rostro de una mujer derrotada. Es el rostro de una mujer que aún tiene una carta y acaba de decidir jugarla.

—No lo digas —le pido en la limusina.

—No estoy diciendo nada. —Emily está sentada a mi lado, ya se ha quitado los zapatos y tiene las piernas recogidas bajo el cuerpo; el rojo oscuro resplandece bajo las luces de la ciudad que desfilan ante nosotros—. Solo estoy aquí sentada, pensando a gritos.

—Estás pensando que acabo de prenderle fuego a un contrato de miles de millones delante de cuatrocientas personas.

—Estoy pensando —dice, y de pronto está muy cerca, con una mano en mi mandíbula y los ojos oscuros— que nadie en toda mi vida había hecho algo así por mí y que, si no empiezas a besarme ahora mismo, voy a echarme a llorar, y este maquillaje ha costado una fortuna.

Empiezo de inmediato.

El beso ya no tiene nada de prudente; hemos dejado atrás la prudencia. La adrenalina de la velada busca una vía de escape y ella se coloca a horcajadas sobre mí en plena Park Avenue, con el vestido subiéndole por los muslos, y la mampara que nos separa del chófer nunca ha sido tan valiosa como durante los veinte minutos que tardamos en llegar a mi garaje. Conseguimos llegar al ascensor por los pelos, con sus manos metidas en mi camisa y las mías en la cremallera de ese vestido imposible. Ya en el apartamento, la chaqueta cae en el pasillo; sus zapatos aún cuelgan de una mano y terminan en algún lugar cerca de la cocina, y llegamos exactamente hasta el sofá.

Es algo crudo, rápido y ruidoso, sin rastro de la delicadeza de la primera noche. Es la rebelión que todavía arde en nuestro interior: ella encima de mí, con el vestido rojo oscuro apenas cubriéndole ya medio cuerpo; mi camisa abierta, pero todavía puesta, porque no hay tiempo para terminar de desvestirnos; sus dedos en mi nuca mientras yo la sujeto por las caderas, me dejo tomar y tomo a mi vez. Entre dos respiraciones, con su frente apoyada contra la mía, lo digo con voz ronca, contra su piel, la frase más sincera que he pronunciado jamás:

—No formas parte de ningún plan. Ya no.

Ella se corre pronunciando mi nombre, yo la sigo pronunciando el suyo y, después, nos quedamos tumbados en ese sofá, medio vestidos, completamente agotados, y nos reímos los dos, sin motivo y por todos los motivos del mundo.

Más tarde, en la cama, duerme sobre mi pecho, con una mano encima de mi corazón y el pelo desparramado por todas partes, mientras yo sigo despierto escuchando la ciudad.

Mi móvil vibra en la mesilla. Sin sonido, solo un destello en la oscuridad.

Madre.

Rechazo la llamada.

Vuelve a iluminarse. Madre.

Miro la pantalla. Después apago el móvil por completo, por primera vez en años, y lo dejo boca abajo sobre la mesilla mientras Emily respira tranquilamente contra mi piel.

A Victoria Kane no se la desconecta. Lo sé mejor que nadie en este mundo.
Solo se la pospone.

Pero esta noche, pienso mientras me vence el sueño, esta noche es nuestra.



Capítulo 21 — Emily

Me despierto con el sol en la cara y necesito un momento para comprender dónde estoy.

Treinta plantas por encima de Manhattan, en una cama más grande que mi cocina, mientras desde algún lugar llega olor a café. No llevo nada salvo su camiseta, que me llega hasta los muslos, y el recuerdo de anoche regresa en oleadas cálidas y desordenadas: la gala, el beso ante cuatrocientos testigos, la limusina, el sofá. Después, la cama, esta vez para dormir, su brazo alrededor de mí, y nadie miró el reloj ni se marchó.

La regla tres yace en algún lugar, treinta plantas más abajo, y ya no hay forma de encontrarla.

Lo encuentro en la cocina, descalzo y con pantalones de chándal, y la imagen resulta tan absurdamente normal que me quedo parada en la puerta. Damon Kane está preparando el desayuno. Lo hace como un hombre que rara vez prepara el desayuno y que, aun así, se ha propuesto hacerlo a la perfección: sobre la encimera hay huevos, cebollino, dos clases de pan y un termómetro cuyo propósito prefiero no cuestionar.

—Estás midiendo la temperatura de los huevos revueltos —digo.

—Mido la temperatura de todo aquello que no domino.

Levanta la mirada y sus ojos se detienen en la camiseta un instante más de la cuenta.

—A ti te queda mejor que a mí.

—Todo me queda mejor que a ti. Soy la mitad atractiva de este acuerdo.

—Ya no tenemos ningún acuerdo.

Desliza un café hacia mí por la encimera, solo, con exactamente el chorrito de leche que siempre le echo en la oficina, y me conmueve de una manera ridícula que lo sepa.

—Solo nos tenemos el uno al otro. Territorio libre de contratos.

—¿Eso te pone nervioso?

—Debería.

Se apoya contra la encimera.

—Pero no.

Desayunamos en su mesa desmesuradamente grande, donde probablemente nadie haya desayunado jamás, y todo resulta fácil de esta forma nueva que todavía no tiene nombre. Sin trato, sin reglas, sin papeles que interpretar. Solo un hombre en pantalones de chándal y una mujer con su camiseta, y,

entre nosotros, unos huevos revueltos cuya temperatura se ha medido con absoluta precisión.

—¿Qué sueles hacer en mañanas como esta? —pregunto—. Quiero decir, antes de que yo te arruinara la vida.

—Trabajar.

—Es fin de semana.

—Lo sé.

Lo dice con total seriedad y después contempla su propia cocina como si fuera la primera vez que repara en ella de verdad: los electrodomésticos sin usar, el frutero vacío, la mesa con ocho sillas, de las cuales, hasta hoy, como mucho se ha utilizado una.

—Tenía la teoría de que quedarse quieto era un defecto de diseño. Te construyes una vida sin un solo hueco y así nunca tienes que mirar dentro.

—¿Y ahora?

—Ahora estoy sentado en el hueco, desayunando.

Coge un poco de pan, con el aplomo de un hombre de negocios que anuncia una decisión.

—Es mejor de lo que dicen.

Y quizá sea por esta ligereza, por el sol, por toda la paz inmerecida de esta mañana, pero abre la última puerta. Por sí solo. Sin que yo llame.

—Nathan era cinco años mayor que yo —dice en mitad del silencio, y deja la taza sobre la mesa—. El hijo predilecto. Y no lo digo con amargura; de verdad era así: aquel a quien todo se le daba bien. Los deportes, los números, la gente. Yo tuve que trabajar para conseguir todo lo que a él le llegaba sin esfuerzo, y ni siquiera podía odiarlo por eso. Era lo más irritante de él.

Dejo los cubiertos y no digo nada. Hay momentos en los que cualquier pregunta es la pregunta equivocada, y noto que este es uno de ellos. Todavía no está hablando conmigo; está cogiendo impulso.

—El accidente ocurrió de noche. Llovía, hubo un camión; él no tuvo la culpa, no es que eso cambiara nada. Tenía treinta y un años.

Hace girar la taza sobre la mesa una vez, dos.

—Yo tenía veintiséis y, de la noche a la mañana, me convertí en el único. Y mi madre...

Se interrumpe y vuelve a empezar.

—Hay una imagen de la que no consigo librarme. El momento en que se enteró. Su cara. Aquella noche algo se cerró en su interior, como una puerta, y nunca volvió a abrirse. Ya conoces lo que quedó después. Nácar y planes.

—Damon.

—Aún queda otra parte.

Me mira, y veo lo que le cuesta contarla.

—Sasha era su prometida.

Dejo mi taza muy despacio.

—La alianza con los Langley era la vida de Nathan. Su prometida, su acuerdo, su futuro; todo estaba ya construido, incluso tenían la boda medio organizada. Entonces murió, ¿y sabes qué hizo mi madre?

Suelta una risa breve y carente de todo humor.

—No guardó luto. Cambió los planes. La misma mujer, el mismo acuerdo, el mismo futuro. Solo sustituyó al hijo. Tardé años en ver que eso era exactamente lo que había hecho: cambiar el reparto. El papel nunca se escribió para mí; yo era el suplente, y todos fingieron que lo hacían por mi bien.

—¿Y la aventura?

Lo pregunto en voz baja, sin reproche, y él asiente como si llevara todo este tiempo esperando esa pregunta.

—Unas semanas después del funeral. Duró poco. Éramos las dos personas que más lo echábamos de menos y lo confundimos con... otra cosa.

Busca las palabras, las descarta y elige las más sencillas:

—Era dolor. Ahora lo sé. Entonces no sabía nada. Trabajaba, bebía y cometía errores, y ella fue el mayor de todos. No porque sea una persona horrible, sino porque aquella era la vida de Nathan y yo me metí en ella durante unas semanas, como quien se pone un abrigo que no le pertenece.

Estoy sentada en su cocina, con su camiseta, y las piezas van encajando una tras otra, con ese chasquido tenue y desagradable que producen las verdades. El fin de semana de la alta sociedad. La dureza de Victoria. La naturalidad y las pretensiones de Sasha. Richard esperando a que las

relaciones se pongan en orden porque le prometieron un futuro que pertenecía a un muerto.

—Ella no quiere casarte a ti —digo, y hasta yo misma oigo lo serena que suena mi voz—. Quiere recuperar a Nathan.

Damon se queda completamente inmóvil.

Me mira durante largo rato y algo que nunca había visto se agita en su rostro, una especie de estupefacta comprensión, como si yo acabara de cortar un nudo del que lleva cinco años tirando, siempre por el extremo equivocado.

—Cinco años —dice al fin—. Cinco años de terapia podrían haberme salido más baratos que tú.

—Yo soy gratis.

—Eres lo más caro que me ha pasado jamás.

Alarga el brazo por encima de la mesa y coge mi mano.

—Y el mejor trato que he cerrado.

Seguimos allí sentados mucho tiempo. Me cuenta pequeñas cosas sobre Nathan, cosas buenas, como que siempre tosía cuando jugaban al escondite en el jardín porque no lograba contener la risa, y que Robert siempre sabía dónde se escondían los chicos, pero nunca los delataba. Yo le cuento lo poco que hay que contar sobre mi padre, y él escucha sin poner la cara que pone siempre la gente al oír la historia, esa cara de «pobrecita», y solo por eso ya podría volver a besarlo. En algún momento el café se enfría y ninguno de los dos va a por más, porque levantarnos pondría fin a esta mañana.

Ahora lo entiendo todo, pienso mientras lo observo. El rostro congelado de Victoria. La coraza de él. Por qué esa casa de los Hamptons parece un museo al que le falta una pieza. Ahora sé contra quién luchó, y no es una esnob con collar de perlas. Es una madre incapaz de dejar marchar a su hijo muerto y que, por eso, le arruina la vida al que sigue vivo. Que lo coloca de la forma que más le conviene. Que consigue que haga lo que ella quiere.

Eso la hace más humana. Y muchísimo más peligrosa.

Por la tarde vuelvo a casa porque la vida real me reclama: la colada, el correo, un piso que lleva tres días sin ver a nadie. Damon quiere que deje que me lleve, pero yo cojo el metro por principios, y cuando entro en el portal con la llave en la mano me siento ligera por primera vez en semanas.

El buzón está lleno. Publicidad, una factura, un extracto bancario.

Y un sobre sin remitente.

Marrón, de tamaño DIN A5, con mi nombre en letras de imprenta y sin sello. Alguien lo ha echado en persona. Lo abro en la escalera, entre dos plantas, porque tengo curiosidad y no sospecho nada, y entonces me quedo inmóvil en un peldaño y el mundo empieza a avanzar muy despacio.

Fotos.

Damon y yo en su despacho, vistos por una rendija de las persianas, con su boca pegada a mi cuello. Damon y yo junto a la ventana del ático, dos siluetas, lo bastante nítidas para reconocernos. Yo sola ante la puerta de mi casa por la noche, con una fecha en una esquina de hace varias semanas.

Tomadas por un profesional. Con teleobjetivo. A lo largo de varias semanas.

El artículo fue la versión amable. El SMS del número desconocido, la mañana del linchamiento mediático; lo borré, lo relegué al fondo de mi mente y me convencí de que había sido obra de un trol. Esto es la versión hostil.

Mis manos permanecen firmes mientras repaso las imágenes. Eso es lo extraño: están completamente firmes, como si mi cuerpo hubiera decidido que ponerse a temblar sería un desperdicio de energía. Entre las fotos hay una tarjeta de color crema, de cartulina gruesa, y reconozco la letra antes de haber leído la primera palabra. Pulcra, inclinada, perfeccionada tras escribir mil invitaciones.

Última oportunidad. Desaparezca o todo el mundo verá estas fotos. Esta vez, con su cara.

Estoy en la escalera de mi edificio, sosteniendo en la mano las pruebas de que las semanas más cálidas de mi vida han estado sometidas desde el principio a un protocolo de vigilancia, y la calidez de esta mañana se me congela en la espalda, vértebra a vértebra.

El artículo fue anónimo. Rumores que se podían negar, un dardo envenenado disparado desde los arbustos. Esto es otra cosa. Esto dice: Os veo. Llevo semanas viéndoos, en su despacho, en su cama, delante de tu puerta, y puedo desnudaros ante todo el mundo cuando quiera.

Y lo peor no es la amenaza. Lo peor es que esta mañana he comprendido a quién me enfrento. Uno puede defenderse de un artículo. Puede vencer a una esnob.

Contra una madre que quiere recuperar a su hijo muerto no existe defensa alguna que no destruya todo cuanto alcanza.

Podría ir a ver a Damon. Ahora mismo, de inmediato, con este sobre, y él actuaría. Ese es precisamente el problema: actuaría de inmediato. Le

declararía la guerra a su madre, de forma abierta y definitiva, en mitad de la crisis del acuerdo, antes de que se hayan firmado los contratos con Grant, y todo lo que ha construido se convertiría en munición para esa guerra. Y si Victoria publicara las fotos de todos modos, por venganza, por despecho, impulsada por ese dolor congelado, entonces él lo perdería todo y yo sería la mujer que encendió la mecha.

O podría hacer lo que dice la tarjeta.

Me siento en el peldaño, con las fotos sobre el regazo, y permanezco allí hasta que el sensor de movimiento apaga la luz.



Capítulo 22 — Damon

Tardo dos días en darme cuenta de que algo no va bien y otros dos en dejar de convencerme de lo contrario.

Al principio son pequeñas cosas que, por separado, pueden justificarse. Cancela un almuerzo con una explicación plausible: su madre la necesita. Tarda más de lo habitual en responder a los mensajes y sus respuestas son más breves. En la oficina está impecable, el protocolo es perfecto, las cifras cuadran, me mira cuando hablo con ella y nada de esa mirada me pertenece.

Al tercer día me planto ante su escritorio y le pregunto si cenamos juntos esa noche. Sonríe, y esa sonrisa forma parte del servicio.

—Esta semana no puedo. Tengo demasiado trabajo.

—Emily.

—De verdad que tengo mucho trabajo —dice. Entonces suena su teléfono y responde, aunque estamos a mitad de una frase, y yo me quedo ahí como un vendedor al que le cierran la puerta en las narices, con educación y de manera terminante.

Regreso a mi despacho y lo repaso todo. Ese es mi trabajo: descompongo las situaciones en sus elementos y encuentro el punto débil. Aplico todo mi arsenal a los últimos días y no encuentro nada.

¿El beso en la gala? Me correspondió delante de cuatrocientos testigos, y después, en la limusina, se rio y lloró a la vez y me besó hasta que el chófer tuvo que carraspear dos veces. ¿La mañana siguiente? Se sentó a la mesa de mi cocina y diseccionó la psique de Victoria como una cirujana; cuando se marchó, se volvió una vez más en la puerta y dijo que los termómetros para huevos revueltos eran lo más absurdo que había visto en su vida y que volvería.

La mañana de Nathan. ¿Fue demasiado? ¿Nos acercamos demasiado? Le doy la vuelta a aquella mañana como si fuera un contrato, cláusula por cláusula, y no encuentro ningún error. Puso su mano sobre la mía. Pronunció la frase que nadie había pronunciado en cinco años. Me miró como si no fuera un caso perdido que hubiera que reflotar, sino una persona, y yo le conté cosas que Ryan desconoce.

No hay nada. Y eso es precisamente lo que me asusta, porque, si la causa no está en mí, está fuera de mi campo de visión, y las cosas que quedan fuera de mi campo de visión son las únicas que alguna vez me han costado algo.

Ese día lo intento otras dos veces. Una vez le llevo un café, solo y con un chorrito de leche, y lo dejo sobre su escritorio sin decir nada. Me da las gracias. Al final de la jornada, cuando me marchó el último, el vaso sigue ahí, intacto. La otra vez la intercepto junto al ascensor, sin nadie delante, y le pregunto sin rodeos:

—¿Qué pasa?

Y ella me mira, me mira de verdad, por primera vez en varios días, y durante medio segundo hay algo en sus ojos que parece una petición de auxilio al otro lado de un cristal. Entonces llega el ascensor y dice:

—Nada. Tengo demasiado trabajo.

Entra. Las puertas se cierran y yo me quedo delante, comprendiendo que acaba de despacharme por segunda vez en una semana con la misma frase que utiliza para quitarse de encima a los compañeros que hacen demasiadas preguntas.

La mentira de la compañera de piso resultaba encantadora. Podías verla tomar forma; tenía agujeros tan grandes que se podía saludar a través de ellos. Esta nueva versión de Emily no miente. Administra. Respuestas breves, motivos plausibles, trabajo impecable: una pared construida con verdades que, juntas, forman una única gran mentira.

La noche del cuarto día, Ryan está sentado en mi salón, con dos vasos sobre la mesa, y me mira como un médico que intenta ordenar malas noticias.

—¿Qué has hecho?

—Nada. Ese es precisamente el problema.

—Eso lo dicen todos los hombres justo antes de recordar qué han hecho. Hay estadísticas al respecto; puedo enviártelas.

—Ryan. —Hago girar el vaso entre los dedos—. He diseccionado los últimos días como si se tratara de una diligencia debida. No hay nada. Ni una palabra equivocada ni un mal momento. La mañana después de la gala todo fue... —Busco la palabra y elijo la única que encaja—. Todo fue real. Y tres días después mira a través de mí como si volviera a ser el hombre de la sala de conferencias a las diez.

Ryan guarda silencio un rato, lo que, en su caso, significa que está trabajando.

—Si tú no has hecho nada —dice después, despacio— y aun así ella se marcha, entonces otra persona ha hecho algo. Piensa en quién se dedica a hacer desaparecer a la gente de tu vida.

Lo miro.

—Ha perdido —digo—. La gala fue su derrota, delante de todo el mundo. Richard está al corriente, el acuerdo se está negociando a través de Grant y todo su entramado se ha venido abajo. Ya no tiene nada con lo que amenazarme.

—Damon.

—Está fuera, Ryan.

—Quieres que esté fuera. —Deja el vaso y se inclina hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas—. No es lo mismo. Conozco a tu madre desde hace quince años y te diré una cosa: esa mujer no pierde en una fiesta. Esa mujer no pierde jamás mientras aún tenga una carta en la mano, y tú no sabes qué cartas tiene porque llevas años sin jugar con ella.

Quiero contradecirlo y tengo el argumento preparado: que está paranoico, que mi madre no está detrás de todos los problemas, que quizá Emily solo necesita tiempo; la gente necesita tiempo, existen explicaciones inocentes.

Me oigo enumerarlas y reconozco el tono. Es el tono de los clientes que no quieren oír que su empresa se muere.

—Estaba satisfecha —digo en cambio, en voz baja, y Ryan levanta la cabeza.

—¿Quién?

—Mi madre. Llamó ayer. Por primera vez desde la gala.

Le cuento la conversación y, al hacerlo, resulta aún más extraña de lo que me pareció en ese momento. Cómo preguntó por la empresa, por las cifras trimestrales, por si dormía lo suficiente. Cómo no mencionó el nombre de Emily ni una sola vez, ni siquiera para lanzarme una pulla, y mi madre no deja pasar ninguna oportunidad de hacerlo; las pullas son su lengua materna. Cómo al final dijo que se alegraba de que se avecinaran tiempos más tranquilos y colgó antes de que pudiera preguntarle qué quería decir.

—Ni un reproche ni una escena —digo—. Estuvo amable.

Ryan no dice nada. No hace falta. Los dos pensamos lo mismo y ninguno lo expresa en voz alta porque, al decirlo, se vuelve real: Victoria Kane nunca es amable. Victoria Kane está satisfecha cuando las cuentas le salen y es amable cuando la otra parte aún no se ha dado cuenta.

Conozco esa sensación de cientos de negociaciones. La otra parte sonríe demasiado pronto, y tú estás ahí sentado y lo sabes: en alguna parte de la documentación hay algo que no has visto. No sabes qué es ni dónde está. Solo sabes que esa sonrisa ha llegado demasiado pronto.

Después de que Ryan se marche, permanezco mucho tiempo sentado a oscuras y, en tres ocasiones, no marco su número.

A la mañana siguiente estoy en la oficina a las siete, porque el trabajo es la única forma de control que me queda.

Sobre mi escritorio hay un sobre.

Sin etiqueta de mensajería ni sello del correo interno, solo un sobre blanco en mitad del protector de escritorio, colocado donde resulta imposible pasarlo por alto. Durante un momento absurdo, pienso en notas adhesivas amarillas y casi sonrío.

Entonces lo abro.

No es una carta. Es una única hoja, con un formato pulcro, el asunto en negrita, la fecha de ayer y una firma azul, nítida y ensayada, la misma que figura en su contrato de trabajo.

Dimisión. Presentada debidamente y dentro del plazo establecido.

Emily Warner renuncia a su puesto en Kane Media, agradece la colaboración y se remite a los plazos legales; tres frases sobrias, con copia a Recursos Humanos.

Leo la hoja dos veces. Después la dejo sobre la mesa, muy recta, perfectamente paralela al borde, y permanezco completamente inmóvil en mi despacho vacío mientras, al otro lado, la planta despierta: ascensores, cafetera, pasos, toda la vida normal de una empresa que acaba de perder a su gerente de oficina.

Fechada ayer. Firmó la hoja ayer; ayer, cuando le dejé el café que acabó enfriándose, esto ya estaba preparado en algún cajón. Me miró junto al ascensor con esos ojos que parecían pedir auxilio al otro lado de un cristal, y la tinta de la firma ya estaba seca.

Ahora debería sentir algo estruendoso. La ira sería apropiada; podría servirme de algo. En cambio, solo existe este silencio en mi pecho, el que conozco desde hace cinco años y no había vuelto a sentir en todo ese tiempo, esa clase de silencio que llega después de que suene el teléfono en mitad de la noche, cuando ya sabes que nada volverá a ser como antes.

Tres frases sobrias, con copia a Recursos Humanos.

No renuncia a su trabajo.

Renuncia a mí.



Capítulo 23 — Emily

Escribir la carta de dimisión me ha llevado cuatro minutos. Tomar la decisión me ha costado tres noches, y le he dado tantas vueltas que ya me la sé de memoria, como un protocolo.

Punto uno: Las fotos no solo me afectan a mí. Si Victoria las publica, también lo afectarán a él, en plena crisis por el acuerdo, el CEO que se acuesta con su gerente de oficina... Los titulares se escriben solos; al fin y al cabo, yo ya he protagonizado uno. Afectarán a la empresa, cuya supervivencia depende ahora mismo de la renovación de un contrato. Y afectarán a todo lo que él ha construido para librarse de su madre, ese entramado precario e inestable de Grant Capital e independencia que tanto le ha costado levantar.

Punto dos: Victoria quiere que desaparezca. No que sufra, ni siquiera que me castiguen; esa es la parte pragmática de su carácter. Soy un obstáculo en un plan, y los obstáculos se eliminan. Si me voy, el plan volverá a estar intacto y la bomba quedará desactivada, porque una amenaza que ya ha cumplido su propósito no necesita hacerse realidad.

Punto tres: Enseñarle las fotos a Damon no desactivaría nada. Actuaría de inmediato, sin medias tintas; no sabe librar guerras a medias. Prendería fuego a la casa de su familia y yo sería, durante el resto de nuestra vida, la mujer que encendió la mecha. No se construye el amor sobre un campo de batalla en el que yace tu propia familia.

Así que me voy. Sin el cheque de Victoria, que probablemente siga dentro de su estrecha carpeta de cuero. Sin los cien mil dólares de Damon, que nunca llegué a cobrar. No me voy porque me hayan comprado; ese es el único orgullo que me queda: me voy para protegerlo.

Es un plan infalible. He comprobado cada costura tres veces.

Escribí la carta de dimisión a las dos de la madrugada, en la mesa de la cocina donde él se había sentado, con las mangas remangadas, para contarme la verdad sobre Sasha. Tres frases sobrias, con copia a Recursos Humanos; después imprimí la carta, la firmé y fui al baño a vomitar, algo que no consta en ningún protocolo y que no altera los cálculos.

Por la mañana dejé el sobre sobre su escritorio, en medio del vade, donde no pudiera pasarlo por alto, antes de que él llegara. Vine antes que él, por primera vez desde que trabajo en esta empresa. Una es capaz de hacer cosas asombrosas cuando no tiene que sentir las.

Lo que aún no sé a estas alturas es que hasta los planes infalibles pueden hundirse si la premisa es errónea.

Maggie se lo toma como una declaración de guerra.

—¿Lo quieres y te VAS?

Está de pie en su cocina, embarazadísima, con una mano apoyada en los riñones, y parece a punto de darme una paliza con el paño de cocina.

—Eso ya me lo conozco, Em. Yo también lo intenté: la noble desaparición, el plan de «voy a protegerlo de mí misma». No funciona. Nunca ha funcionado con nadie en toda la historia de la humanidad.

—En tu caso había una salida.

Lo digo con calma porque esperaba esa objeción. Al fin y al cabo, las esperaba todas; he tenido tres noches.

—En tu caso fue un malentendido que venía de lejos y, al final, había una persona con la que se podía hablar. Su madre no es un malentendido. Su madre ES la casa en la que vive. No se puede negociar con una casa.

—¡Pues se muda!

—No puede mudarse, Maggie. Es su empresa, su familia, su hermano muerto.

Mi voz sigue serena, y eso la enfurece más que cualquier grito.

—He hecho los cálculos. En todas las versiones en las que me quedo, él pierde algo que jamás podrá reconstruir. En la versión en la que me voy, solo me pierde a mí.

—SOLO a ti.

Maggie deja la taza con tanta fuerza que esta tintinea.

—¿Te estás escuchando? Ya te has eliminado de la ecuación.

No digo nada porque tiene razón y porque eso no cambia nada.

Lo intenta durante otra media hora, con lógica, con rabia, con su propia historia y, al final de todo, cuando ya estoy en la puerta, con unas lágrimas que no quería que viera.

—Te dije que se lo contaras —dice en voz baja—. Cuando lo del té, cuando lo del cheque, cuando todo. En nuestro caso, los secretos casi resultaron mortales.

—Lo sé.

—¿Y?

—Y aun así voy a hacerlo de este modo.

La abrazo lo mejor que me permite su barriga.

—Porque puedo soportar ser la mala. Lo que no puedo soportar es prenderle fuego a su mundo.

Nadia ve venir mi dimisión antes de que la anuncie.

Estamos en la cocina de la oficina. Todavía no he dicho una palabra; solo he enjuagado la taza y vuelto a dejarla en el estante, cuando ella dice sin levantar la vista:

—Te vas.

—Nadia...

—Media ciudad os vio en la gala, y llevo días viendo la cara que se te ha quedado. Sé sumar dos y dos, trabajo en Marketing.

Se apoya contra el fregadero y cruza los brazos. Por primera vez desde que la conozco, no hay ni rastro de su habitual mordacidad en su rostro.

—Y ahora te vas, justo cuando tienes el mejor puesto de tu vida, con esa cara que llevas luciendo varios días. Sé hacer cálculos, Emily. Alguien te ha hecho daño y tú finges que la idea ha sido tuya.

—Es más complicado.

—Siempre lo es.

Me observa durante un buen rato.

—Solo voy a preguntarte una cosa, y después te ayudaré a recoger y cerraré la boca: ahora mismo estás protegiendo a alguien, ¿verdad? Con todo este circo. A él, a la empresa, a quien sea.

No espera la respuesta; me la lee en la cara.

—Eso me parecía. ¿Y quién te protege a ti?

No tengo respuesta para eso, y el café se enfría mientras las dos fingimos que no acaba de señalar el único punto débil de mi plan infalible.

Recojo mis cosas al terminar la jornada, cuando la planta está vacía.

Son sorprendentemente pocas. Dos años de vida laboral caben en una caja: una taza, un cable de carga, el cactus con las normas de la empresa, una crema de manos y un par de medias de repuesto para los días de lluvia en Manhattan. Trabajo de forma sistemática, cajón a cajón, mientras me repito que solo es una caja, solo un trabajo, solo un escritorio.

—No te vas.

No necesito volverme para saber cómo está plantado ahí. Aun así, me vuelvo.

Damon está en la puerta de la antesala, sin chaqueta y con las mangas remangadas. En su rostro no queda nada del CEO que esta mañana ha alineado mi carta de dimisión con el borde de la mesa; estoy segura de que lo ha hecho porque lo conozco. Solo hay un hombre que lleva todo el día esperando este momento y que ahora se da cuenta de que ha llegado a él sin ningún plan.

—Sí —digo.

—¿Por qué?

Una sola palabra, y en ella está todo: el pasillo de los Hamptons, el banco junto al agua, su camiseta sobre mi cuerpo, Nathan, el termómetro en los huevos revueltos, la noche en la que preguntó si podía quedarse y se marchó porque yo lo necesitaba.

Y no se lo digo.

No puedo. La verdad está dentro de un sobre marrón en mi apartamento y, si la pronuncio en voz alta, él prenderá fuego a la casa de su familia, con su madre dentro y con su hermano muerto y con todo lo demás, y yo seré la mujer que le dio la cerilla. Hay frases que no pueden retirarse. La mía sería una de ellas.

—Así es mejor —digo en su lugar, y suena tan vacío como en realidad está.

—¿Mejor para quién?

Cojo la caja. Él está en la puerta y, durante un instante, pienso que no me dejará pasar. Lo deseo con tanta fuerza que temo que pueda oírlo.

Se aparta.

Ese es el momento que jamás olvidaré, y ya sé que nunca estaré segura de a cuál de los dos se lo reprocho más: se aparta, cortés, controlado, todo un caballero hasta en la derrota, y me deja pasar. Su error. Mi error. Los dos en el mismo instante, y ninguno de nosotros pronuncia la única palabra que lo habría detenido todo.

El ascensor llega enseguida. Por supuesto que llega enseguida; este edificio nunca me ha hecho esperar, salvo por las cosas equivocadas.

Dos días después, mi móvil explota.

Estoy sentada en el suelo de mi apartamento, entre solicitudes de empleo. Es primera hora de la tarde y el móvil empieza a vibrar y no para. Antes incluso de alcanzarlo, tengo esa certeza física y gélida de que ha ocurrido algo.

Nadia.

—Dime que esa no eres tú.

Soy yo.

Las fotos están en internet. Todas. La oficina, la ventana del ático, la entrada de mi edificio y, junto a ellas, mi nombre, mi nombre completo, en el mismo portal que publicó el artículo. Esta vez no hay nada que desmentir, porque las imágenes no se desmienten. Mi rostro, nítido, sin pixelar, junto al suyo. El titular es tan vulgar que mi cerebro lo lee y lo borra de inmediato.

No lo entiendo.

Eso es lo primero, incluso antes que el dolor: no lo entiendo. Me he ido. He hecho lo que ponía en la tarjeta; he dejado el trabajo, lo he apartado de mí, he quitado el detonador, he desactivado la bomba, he pagado. ¿Por qué la hace estallar de todos modos?

El móvil sigue vibrando. Números que no conozco. Un periodista. Otro. Una antigua compañera de universidad de la que no sé nada desde hace años: ¿¿Hola, estás bien?¿, con dos signos de interrogación y la avidez escondida detrás. Alguien me ha etiquetado en tres grupos en los que nunca había estado. Y entonces llega un mensaje de mi madre, y ese me paraliza en medio del desastre: Hija, llámame. La señora Kowalski, la vecina de enfrente, me ha enseñado algo en el móvil. No lo entiendo, pero te quiero.

Mi madre. Treinta años trabajando en el comercio, levantándose cada mañana a las cinco para que yo pudiera tener una vida mejor, y ahora la señora Kowalski, la vecina de enfrente, le pone delante un móvil en el que aparece su hija, fotografiada a través de una rendija de las persianas. De todo lo que esta tarde ha destruido, esa es la parte que más hondo me corta.

Apago el móvil.

Después me quedo sentada en el suelo de mi apartamento, entre solicitudes para empleos que nadie me ofrecerá después de hoy, y hago unas cuentas que no cuadran: trabajo perdido; he dimitido voluntariamente. Damon perdido; lo he apartado de mí voluntariamente. Dignidad perdida; públicamente, con rostro y nombre, de forma involuntaria e irrevocable.

Me fui precisamente para que esto no ocurriera.

Y ha ocurrido de todos modos.

Entonces, ¿para qué me fui? Y ¿por qué demonios lo ha hecho su madre de todos modos?



Capítulo 24 — Damon

Es el comienzo de la tarde, la planta empieza a vaciarse y Ryan entra en mi despacho sin llamar, algo que nunca hace, y deja una tableta sobre mi mesa sin decir palabra.

Miro.

Miro durante largo rato.

Las fotos son profesionales, lo reconozco de inmediato con esa parte de mi cerebro que nunca deja de funcionar, arda lo que arda: teleobjetivo, buenos ángulos, tomadas a lo largo de varias semanas. Emily y yo en mi despacho, a través de las persianas. Dos siluetas frente a mi fachada de cristal. La entrada de su casa de noche, su rostro perfectamente visible, su nombre completo en el titular; y el propio titular es de esos por los que habría que pedir cuentas a los redactores uno por uno.

—Lleva una hora en internet —dice Ryan en voz baja—. Está por todas partes. He avisado al departamento de prensa...

—Cancela todas las reuniones. —Mi voz funciona a la perfección, constato con una especie de interés distante—. Pasa la de Grant a la semana que viene. Y no devuelvas la llamada a nadie que pida una declaración.

—Damon.

—Estaré localizable dentro de dos horas.

Ryan me mira y, sea lo que sea lo que encuentra en mi rostro, lo lleva a coger la tableta y marcharse sin añadir una palabra. Ryan me conoce desde hace quince años. Sabe que tengo dos clases de ira: la ruidosa, que negocia, y la silenciosa, que conduce.

Cojo la chaqueta y conduzco.

De camino a casa de mis padres, la imagen va encajando, pieza a pieza, como una diligencia debida en la que por fin se ha abierto la carpeta correcta.

El distanciamiento de Emily, justo después de la mañana de Nathan. No por aquella mañana; fue real, pondría la mano en el fuego. Por algo que debió de suceder después, aquella tarde en la que volvió a casa, a la colada, a la vida real, y tras la cual ya nunca volvió a ser la misma.

La carta de dimisión, fechada ayer, presentada en tiempo y forma, obra de alguien que está poniendo fin a una cosa para proteger otra.

La voz de Victoria por teléfono. Satisfecha. Me alegro de que nos esperen tiempos más tranquilos.

Y ahora, unas fotos tomadas a lo largo de varias semanas. Seguir a alguien cuesta dinero, requiere un encargo, y en este mundo solo hay una persona que tenga un motivo, el dinero necesario y esa clase tan particular de paciencia quirúrgica.

Amenazó a Emily. En algún momento entre la mañana de Nathan y su distanciamiento, mi madre le enseñó o le envió esas fotos acompañadas del mensaje *desaparezca o todo el mundo verá esto*, y Emily no se retiró porque fuera débil. Se marchó para protegerme. Para proteger la empresa, el acuerdo, toda la estructura, y no me lo contó porque sabía lo que haría yo entonces.

Por cierto, tenía razón. Es justo lo que estoy haciendo.

Y bajo esa claridad, en lo más profundo, actúa otra cosa de la que no me doy cuenta hasta el segundo semáforo: debería haberlo visto. Ryan lo vio con una mínima parte de la información. Piensa quién se dedica a hacer desaparecer a la gente de tu vida, dijo, y yo descarté la idea porque quería creer que la guerra había terminado. Emily se pasó cuatro días levantando un muro, piedra a piedra, delante de mis narices, y yo, como un idiota, me dediqué a contar las piedras en vez de preguntarme quién se las ponía en las manos.

Lo interesante de esta sensación de ira es que no lo es. Conozco la ira; la ira es ardiente y estúpida y comete errores. Esto es otra cosa, una especie de claridad ártica en la que cada pensamiento aguarda por separado hasta que le llega el turno. Conduzco exactamente a la velocidad permitida. Pongo los intermitentes. Dejo que un taxi se incorpore delante de mí. Y, mientras tanto, mi cabeza ordena con absoluta calma la secuencia de las próximas horas, como se organiza una adquisición: objetivo, ventaja, calendario. Y el objetivo es mi propia madre.

Está sentada en el salón como si me esperase. Quizá lo hacía. En la mesa, el té está servido para dos.

—Damon. —Deja el libro a un lado—. Imaginaba que vendrías.

—Entonces también sabes por qué.

—Eso supongo. —Entrelaza las manos sobre el regazo, erguida y serena, una mujer que se ha preparado para todas las conversaciones de su vida—. ¿Quieres sentarte?

—No.

—Como quieras.

—¿Mandaste seguir a Emily?

—Sí. —No vacila ni un segundo. Eso es lo desconcertante de mi madre: nunca miente cuando la verdad resulta más eficiente—. Frank Deluca, desde el fin de semana en los Hamptons. Un hombre minucioso y discreto. Su padre ya trabajó para tu abuelo.

—¿Y el cheque?

—Quinientos mil. No lo aceptó. —En su voz hay un atisbo de algo que podría ser reconocimiento si no fuera tan frío—. Me sorprendió. Pocas veces consiguen sorprenderme.

—¿Y la amenaza de las fotos?

—Le di a elegir y tomó la decisión sensata. Se marchó, se acabó la pesadilla y todos pudimos seguir con nuestras vidas. —Me mira tranquila, absolutamente convencida—. Hice lo que era necesario, Damon. Esa

persona te habría costado todo. El acuerdo, el apellido, la empresa, todo aquello que esta familia ha tardado tres generaciones en construir. Te protegí, aunque no quisieras verlo.

—Te protegí —repito, muy quieto en el salón donde aprendí a andar—. ¿Y la publicación? ¿Lo de hoy? ¿También ha sido para protegerme?

Y entonces, por primera vez, mi madre vacila.

Es algo minúsculo. Un segundo, quizá menos; una interrupción apenas perceptible detrás de sus ojos, como la de alguien que encuentra en un balance una cifra que no debería estar ahí.

—Yo no ordené eso —dice.

—Claro que no.

—Damon...

—Me da igual. —Y en ese momento es cierto. Eso es lo aterrador: me da exactamente igual cuál sea la versión precisa de la historia—. Eran tus fotos, tu detective, tu amenaza. Que pulsaras tú misma el último botón o no, no cambia el resultado. Hoy su rostro aparece en todos los canales de esta ciudad porque tú decidiste que no era digna de pertenecer a esta familia.

—Es una gerente de oficina de Queens.

—Es lo mejor que le ha pasado a esta familia desde Nathan.

Pronuncio ese nombre y la estancia cambia. Lo veo en ella, en cómo se le tensan los hombros, en cómo alza una fracción la barbilla: la línea defensiva de una mujer que lleva cinco años custodiando ese nombre como un santuario que nadie tiene permitido tocar.

—No hables de tu hermano para...

—Estás fuera.

Lo digo en voz baja. No lo había planeado, no en este orden, pero, mientras lo digo, sé que llevaba años preparado dentro de mí, esperando tan solo una fecha.

—Fuera del consejo de administración. Fuera de la fundación. Fuera de mi vida. —La miro y mi voz permanece tan serena que resulta más cruel que cualquier grito. Lo sé. Esa serenidad la he heredado de ella—. Los abogados se pondrán en contacto contigo para resolver los trámites. Conservas las acciones, conservas la casa, conservas todo lo que pueda expresarse en cifras. Pero a mí ya no me conservas.

—Damon. —Por primera vez hay algo en su voz que escapa a su control—. Todo lo que he hecho ha sido por esta familia.

—No, madre. —Y entonces pronuncio la frase que lleva cinco años en esta casa, esperando que alguien se atreva por fin a decirla—: Lo has hecho por Nathan. Nathan está muerto. No volverá a la vida porque continúes viviendo la suya a través de mí.

Victoria Kane no dice nada.

Nunca en mi vida había visto a mi madre sin palabras. La he visto destrozarse consejos de administración, senadores e incluso, una vez, a un arzobispo durante una cena familiar. Ahora está sentada en su sillón, con las manos sobre el regazo, y su rostro busca una respuesta que no llega, porque ante la verdad no hay respuestas, solo reacciones.

No espero a verla. Me doy la vuelta y me marchó.

Mi padre está en el pasillo.

Se encuentra junto al perchero y la puerta de la habitación contigua está abierta. Ha estado abierta todo el tiempo. Lo ha oído todo. Nos miramos, mi padre y yo, dos hombres que llevan cinco años hablando de rosas y cifras trimestrales porque todo lo demás se ha vuelto demasiado difícil.

No dice nada. Pero, cuando paso a su lado, levanta una mano, la posa brevemente sobre mi hombro con firmeza y aprieta una vez.

Es la primera vez que nos tocamos desde el funeral de Nathan.

Asiento porque las palabras lo estropearían, y él me devuelve el gesto. Después salgo y la puerta se cierra a mi espalda, en silencio; en esta casa, las puertas nunca dan portazos.

Me quedo un rato sentado en el coche sin arrancar el motor. Las manos sobre el volante, su dirección en la cabeza, Queens, tercer piso. Podría estar allí en cuarenta minutos.

Me pongo en marcha. No voy al despacho ni al ático. Voy a verla.

Y, a tres calles de su piso, giro.

Porque en esas tres últimas calles me asalta una pregunta para la que no tengo respuesta: ¿qué voy a decirle? Mi familia te ha destruido, tu rostro aparece en todos los canales, tus posibilidades de encontrar trabajo han

quedado reducidas a cenizas, tu nombre es un término de búsqueda, pero yo soy la excepción, ¿yo soy el Kane que tiene buenas intenciones?

Ya ni siquiera me lo creo.

Todo lo que ha tocado desde que me conoce ha quedado dañado. Su trabajo, su reputación, su madre, a quien las vecinas le ponen móviles delante de la cara. No a pesar de mí. Por mi culpa, por mi apellido, por el mundo que cuelga de ese apellido como una losa de plomo.

Lo mejor que puedo hacer por ella es mantenerla al margen. Fuera de mi mundo, fuera de mi apellido, fuera del radio de acción de todo cuanto se llama Kane y hace daño a la gente. Debe poder empezar de nuevo en algún lugar donde nadie la relacione conmigo, y cada día que me presente ante su puerta hará más difícil ese nuevo comienzo.

Parece noble mientras lo pienso. Parece el primer pensamiento desinteresado que he tenido en mi vida.

Vuelvo a casa, a mi ático vacío, muy orgulloso de mi renuncia, y nada de todo eso me parece equivocado.

Todavía no.



Capítulo 25 — Emily

El piso de Maggie huele a ropa limpia y a polvos de talco, aunque el bebé todavía no ha nacido, y quizá sea precisamente ese olor lo que está a punto de hacerme llorar la primera noche, cuando me encuentro en su habitación de invitados con mi caja.

No discutieron. Eso es algo que nunca olvidaré de ninguno de los dos: llamé hablando a trompicones, Maggie me dijo que fuera y, cuando paró el taxi, Aiden ya estaba abajo, junto al bordillo, y sacó mi caja del maletero sin decir una palabra, como si aquello fuera lo habitual un martes por la noche. Durante la cena puso un plato más sin preguntarme si me quedaba.

Ya llevo varios días aquí, en un piso que espera la llegada de un niño, contemplando cómo la vida de mi mejor amiga es la versión anterior de la mía.

Es una forma muy particular de crueldad, y no es culpa de nadie. Maggie, embarazadísima, entre las cajas de muebles para la habitación del bebé que Aiden monta por las noches y ella cambia de sitio por las mañanas. La bolsa del hospital, preparada en el pasillo. La forma en que él, al pasar, posa una mano sobre su vientre con la misma naturalidad con la que uno coge las

llaves, y cómo ella deja de hablar un instante, en mitad de la frase, cada vez que lo hace. Todo eso estuvo a mi alcance. Hace apenas dos semanas estaba sentada en una cocina treinta plantas por encima de Manhattan, con una camiseta que no era mía, y durante una mañana mi vida pareció el principio de algo así.

Me alegro por ellos. Me alegro por ellos de todo corazón y, aun así, a veces tengo que irme a la habitación de invitados y cerrar la puerta. Ambas cosas son ciertas, y he dejado de avergonzarme de que lo sean al mismo tiempo.

El balance práctico de los daños, a día de hoy, es el siguiente: la avalancha de críticas no amaina, solo cambia de frecuencia. Las fotos siguen en internet, el portal no responde a las solicitudes para que las retire y mi nombre se ha convertido en un término de búsqueda con función de autocompletado. Un responsable de recursos humanos con el que la semana pasada tuve una buena primera entrevista ha «aplazado la segunda hasta que se calme la situación», que es la manera educada de decir en recursos humanos: nunca. Mi madre llama todas las noches, desconcertada y leal. Ayer estuvo diez minutos hablando de la nueva cajera, de la cadera de la señora Kowalski y de una oferta de detergente y, solo al final, después de una pausa, dijo:

—Tú siempre has sido la sensata de las dos, Emily. Sea lo que sea lo que está pasando, lo solucionarás.

No hace preguntas. Eso es peor que si las hiciera, porque sé cuánto le cuesta no hacerlas.

Aiden solo dice una frase sobre todo el asunto. Es la segunda noche, mientras Maggie está en el baño y nosotros dos nos encontramos solos a la mesa, algo que nos incomoda visiblemente a ambos. Recoge los platos, se detiene un instante y dice, sin mirarme:

—Yo también estuve a punto de perder a Maggie porque creía que la estaba protegiendo.

Después sigue recogiendo, no añade nada más, y yo me quedo sentada pensando que, al parecer, todos los hombres de pocas palabras de esta ciudad comparten el mismo manual.

Y Maggie solo lo dice una vez. Estamos desayunando; me acerca el cacao, que últimamente bebe por litros, y dice en voz baja, sin reproches:

—Te dije que se lo contaras.

—Lo sé.

No añade nada más. Esa es la suerte con ella: no hace leña del árbol caído. Se limita a dejar constancia una vez y después me acerca el azúcar y pregunta si la ayudo a montar el carrito, porque Aiden no lee las instrucciones «por principios».

La llamada llega por la tarde, mientras estoy sentada en el suelo del salón clasificando las ruedas del carrito.

Número desconocido. Solo contesto porque podría ser el teléfono de algún responsable de recursos humanos que me devuelve una llamada y porque, evidentemente, la esperanza es lo último que se rompe dentro de una persona.

—Warner —digo.

—Robert Kane.

De pronto me siento muy erguida entre las piezas del carrito.

El padre de Damon no habla por teléfono. Lo sé por el informe, por los Hamptons, por todo lo que he observado de ese hombre silencioso: Robert Kane no habla; ata rosas, conoce escondites y acerca tarros de mermelada por encima de las mesas. Y ahora tengo su voz en el oído, seca y pulcra y un poco oxidada, como una herramienta que lleva mucho tiempo guardada en el cobertizo.

—Mi hijo le ha dicho a su madre que está fuera —dice sin preámbulos, como si estuviéramos retomando una conversación—. De la empresa, de la fundación, de todo. Nunca había hecho algo así. Ni por un acuerdo. Ni por una mujer.

No consigo emitir sonido alguno. En el suelo, delante de mí, hay una rueda del carrito y me aferro a ella como a un salvavidas.

—La llamo porque él no lo hará —prosigue Robert—. Es demasiado orgulloso. Eso lo ha heredado de ella.

Se produce una pausa durante la cual casi puedo oírlo pensar.

—Aún tenía su número del fin de semana. Estaba en la lista de invitados. No olvido nada; sencillamente, no hablo.

—Señor Kane...

—Robert.

Lo dice como si el apellido ya no tuviera cabida entre nosotros.

—Durante cinco años he visto cómo todos los habitantes de esa casa dejaban de vivir, cada uno a su manera. Mi mujer empezó a administrar la vida de un muerto. Mi hijo empezó a convertirse en una empresa. Y yo empecé a callar porque el silencio no duele.

Otra pausa.

—Pasó una tarde en mi jardín y habló más conmigo que Sasha Langley en todos estos años. A Nathan le habría caído bien. Damon la necesita.

Deja esas palabras ahí, sin adornos, tres frases como tres movimientos al atar las rosas, y después dice:

—Eso es todo. Buenas tardes, Emily.

Y cuelga antes de que pueda formular una sola pregunta.

Sigo sentada en el suelo del salón de Maggie, con el móvil pegado al oído y la rueda del carrito en la mano, y entonces me echo a llorar.

Por primera vez desde la filtración. No lloré cuando las fotos aparecieron en internet, ni con la señora Kowalski, ni cuando aplazaron la segunda entrevista. Seguí funcionando, clasificando, resistiendo. Se me da bien, siempre se me ha dado bien. Y ahora estoy sentada entre las piezas de un carrito, llorando a lágrima viva por tres frases de un hombre que nunca habla y que, por eso, no tiene palabras que desperdiciar en mentiras.

A Nathan le habría caído bien. Damon la necesita.

No lloro por las fotos. Lloro porque Victoria ha perdido su poder y la amenaza ha muerto con él, porque el motivo por el que me marché acaba de desvanecerse, con efecto retroactivo, y con él toda la arquitectura de mi plan infalible.

Me marché para desactivar una bomba que acabó explotando de todos modos. Mi sacrificio no sirvió de nada, absolutamente de nada, a ningún nivel y, al mismo tiempo, fue lo único que desencadenó la avalancha al final de la cual Damon le dijo a su madre lo que nadie más habría tenido derecho

a decirle. He perdido y ganado en la misma jugada, y no sé qué mitad pesa más, y quizá tampoco necesite saberlo.

Lo que sí sé es que ya no hay ningún motivo. Ninguna amenaza, ninguna foto guardada en un cajón, ninguna titiritera con sonrisa de nácar. Solo queda un hombre sentado en un ático vacío a tres calles de aquí, si Robert tiene razón, demasiado orgulloso para venir. Y una mujer sentada en el suelo de un salón que empieza a comprender que su noble desaparición no fue desde el principio más que una versión mejor justificada del miedo.

Y sé otra cosa mientras me seco la cara con el dorso de la mano: Robert Kane no ha llamado para darme noticias. Los hombres como él no dan noticias; para eso están los periódicos. Ha llamado para mantener abierta una puerta que su hijo es demasiado orgulloso para abrir, y lo ha hecho a pesar de que hablar es lo más difícil que conoce ese hombre. Eso es lo segundo que me hace llorar, justo después de «A Nathan le habría caído bien»: que, en esa familia congelada, sea precisamente el más silencioso el primero en empezar a deshelarse.

Maggie tenía razón. La tuvo desde el principio, y jamás se lo diré porque se vuelve insoportable cuando alguien le dice que tenía razón.

—¿Em?

Está en la puerta, con una mano apoyada en los riñones, y me mira, sentada entre las piezas del carrito, con la cara bañada en lágrimas y el móvil aún en la mano. No pregunta quién ha llamado. No pregunta por qué lloro. Se limita a mirarme con esa expresión que tiene desde el instituto, la que dice: te conozco desde antes de que tú misma te conocieras.

—¿Y bien? —dice—. ¿A qué estás esperando?

Y no se me ocurre ni una sola respuesta que no suene a excusa.



Capítulo 26 — Damon

De día soy un modelo a seguir.

No es una exageración, sino una descripción objetiva de mi rendimiento: las negociaciones con Grant avanzan con precisión, esta semana he cerrado dos contratos y he ascendido a una jefa de departamento que llevaba dos años mereciéndoselo. El departamento de prensa ha contenido con profesionalidad el asunto de las fotos, los abogados están ocupándose del portal, hay avances, hay cifras, hay resultados. Quien me ve en una reunión ve a un hombre que gobierna su empresa en aguas turbulentas sin mover un músculo.

Por las noches me siento en mi ático y no marco su número.

He desarrollado para ello un sistema muy sofisticado. Cojo el móvil, abro el chat, miro el último mensaje, de hace dos semanas, una confirmación de cita con un emoticono que jamás se habría permitido si entre nosotros aún hubieran existido reglas. Después formulo mentalmente la primera frase, la descarto, formulo la segunda, la descarto y vuelvo a dejar el móvil sobre la mesa, con la pantalla hacia abajo, y llamo a todo eso consideración.

Le estoy dando tiempo. Eso es lo que me digo cada noche, con el segundo whisky: le estoy dando tiempo, ya ha pasado por bastante, lo último que necesita ahora es a un Kane plantado ante su puerta. Suena razonable. Incluso noble. Me he vuelto muy bueno construyendo frases que suenan nobles; he tenido cinco años de práctica, y esa es la parte que todavía no quiero ver durante esas noches.

La tercera noche, en algún momento entre la segunda copa y la decisión de no servirme una tercera, me asalta el recuerdo contra el que llevo días luchando.

El timbre aquella vez, a las dos de la madrugada. Uno cree que recuerda noches así mediante imágenes, pero no es verdad; yo recuerdo sonidos: el timbre, tres veces antes de que contestara. La voz del policía, profesional y demasiado joven. La lluvia contra las ventanas de mi antiguo piso. Y luego, una hora más tarde, en casa de mis padres, el sonido que hizo mi madre cuando lo comprendió. No fue un grito, fue mucho peor: un único sonido, brusco y entrecortado, como si alguien hubiera desenchufado algo.

Aquella noche perdí a dos personas. A Nathan, en una carretera mojada por la lluvia, y a mi madre, en su propio salón, entre aquel sonido entrecortado y el amanecer, cuando ya estaba haciendo listas. A quién había que llamar. Qué había que cancelar. Qué funeraria era discreta. Organizó el dolor hasta hacerlo desaparecer, con la misma precisión con la que organiza galas, y todo el mundo comentó lo fuerte que era, la admirable entereza que demostraba, pero nadie vio que allí no había entereza alguna. Solo quedaba organización donde antes había habido una persona.

Yo me senté a su lado y me juré, sin llegar a expresarlo jamás con palabras, que eso nunca me ocurriría. No lo de morir. Lo de después. Ese vaciarte por dentro que convirtió a mi madre en una máquina de gestionar, a mi padre en silencio y la casa de los Hamptons en un museo. Vi lo que la pérdida les hace a quienes han amado y extraje la única conclusión que podía extraer

un hombre de veintiséis años con un hermano muerto y una calculadora por corazón.

No puedes perder aquello a lo que no permites acercarse. Esa era la fórmula. Nunca la escribí, nunca la pronuncié, pero viví conforme a ella todos los días durante cinco años: mujeres que sabían lo que hacían. Amistades con carácter contractual. Una familia a la que se ve en compromisos ineludibles. Funcionó. Eso es lo perverso: funcionó de verdad; durante cinco años, nada me hizo daño.

Entonces, una gerente de oficina pulsó el icono equivocado a la una de la madrugada.

Me desplazo hacia arriba por el chat hasta llegar al mensaje de voz, cuarenta y siete segundos, el principio de todo. No lo reproduzco. Me limito a contemplarlo, esa pequeña onda azul, lo único que me queda de ella, y ni siquiera soporto mirarlo, así que aparto el móvil.

Ryan aparece la cuarta noche, sin avisar, con un paquete de seis cervezas que no mete en la nevera, sino que deja directamente sobre la mesa del salón, su forma de decir: me quedaré hasta que se acaben.

Nos sentamos uno junto al otro en el sofá, con el televisor encendido y sin sonido, viendo un partido que no interesa a ninguno de los dos. Es el tipo de velada que pueden compartir hombres como nosotros: guardar silencio durante dos botellas y, aun así, mantener la conversación, solo que por debajo de las palabras.

Con la tercera botella, Ryan empieza.

—Los documentos de Grant tenían buena pinta hoy.

—Son buenos.

—El departamento de prensa dice que el portal está cediendo. La carta de los abogados está surtiendo efecto; seguramente retirarán las fotos esta misma semana.

—Lo sé. He leído el informe.

—Ya sé que lo has leído —dice antes de dar un trago—. Últimamente lo lees todo. Eres el hombre mejor informado de Manhattan. Si la información sirviera de algo, ya estarías curado.

No respondo, y el televisor cambia de ángulo en silencio.

—Llevas días sabiendo por qué se fue —dice entonces Ryan. Su tono sigue siendo ligero, pero esa ligereza requiere esfuerzo—. Tu madre ha perdido el poder, la amenaza ha desaparecido y la verdad está sobre la mesa. Entonces, ¿por qué sigues aquí sentado?

—Porque lo ha perdido todo por culpa de mi familia. —La respuesta surge de inmediato; al fin y al cabo, llevo cuatro noches puliéndola—. Su trabajo, su reputación, su cara en todos los feeds de esta ciudad. Sus vecinas le plantan móviles delante a su madre, Ryan. Cada puerta que Emily cruza en esta ciudad es una puerta que mi apellido ya ha dañado. Lo único que aún puedo hacer por ella es dejarla en paz. Dejarle una vida en la que nada vuelva a llamarse Kane.

Ryan me observa durante largo rato. Después deja la botella, despacio, y se vuelve hacia mí en el sofá. Conozco ese movimiento. Es el movimiento con el que Ryan deja de ser mi amigo y empieza a convertirse en mi conciencia.

—No lo ha perdido todo para que tú la dejes en paz, imbécil.

—Ryan...

—No, ahora hablo yo. —Lo dice con calma, y precisamente por eso da en el blanco—. Lo perdió porque te protegió. Se metió en ese incendio con los ojos abiertos, por ti, y tú estás aquí sentado con tu whisky, llamando decencia al hecho de esconderte. —Deja que sus palabras floten un instante—. Es lo mismo que llevas haciendo cinco años, Damon. Exactamente lo mismo. Solo que con un whisky mejor.

Quiero decir algo, pero no me sale nada.

—Después de lo de Nathan decidiste que la cercanía era un riesgo, te escondiste detrás de la empresa y lo llamaste disciplina. Ahora te escondes detrás de su bienestar y lo llamas consideración. El envoltorio es cada vez más noble, pero el patrón sigue siendo el mismo: si existe la posibilidad de que duela, no vas. —Vuelve a coger la cerveza, se recuesta y pronuncia la última frase de pasada, como un añadido, pero es la que llega más hondo—. ¿Sabes quién decide también lo que les conviene a los demás sin preguntarles? Tu madre.

El televisor cambia de ángulo. Alguien marca un gol, en silencio, y nadie lo celebra.

Sentado en el sofá de mi ático, treinta plantas por encima de una ciudad en la que vive una mujer que se metió en un incendio para mantenerme fuera, escucho cómo el edificio de frases nobles que he construido durante cuatro noches se derrumba sobre sí mismo, planta por planta.

Tiene razón. Eso es lo demoledor: tiene razón en todo. Emily no pidió protección, ni distancia, ni una vida sin los Kane. No pidió absolutamente nada porque nunca le di la oportunidad, y yo decidí en su lugar qué era lo mejor para ella, desde una distancia segura, con las mejores intenciones, exactamente la clase de buenas intenciones con las que mi madre lleva cinco años gestionando la vida de los demás.

El control nunca fue fortaleza. El control era el escondite. Y retirarse no es más que controlar a cámara lenta, la misma cobardía con el pulso más

tranquilo, y he necesitado cinco años, cuatro noches y un amigo con un paquete de seis cervezas para verlo.

La vergüenza es una sensación interesante para un hombre que se ha jurado no volver a sentir nada. Llega abrasadora, de golpe, y justo detrás, como una ventana que alguien abre de par en par, llega otra cosa: claridad.

Me levanto. En mitad de la siguiente frase de Ryan, que tiene algo que ver con el partido, me pongo en pie y cojo la americana.

Ryan se interrumpe y me mira, y una sonrisa se extiende lentamente por su rostro, una que ni siquiera intenta ocultar.

—¿Adónde vas?

—A arreglarlo —digo, ya casi en la puerta—. Todo.



Capítulo 27 — Damon

A la mañana siguiente, a las ocho, estoy sentado en el salón de mis padres y, esta vez, he avisado de la cita por escrito y con hora. Ryan me interceptó anoche en la puerta con una sola frase:

—Hoy no. Has bebido cerveza y no tienes ningún plan.

Tenía razón en ambas cosas. Así que he trabajado toda la noche y ahora sí tengo uno. Mi madre respeta las formalidades, y lo que voy a resolver hoy aquí merece guardar las formas.

Porque eso es lo que es: una resolución. Se acabaron las discusiones, los dramas, las frases que llevan años enquistadas en las casas. En el coche he vuelto a repasar la documentación como antes de una negociación y, en el fondo, lo es, solo que la otra parte es mi madre y lo que está en juego es la verdad.

Está sentada en el mismo sillón que la última vez. El té vuelve a estar servido para dos. Hay cosas que nunca cambian en esta casa y, por primera vez en años, me alegro, porque hacen que lo que traigo conmigo resulte aún más evidente.

—Tienes preguntas sobre la entrega —dice—. Los abogados...

—No tengo preguntas. Tengo información.

Dejo la carpeta sobre la mesa, entre los dos, junto al té que ninguno va a tocar.

—La filtración no vino de ti.

Se queda muy quieta. No sorprendida, y eso es lo interesante, sino con la quietud de una mujer que lleva días esperando oír esa frase y quiere saber cuánto hay detrás.

—He mandado que lo investiguen —continúo—. Un análisis forense, profesional, realizado por gente que sabe hacer estas cosas. Frank Deluca vendió las fotos dos veces. Una a ti, según lo acordado, para que pudieras amenazarla. Y otra, después de la gala, a Sasha Langley. Dos honorarios por el mismo trabajo; un hombre concienzudo, como tú misma dijiste. Sasha entregó las fotos al portal tres días después de que Emily dimitiera. Cuando Emily ya se había marchado y no quedaba nada con lo que chantajearla. No pretendía presionar a nadie. Quería reducirlo todo a cenizas.

Mi madre mira la carpeta y después a mí, y en su rostro se desarrolla algo que rara vez he visto allí: los nuevos cálculos de una mujer que comprende que su propia herramienta se ha vuelto contra ella.

—Esa chica perdió la cabeza después de la gala —dice despacio—. Advertí a Richard de que ella...

—Advertiste a Richard.

Dejo que esas palabras floten un instante.

—Madre. Tus fotos. Tu detective. Tu encargo. Que Sasha pulsara el último botón no cambia nada de la cadena anterior y, desde el punto de vista jurídico, esto te interesará, el problema es precisamente esa cadena: vigilancia clandestina, producción de imágenes íntimas y difusión. Si Emily tuviera abogados, no empezarían por Sasha. Empezarían por quien encargó el trabajo.

Ahora lo entiende. Lo veo en el modo en que entrelaza las manos sobre el regazo, ese viejo reflejo de recurrir a la compostura como última línea de defensa.

—¿Qué quieres, Damon?

—Dos cosas, y las tendrás por escrito.

Deslizo la carpeta por la mesa.

—Primero: confirmarás por escrito lo que hizo Deluca, la doble venta, la fecha y la compradora. Segundo: testificarás contra la publicación cuando llegue el momento. El portal retirará las fotos esta noche y ya está en marcha el derecho de rectificación, pero quiero munición para todo lo que venga después. A cambio, tu papel se quedará donde está: dentro de esta carpeta. Los abogados de Emily nunca sabrán quién encargó las fotografías. Abandonarás discretamente el consejo de administración, tal como acordamos, y el asunto quedará zanjado.

—¿Y si me niego?

—Entonces se enterarán.

Mi madre y yo nos miramos por encima de una mesa de té junto a la que, de niño, comía galletas a escondidas, y veo el instante en que termina de hacer sus cálculos y acepta el resultado. Victoria Kane lleva toda la vida pagando con información, con amenazas, con expectativas y con la moneda de la alta

sociedad. Hoy recibe el pago en su propia moneda, y lo sabe. Es la primera vez que veo en su rostro algo parecido al respeto. Un respeto frío, derrotado.

—Te pareces más a mí de lo que te gustaría —dice.

—Lo sé.

Me levanto.

—Estoy trabajando en ello.

Firma. Sin seguir negociando, con su buena estilográfica, con esa letra limpia e inclinada que es idéntica en las tarjetas de cumpleaños y en las cartas amenazadoras. Cuando me devuelve la carpeta, la retiene un instante.

—Nunca quise que se hiciera público.

Habla en voz baja y, por primera vez en toda esta guerra, no parece una estratega.

—Solo quería dejar de sentir que había perdido a mis dos hijos.

Me detengo en la puerta y vuelvo la cabeza. Está sentada en su sillón, tan erguida como siempre, con las manos sobre el regazo, una mujer en un museo que ella misma ha comisariado y, durante un instante, la veo como la vio Emily: no como una adversaria. Como una madre que se rompió al oír una llamada interrumpida y lleva cinco años fingiendo que organizar equivale a vivir.

—No los habías perdido —digo—. Hasta ahora.

Después me marchó y, esta vez, la puerta tampoco da un portazo.

Richard Langley me recibe en su despacho, que se parece a él: antiguo, sólido y valioso de un modo que no necesita brillar.

Voy al grano; se lo debo. No hay acuerdo. No habrá prórroga, ni unión de las dos casas, ni relaciones convenientemente organizadas. Kane Media seguirá adelante con Grant Capital; los contratos se firmarán esta semana. Será algo más pequeño, más lento e independiente. Se lo cuento antes de que se entere por el mercado porque quince años de colaboración merecen esa cortesía.

Richard escucha sin interrumpirme, con las manos entrelazadas sobre el escritorio. Después dice:

—Tu madre lleva meses dándome a entender que vosotros lo veíais de otra manera. Ambas familias.

—Lo sé. Nunca fue verdad, Richard. Era su versión de la historia, no la mía, y debería haberte dado una explicación antes. Fue culpa mía.

Dejo pasar un segundo.

—Y hay algo que debes saber sobre tu hija, aunque ojalá no tuviera que contártelo yo.

Se lo cuento. La doble venta, la fecha, el portal. No deposito ninguna prueba sobre su escritorio; no es necesario. Es demasiado inteligente para dudar de algo que alguien le cuenta sin obtener ningún beneficio a cambio.

Y observo cómo un padre lo comprende.

No hay ninguna reacción estridente. Richard Langley pertenece a la misma generación que mi madre; esa gente se rompe por dentro. Se limita a permanecer sentado, su rostro adquiere un tono algo más gris y sus manos entrelazadas se aferran con más fuerza. Al final, se dice más a sí mismo que a mí:

—Su madre siempre la mimó y yo siempre pagué. Creía que eso era amor.

Levanta la mirada.

—Lo que le ha hecho a esa joven... Eso no puede pagarse, ¿verdad?

—No.

—No —repite—. Eso me imaginaba.

Se levanta y me tiende la mano. Su apretón es firme y solemne.

—Me ocuparé de mi hija. Cómo lo haga no es asunto tuyo. Y, Damon...

Retiene mi mano un instante más.

—Tu padre puede estar orgulloso de ti. Por cierto, tu madre también, pero nunca te lo dirá.

Ryan me espera en el vestíbulo, apoyado contra una columna, y lee en mi rostro el resultado de las citas del día.

—¿Y bien?

—Resuelto. Todo.

—Grant firma esta semana, el departamento de prensa ya ha enviado el derecho de rectificación y el portal retirará las fotos esta noche.

Camina a mi lado hacia el coche.

—Nos esperan dos años duros.

—Hemos tenido cinco peores.

Ryan sonríe y no vuelve a decir nada hasta que llegamos al coche. Solo cuando abro la puerta pregunta, como de pasada, como si no fuera asunto suyo:

—¿Y ahora?

Para cuando todo queda resuelto ya ha anochecido y, tres cuartos de hora después, estoy ante la puerta de un piso, en una tercera planta de Queens, con el corazón latiéndome como si, en vez de subir por las escaleras, hubiera escalado el edificio. Sé por Ryan que ha vuelto a vivir aquí y que ya no está en casa de su amiga. Ryan lo sabe por Nadia. No he preguntado cómo se ha creado ese canal de información; me limito a agradecer que exista.

No he preparado ningún discurso. Es algo nuevo para mí; yo lo preparo todo, pero cada discurso que he empezado a ensayar en el coche sonaba como un informe trimestral, y ella no se merece un informe trimestral.

Llamo.

Se oyen pasos dentro y después silencio. Está mirando por la mirilla, lo sé, y yo me quedo quieto y dejo que me observe. Entonces abre.

Parece cansada, más pequeña de lo habitual con una chaqueta de punto que le queda demasiado grande, y verla así me golpea con más fuerza que cualquier cosa que haya negociado hoy, porque veo lo que le han costado estas últimas semanas y porque mi ausencia aparece reflejada en su rostro con la claridad de una cifra bajo la línea del total.

—Damon.

—Lo sé todo —digo antes de que pueda cerrar la puerta otra vez, antes de que alguno de los dos se ponga a ser educado—. Mi madre te amenazó durante el té, primero con un cheque y después con las fotos. Te marchaste para protegerme. La filtración no vino de ella, sino de Sasha. Le pagó dos veces al detective y ya me he ocupado de ambos. Hay un derecho de rectificación y el portal retirará las fotos esta noche.

Respiro una vez.

—Y no estoy aquí por eso.

Permanece en la puerta, con una mano apoyada en el marco, sin decir nada, pero tampoco la cierra.

—Estoy aquí porque eres la única persona por la que estoy dispuesto a destruirlo todo. Y porque hace dos semanas no hice una pregunta cuando importaba. Te pregunté junto al ascensor qué pasaba. Mentiste y yo acepté la mentira porque resultaba más cómoda.

La miro y hago la pregunta, dos semanas demasiado tarde y ni un segundo antes de tiempo:

—¿Qué ocurrió aquel día durante el té, Emily?

Y Emily Warner, la mujer que se inventó una compañera de piso para no tener que contarme la verdad, me mira durante largo rato. Después se aparta

a un lado y abre la puerta.

—Lo del té —dice— es una historia bastante larga. Espero que tengas tiempo.

—Tengo todo el tiempo del mundo.

—Eso —dice, y por primera vez ha vuelto ese tono, ese tono seco e impagable tan propio de Emily— es lo más cursi que has dicho en tu vida.

—Lo sé. Va a empeorar.

Entro en su piso y ella cierra la puerta a mi espalda.

Nos sentamos a la mesa de su cocina y, esta vez, no hay vino, solo té, algo que ambos constatamos sin hacer comentarios. Después empieza a contarme lo ocurrido.

Todo. El té con Victoria, los petits fours, el cheque de medio millón que rechazó empujándolo con un dedo. La amenaza en la puerta, formulada con la naturalidad de un parte meteorológico. El sobre en el buzón, las fotografías, la tarjeta con aquella pulcra caligrafía. Su razonamiento, punto por punto: la bomba, el detonador, el muro de protección. Y cuanto más habla, más serena se vuelve su voz, como si cada frase levantara un peso de algún lugar donde llevaba demasiado tiempo.

Y yo también se lo cuento. Todo. Victoria, Deluca, Sasha, la carpeta con la firma. Richard, rompiéndose por dentro. Y después lo otro, lo más difícil: Nathan, la noche lluviosa, la llamada interrumpida de mi madre, la fórmula según la cual he vivido durante cinco años. Cómo di media vuelta tres calles antes de llegar a su puerta y lo llamé consideración. Que anoche

Ryan, entre cervezas y un partido de fútbol sin sonido, me hizo pedazos al señalarme que estoy haciendo exactamente lo mismo que mi madre siempre ha hecho: decidir por los demás qué es bueno para ellos.

—Era lo más noble que había pensado en mi vida —digo—. Y lo más cobarde. Las dos cosas a la vez; no es fácil conseguirlo.

Pasamos dos horas sentados allí. El té se enfría, como el café de entonces, y ninguno de los dos se levanta. En algún momento sus dedos descansan junto a los míos sobre la mesa; no están entrelazados, solo unos junto a otros, como los de dos personas que necesitan aprender de nuevo a cogerse de la mano y empiezan por el abecedario.

—Aún tengo que decirte algo —digo al final.

Ella levanta la cabeza y en sus ojos queda un vestigio de esa cautela, de esa actitud defensiva que le he enseñado sin querer.

—No es una condición ni una expectativa, y no tienes que hacer nada al respecto. Pero lleva semanas siendo verdad y quiero que lo oigas de mi boca, no en un mensaje de voz.

La miro y resulta más fácil de lo que he creído durante cinco años:

—Te quiero, Emily. En mitad de una frase, sin remate ingenioso. Ya era verdad cuando todavía necesitaba reglas para sentirlo.

Me mira durante largo rato, con los ojos brillantes, y no me responde lo mismo.

—Necesito un día —dice en voz baja—. No porque no sepa lo que siento. Sino porque quiero saberlo sin que tú estés sentado a la mesa con ese aspecto de... eso.

Me señala, probablemente refiriéndose al conjunto entero: el traje, mi cara, las dos horas de sinceridad.

—Eso supone una ventaja injusta en la negociación.

Y yo, el hombre que nunca espera, que fija plazos y dicta fechas límite y que jamás ha esperado más de lo necesario para cerrar un contrato, me levanto, llevo mi taza al fregadero porque así es como se hacen las cosas en este piso y digo:

—Tómate todo el tiempo que quieras.

En la puerta me hace volverme, con una mano en mi manga.

—Damon. Gracias. Por hoy, por la carpeta, por todo.

—Gracias por abrirme.

—He mirado por la mirilla y me lo he pensado —admite—. Casi dos minutos.

—Lo sé. He esperado.

—Eso es nuevo en ti.

—Estoy practicando —digo.

Después me marchó, bajo los tres pisos por las escaleras y salgo a la noche de Queens sin una respuesta, ni un contrato, ni ninguna certeza; sin nada de aquello con lo que suelo entrar y salir de los edificios.

Solo tengo sus dos minutos ante la mirilla, un día de espera y el recuerdo de sus dedos junto a los míos.

Es más de lo que merezco. Y, por primera vez en cinco años, un hombre sentado en un coche en Queens espera algo que no puede controlar y no tiene miedo.



Capítulo 28 — Emily

Un día de plazo para reflexionar parece algo bastante claro hasta que te encuentras en mitad de él y te das cuenta de que nadie te ha dicho qué hacer con las horas.

Me despierto en mi propio piso, al que regresé después de la llamada de Robert porque, desde entonces, esconderme me parece mal. Mi primer pensamiento es el rostro de Damon ante la mesa de mi cocina, en mitad de una frase, sin remate. Te quiero, Emily. Ya era verdad cuando todavía necesitaba reglas para esto. Me he pasado media noche dándole vueltas a la frase en la cabeza como si fuera una prueba, examinándola desde todos los ángulos, al trasluz, y resiste cualquier análisis; ese es precisamente el problema. Sería mucho más fácil si tuviera alguna pega.

Por la mañana voy a casa de Maggie, porque una no debería pasar sola un día de plazo para reflexionar en un piso donde cada superficie recuerda a la noche anterior. Allí reina un estado de excepción que ya se ha convertido en la normalidad: han vuelto a preparar la bolsa del hospital, por tercera vez; Aiden ha colgado en la nevera una lista plastificada con números de teléfono, y Maggie está en mitad del salón, entre dos cestos de ropa, dirigiendo la última fase de su embarazo como una general que ya está harta de la guerra.

—Tienes pinta de mujer que está pensando —dice cuando aparezco con el café—. Deja de hacerlo. Será mejor que me lo cuentes.

Se lo cuento. La velada, la carpeta, Sasha, el té en la mesa de la cocina, dos horas de sinceridad. Y la frase. Al llegar a la frase, deja de doblar peleles.

—¿Lo dijo sin más? ¿En mitad de la conversación?

—En mitad de una frase. Sin preparativos, sin... escenificación. Como si estuviera comentando el tiempo. —Hago girar la taza entre las manos—. Y después me dijo que me tomara el tiempo que quisiera, dejó la taza en el fregadero y se marchó.

—¿Dejó la taza en el fregadero?

—Maggie.

—Perdona, pero eso es lo más romántico de toda la historia, y yo vivo con un multimillonario, conozco la especie. No dejan nada en los fregaderos. Ni siquiera saben dónde viven los fregaderos. —Se sienta a mi lado en el sofá como buenamente le permite la barriga y se pone seria—. Bien. ¿Qué te sigue frenando?

—Ha echado a su madre de la empresa. De la fundación, de todo. —Lo digo despacio, porque me he pasado media noche intentando asimilarlo y aún no he terminado—. Por mí, Maggie. ¿Y si dentro de un año se despierta y hace cuentas? En esa familia hacen cuentas con todo. ¿Y si aparezco en ellas como la partida por la que sacrificó a su madre...?

—Para. —Maggie levanta una mano—. Primero: no la echó por ti. La echó porque espiaba, chantajeaba y destruía a la gente. Antes o después habría tenido que hacerlo por sí mismo; tú solo fuiste el motivo que hizo imposible seguir ignorándolo. —Me mira con esa dureza de instituto que reserva para los momentos importantes—. Y segundo, esta es la parte que no quieres oír:

si lo hubiera hecho por ti, te lo echaría en cara todos los días. Eso es lo que hacen los hombres que se sacrifican y después se arrepienten. Lo hizo porque por fin sabe quién quiere ser. Eso no se incluye en ninguna cuenta. Se sostiene por sí solo.

Me quedo sentada, con la taza en la mano, y el nudo del que llevo tirando media noche se deshace sin más, una mañana cualquiera entre cestos de ropa.

Porque tiene razón. Anoche vi la prueba con mis propios ojos, ante la mesa de mi cocina: allí no había un hombre que hubiera hecho un sacrificio y esperase reconocimiento. Había un hombre que había puesto orden, primero dentro de sí mismo, y que había depositado la verdad ante mí como una carpeta, completa, sin rebajas para sus propios errores. Lo más noble y lo más cobarde a la vez, dijo de sí mismo. Los hombres que pasan factura no hablan así.

—Odio cuando tienes razón —digo.

—Lo sé. Pasa constantemente, debes de sufrir muchísimo. —Se levanta con esfuerzo y me lanza un pelele—. Ayúdame a doblar. Va bien para pensar.

Por la tarde llama Nadia y, como siempre, su sentido de la oportunidad resulta inquietante.

—Por cierto, ¿vas a volver al trabajo? —pregunta en lugar de saludar—. Lo pregunto en nombre de media planta. La nueva gerente de oficina es un desastre. Ha reservado dos citas a la misma hora en la agenda de Kane, dos veces en una semana, y ayer puso agua con gas en la reunión en vez de agua sin gas. Esto es la anarquía.

—Agua con gas. El ocaso de Occidente.

—Tú ríete, pero el hombre puso una cara que hacía parecer su época glacial unas vacaciones en un balneario. —Hace una pausa y oigo cómo cierra la puerta del despacho—. En serio, Em. ¿Vas a volver?

Y entonces, en mitad de esa llamada, entre el agua con gas y la anarquía, me río de verdad por primera vez en semanas y, mientras lo hago, tomo dos decisiones a la vez. Ambas parecen llevar mucho tiempo listas, esperando tan solo a que yo llegara a ellas.

—No —digo—. No voy a volver.

—Ah. —La voz de Nadia se apaga—. Vale. Lo entiendo.

—Nadia. No voy a volver a la empresa. —Cojo aire—. Todo lo demás es una historia más larga y te la contaré pronto, te lo prometo. Pero recuerda la fecha. Por si alguien me pregunta: hoy ha sido el día en que he decidido no volver a recibir jamás el sueldo y... el corazón de una misma mano.

Al otro lado de la línea reina el silencio durante un instante.

—Eso —dice Nadia al fin— es o muy sensato o el comienzo de una historia buenísima. Probablemente ambas cosas. Mientras tanto, mantendré entretenida a la planta con rumores.

Por la noche voy a su casa.

No he llamado ni escrito, y el trayecto por la ciudad parece una repetición con los papeles intercambiados: esta vez soy yo quien se planta ante una

puerta sin avisar. El portero aún se acuerda de mí, sonrío y coge el teléfono, pero yo digo:

—No me anuncie. Por favor.

Me mira, sopesando probablemente su puesto de trabajo frente a mi expresión, y vuelve a colgar el auricular.

Damon abre la puerta y veo que no ha dormido.

No tiene un aspecto dramático ni destrozado; al fin y al cabo, es Damon y hasta agotado parece el protagonista de un anuncio de relojes caros. Pero a estas alturas conozco ese rostro, lo conozco mejor que cualquier otro, y en él veo la noche que ha pasado esperando. Eso me ablanda y, al mismo tiempo, me da seguridad. Me ablanda porque ha esperado. Me da seguridad porque un hombre que espera de esa manera no hace cuentas.

—Emily.

—Dos respuestas —digo antes de que pueda añadir nada más, porque lo he planeado exactamente así en el ascensor, en este orden preciso—. Primera: dejo el trabajo de verdad. Definitivamente. Búscate una gerente de oficina que no te distraiga. He oído que la actual pone agua con gas en las reuniones; es un buen comienzo.

Está apoyado en el marco de la puerta y algo empieza a agitarse en su rostro. Intenta mantenerlo bajo control, pero no lo consigue demasiado bien.

—¿Y la segunda?

—La segunda es que ya no necesito ni un día más.

Lo miro, a ese hombre que me ha tratado como si fuera aire, como si fuera una negociación y como si fuera lo único de su vida que no admite negociación. Y entonces lo digo, por primera vez en mi vida a un hombre, y mi voz no suena casi firme: suena firme.

—Te quiero, Damon. Desde hace más tiempo del que quería admitir. Creo que empezó con un mensaje de voz que nunca iba dirigido a ti, y después tú te encargaste de conseguir que todo lo demás sí estuviera destinado a ti. Ha sido una negociación desleal. Desde el principio.

—Lo sé —dice—. Es la única táctica que me ha funcionado jamás.

Y entonces me besa, en mitad del umbral, o quizá lo beso yo; la reconstrucción de los hechos vuelve a ser discutible y vuelve a dar igual. Me hace cruzar el umbral, cierra la puerta y esta vez ya no se marcha nadie.

Es diferente de todas las veces anteriores.

Eso es lo último que pienso mientras aún soy capaz de pensar: que es diferente. No hay ningún trato en la habitación, ninguna regla, ningún secreto tumbado entre nosotros sobre las sábanas, escuchando. Solo nosotros dos, treinta plantas de ciudad bajo nuestros cuerpos y todo el tiempo del mundo.

Llegamos al dormitorio, esta vez de verdad, sin desviarnos hacia el sofá. Le quito la camisa de los hombros, botón a botón, tan despacio como él me desnudó la primera vez, y le devuelvo su propia paciencia con intereses. Me lo permite. Esa es la novedad: lo permite todo, la lentitud, mis manos, mi mirada. Está en mitad de su dormitorio y se deja contemplar, y el hombre más controlado de Manhattan tiembla bajo mis dedos. Apenas, pero lo noto, y nunca se lo diré y siempre lo sabré.

—Te he echado de menos —dice con voz ronca cuando le rodeo el cuello con los brazos—. Todos los días. Ha sido insoportable.

—Bien.

—¿Bien?

—No quería ser la única.

Se ríe en voz baja contra mi boca y después me levanta; yo le rodeo la cintura con las piernas. Me lleva hasta la cama como si ya lo hubiera hecho cien veces y, aun así, fuera la primera.

Nos tomamos nuestro tiempo. Tanto que la ciudad va oscureciéndose al otro lado de las ventanas mientras sus manos vuelven a conocerme, centímetro a centímetro, como si necesitara comprobar que durante las semanas transcurridas todo se ha quedado donde estaba. Me abandono por completo, por primera vez sin conservar ni el último resquicio de protección y, cuando al fin se desliza dentro de mí, despacio, con la frente apoyada contra la mía, sus ojos están abiertos y los míos también. Ninguno de los dos aparta la mirada.

—Emily —dice, solo mi nombre, en mitad del movimiento, y entiendo lo que quiere decir porque yo también quiero decirlo.

No es la primera vez que nos acostamos. Es la primera vez que no hay nada más en la cama con nosotros, y la diferencia es tan inmensa que se me saltan las lágrimas en mitad del orgasmo, que avanza lentamente por mi cuerpo como una ola sin ninguna prisa. Él las besa y las hace desaparecer sin preguntar, y se corre con mi nombre contra mi sien.

Después permanecemos enredados el uno en el otro, mientras su mano dibuja perezosos trazos sobre mi espalda, y yo me quedo.

Ya no es una decisión, sino sencillamente el estado natural del mundo: me quedo. La regla tres, no pasar la noche juntos, ha dejado de existir de una forma tan absoluta que apenas recuerdo por qué llegó a importarme tanto.

—El mensaje —murmura en algún momento contra mi pelo, medio dormido—. ¿Quieres verme borrarlo? Ese era el trato. Borrado delante de tus ojos, definitivo, sin copia de seguridad.

Estoy recostada contra su pecho, con los latidos tranquilos y regulares de su corazón bajo el oído, y me oigo decir:

—No. Guárdalo.

—¿Sí?

—Como prueba de que yo di el primer paso. —Me subo un poco más la manta—. De lo contrario, tarde o temprano reescribirás la historia. Los hombres como tú siempre reescribís la historia.

Su risa en la oscuridad es el último sonido que oigo antes de quedarme dormida.



Capítulo 29 — Damon

Unas semanas después, firmo el último contrato de Grant con una pluma que Ryan me entrega solemnemente por encima de la mesa, como si se tratara de un acto de Estado, y, en cierto modo, lo es: desde hoy, Kane Media ya no pertenece a nadie que no esté en esta sala.

—Dos años duros —dice Elias Grant mientras tapa su propia pluma—. Ya se lo dije y se lo repito encantado. Primero, las cifras se pondrán feas; después, reflejarán la realidad y, por último, serán buenas. En ese orden.

—Conozco el orden. En mi familia ya hemos pasado por él.

Grant se ríe, reúne a su gente y deja atrás una empresa que, por primera vez en tres generaciones, no hereda expectativas, sino únicamente contratos. Parece menos de lo que suena y más de lo que aparenta: a partir de ahora, cada decisión que se tome en esta casa será mía. También las equivocadas. Sobre todo las equivocadas, dice Ryan, a quien en días como este le gusta ejercer de voz de la razón.

Así está el resto de este mundo recién puesto en orden a día de hoy: el derecho de rectificación ha salido adelante, el portal ha retirado la

publicación y ha pagado, y el dinero ha ido a parar a la cuenta de Emily, no a la mía, algo que ha desconcertado visiblemente a los abogados del portal. La tormenta mediática se ha convertido en lo que siempre acaban convirtiéndose esas tormentas cuando nadie las alimenta: una nota al pie que dentro de un año nadie recordará, salvo quienes hayan sobrevivido a ella. Sasha se ha marchado de la ciudad; a Europa, dicen, por tiempo indefinido. Richard ha tomado medidas internas y yo no le he preguntado cuáles, porque tenía razón: no es mi historia.

Y mi madre se ha retirado a los Hamptons. No tenemos contacto, los abogados se encargan de los trámites, y constato con interés clínico que el silencio entre nosotros no se siente como una pérdida, sino como una herida que por fin han vendado bien. Puede que cicatrice. Puede que no. Solo podré saberlo cuando haya pasado suficiente tiempo y, por primera vez en mi vida, no tengo prisa con una herida.

Ahora almuerzo con mi padre cada dos semanas.

Ha surgido sin que ninguno de los dos llegara a decidirlo: después de lo del pasillo y la mano en el hombro, llamó —por segunda vez en cinco años— y me preguntó si tenía tiempo para comer con él. A estas alturas ya es una cita que mi nueva gerente de oficina no vuelve a solapar con ninguna otra, porque le he dicho que esta es sagrada.

No se nos da bien. Hay que decirlo con sinceridad: dos hombres que han pasado cinco años hablando de rosas y cifras trimestrales no aprenden a comunicarse en seis semanas. Nos sentamos en un restaurante que él conoce desde hace treinta años, pedimos lo mismo que la última vez y avanzamos por los temas como quien atraviesa un terreno escarpado. Pero estamos allí. Esa es la cuestión: estamos allí, cada dos semanas, y, a veces, durante dos o tres frases, se abre una ventana.

Hoy se abre entre el plato principal y el café.

—Tu madre —dice, y levanto la vista del plato porque, hasta ahora, ese tema había permanecido tras el cordón de seguridad—. Estuve allí el fin de semana. Ha recogido la habitación de Nathan.

Dejo la taza.

La habitación de Nathan llevaba cinco años intacta. Lo sé, todos en esta familia lo sabemos; nunca había sido un secreto ni un tema de conversación: un museo dentro del museo, cuidado, libre de polvo y cerrado con llave. En todos estos años me he detenido dos veces ante su puerta y, en ambas ocasiones, he seguido adelante.

—¿La ha recogido? —repito.

—No la ha vaciado. La ha recogido. —Mi padre dobla la servilleta con cuidado, como hace con todo—. Ha llenado tres cajas para la fundación: los libros, el material deportivo. Se ha quedado algunas cosas y las ha puesto en el salón, a la vista, donde se puedan ver. Ahora la foto de Nathan navegando está sobre la chimenea. —Levanta la mirada un instante—. Durante cinco años no hubo nada ahí. Como si él nunca hubiera existido. Ahora hay una foto y está permitido mirarla.

Permanecemos un rato en silencio, y es el primer silencio con mi padre en años que no nace de la carencia.

—No te llamará —dice entonces—. Ya lo sabes. Esperará hasta que todo haya quedado lo bastante enterrado como para poder fingir que no ha ocurrido nada, y entonces te invitará a alguna celebración, como si hubiera sido idea suya. Así es como funciona.

—Sé cómo funciona.

—Sí. —Deja la servilleta junto al plato—. Pero ahora también sabes que lo está intentando. En ella, eso equivale a las disculpas de los demás.

Ningún triunfo, pienso de camino a la oficina. Esto es lo que queda al final de cinco años de guerra: ninguna victoria, ninguna escena de reconciliación; solo una mujer sola en una casa enorme, llenando cajas y colocando una foto de un velero sobre la chimenea, y un gesto de dejar marchar que ya nadie ve salvo un hombre callado que lo cuenta como si fuera el parte meteorológico.

No es suficiente. Es más de lo que esperaba. Probablemente sea justo lo máximo de lo que somos capaces las personas.

Esa noche intento darle cien mil dólares a Emily, y sale más o menos como habría pronosticado cualquiera que la conozca.

—No.

—Emily.

—No. —Está en mi cocina, nuestra cocina cuatro noches de cada siete, removiendo el contenido de una sartén que defiende como si fuera un secreto de Estado—. No terminé el trabajo. El trato era: novia falsa hasta la última aparición pública y, después, eliminación y dinero. Lo dejé a mitad y, en vez de eso, hice saltar por los aires a tu familia. Es un incumplimiento contractual de manual. Nadie paga en un caso así.

—Hiciste más de lo estipulado en el contrato. La novia falsa se convirtió en una de verdad; en derecho contractual, eso es una mejora.

—No es una mejora, es un contrato completamente nuevo con otras partes.
—Me señala con la cuchara de madera—. Y en el nuevo no está previsto que haya dinero. Bajo ningún concepto. Esa fue la única condición que me impuse y no pienso incumplirla la primera noche.

Me apoyo en la encimera y la contemplo, a esa mujer que hace medio año entró en mi despacho con una lista de cinco reglas, y constato que disfruto de la negociación como he disfrutado de todas las negociaciones con ella, y que voy a perderla como he perdido todas las que merecían la pena.

—Contraoferta —digo—. El dinero es tuyo y eso no se puede cambiar; lleva meses en una cuenta, aburriéndose. Pero tú decides qué hacer con él. Por completo. Puedes destinarlo a lo que quieras.

Remueve más despacio. Veo cómo procesa la idea y me callo. Eso sí lo he aprendido: cuando Emily Warner piensa, no se negocia entre medias.

—¿A lo que quiera? —dice.

—A lo que quieras.

—Entonces se donará. De forma anónima. —Se vuelve hacia mí y en su rostro aparece algo que reconozco de aquel banco junto al agua, esa expresión de habérselo ganado todo por sí misma que no admite condiciones—. Hay una fundación para madres solteras que ofrece ayudas para la formación y un fondo de emergencia. A mi madre le habría venido bien algo así en aquella época. Cien mil dólares suponen el presupuesto de todo un año para ellos.

—Hecho.

—¿Así de fácil?

—Así de fácil. Por cierto, con esto el trato queda completamente cerrado — digo, enumerando con los dedos—: no se ha pagado ningún dinero, al menos no a la parte contratada. La grabación sigue existiendo, a petición de la otra parte. Y la relación falsa se ha convertido en una de verdad con efecto retroactivo y sin periodo de transición. Es el peor trato de mi vida si nos atenemos a las condiciones originales.

—Y el mejor si nos atenemos al resultado.

—Eso —digo— es lo que quería oírte decir.

Por cierto, tiene un trabajo nuevo. Desde hace dos semanas coordina proyectos en una agencia de Brooklyn, de tamaño mediano e independiente, donde a la hora de comer nadie sabe quién es Damon Kane, y precisamente por eso firmó.

Lo encontró ella sola. Hay que apreciar el alcance de su obstinación: yo le habría abierto cualquier puerta de esta ciudad con una llamada, con un nombre, y ella lo sabía y escogió deliberadamente una puerta cuya existencia yo ni siquiera conocía. Cuando me contó que había firmado el contrato, como quien no quiere la cosa, entre dos bocados, estuve a punto de protestar. Entonces comprendí que ese era precisamente el quid de la cuestión: está volviendo a construir algo que solo le pertenece a ella. Me saca de quicio. Me llena de orgullo. Ambas cosas a la vez; ese es el estado habitual con ella, y he dejado de intentar resolver esa contradicción.

Por cierto, Ryan emitió su veredicto definitivo sobre toda esta evolución la semana pasada, cuando Emily asistió por primera vez de forma oficial a una cena de empresa a mi lado, no como gerente de oficina, no como escándalo, sino sencillamente como ella misma.

—Sigues siendo un capullo —dijo, levantando la copa—. Pero al menos eres un capullo feliz.

—Gracias, Ryan.

—Lo digo en serio. Es repugnante. Sigue así.

Más tarde, ya en casa, la encuentro en la cama con una camiseta mía y su móvil, y tiene esa mirada que a estas alturas sé interpretar como un parte meteorológico: alerta de tormenta, categoría juguetona.

—Qué —digo.

—Nada. —Deja el móvil sobre la mesilla de noche con la pantalla hacia arriba, cosa que nunca hace—. Ven a la cama.

Voy a la cama. Seré muchas cosas, pero no soy idiota.

Me besa despacio, a conciencia, y su mano se desliza bajo mi camiseta. Ya estoy empezando a considerar que esta será una de las mejores noches cuando se aparta, coge el móvil y pulsa algo con un solo movimiento experto del pulgar.

—¿Qué estás haciendo?

—Grabar —dice muy seria, y vuelve a dejar el móvil sobre la mesilla, con el micrófono orientado hacia nosotros—. Esta vez a propósito.

La miro. Ella me mira. Las comisuras de sus labios luchan por mantener la seriedad y pierden.

—Estás como una cabra —digo, y es lo más enamorado que he dicho en mi vida.

—Tengo una tradición que mantener. Toda nuestra relación se basa en una grabación de voz; no puedo renunciar sin más a este legado histórico...

No llega más lejos porque la beso, y esta vez se ríe contra mis labios. La risa se convierte en otra cosa, más cálida y apremiante, y jugamos a ese juego que ya se nos da bien: bromas hasta llegar al límite en que las palabras dejan de funcionar y, después, más allá.

Le saco la camiseta por la cabeza, ella tira de la mía, nos enredamos y vuelve a reírse. Voy borrando su risa a besos desde el cuello hacia abajo, por los pechos y el vientre, hasta que deja de reír y empieza a pronunciar mi nombre, primero en voz baja y después no tan baja. En la mesilla de noche, la grabación sigue en marcha, y ninguno de los dos se acuerda ya de ella.

Me atrae hacia sí, impaciente, y me deslizo dentro de ella. Encontramos el ritmo enseguida; siempre lo encontramos. De todos los milagros, este es el más cotidiano y mi favorito. Ella dice mi nombre, yo digo el suyo y, cuando se corre, ruidosa y sin el menor pudor, con los dedos enredados en mi pelo, la sigo con la boca pegada a su cuello, justo en el lugar donde todo empezó hace medio año, dentro de una fantasía que no estaba destinada a mí.

Después se queda tumbada sobre mí, sudorosa y satisfecha, y tantea en busca del móvil.

—Cuarenta y siete segundos —digo contra su sien—. Eso fue todo lo que hizo falta.

—La grabación dura veintitrés minutos.

—Principiante entonces. Avanzada ahora.

Se ríe, detiene la grabación y la guarda, de forma ostentosa, con un título que no me enseña. Después se acurruca contra mí como si no hubiera pasado nada y se duerme como quien se encuentra exactamente donde debe estar.

Yo sigo despierto, con su mano sobre mi pecho, escuchando la ciudad.

Antes permanecía despierto porque faltaba algo, aunque no sabía qué, y llenaba ese vacío con trabajo, con cifras, con control. Hoy sigo despierto porque no quiero perderme nada. Ni su respiración, ni el peso de su mano, ni esta felicidad absurda e inmerecida que irrumpió en mi vida a la una de la madrugada con un mensaje de voz, como un ladrón extremadamente educado.

El título de gerente de oficina debía crear distancia, pienso mientras se me cierran los ojos.

La mejor mala inversión de mi vida.



Capítulo 30 — Emily

Desde ayer llevo en el bolso una prueba de embarazo que ha dado positivo y aún no se lo he contado a nadie.

Así están las cosas esta noche, mientras estoy en el cuarto de baño de Damon —nuestro cuarto de baño cinco noches de cada siete; el debate sobre la mudanza sigue abierto— y me aplico rímel como si todo fuera normal. Nada es normal. Llevo en el bolso la noticia más importante de mi vida, encerrada en ocho centímetros de plástico, y me maquillo para ir a cenar a casa de Maggie como si no llevara treinta y seis horas con un pitido constante en la cabeza.

Embarazada. Yo. Emily Warner, veinticinco años, coordinadora de proyectos, célebre defensora de cuarenta metros cuadrados en Queens.

No ha sido planeado. Aunque, siendo sinceros, tampoco lo hemos evitado, y desde hace un tiempo nos tomábamos el tema con esa tranquilidad que solo se tiene cuando, en el fondo, ya se ha dicho que sí y lo único que se está posponiendo es el papeleo. Deseado, no planeado: esa es la formulación exacta, y aún conservo suficiente de gerente de oficina como para dar importancia a las formulaciones exactas.

Aun así: pánico. Pánico, por supuesto. Ayer me senté en el cuarto de baño —en el mío, el de Queens, el que he defendido precisamente para poder vivir momentos así a solas—, me quedé mirando las dos rayitas y pensé, por este orden: primero, que el momento es absurdo, porque solo llevo tres meses en el nuevo trabajo. Segundo, que ni siquiera hemos decidido dónde vamos a vivir. Tercero, que voy a criar a un niño con un hombre que prepara los huevos revueltos con un termómetro; la pobre criatura tendrá bocadillos calibrados para el recreo.

Y bajo el pánico, más abajo, donde habitan las cosas importantes: esa alegría pura, incrédula y del todo irracional que se extiende por mi interior desde ayer como agua tibia y que no se deja amedrentar por una sola objeción sensata.

—¿Estás lista? —grita Damon desde el pasillo—. Si llegamos tarde, Maggie volverá a decirle a todo el mundo que he puesto una reunión como excusa.

—La tenías. La última vez.

—Era una reunión de verdad.

—Era Ryan con dos cervezas.

—Ryan forma parte de la junta directiva. Eso la convierte en una reunión del consejo.

Miro mi rostro en el espejo, ese rostro que guarda un secreto, vuelvo a ensayar mi expresión normal y después nos marchamos.

El piso de Maggie se ha convertido en un territorio gobernado por un ser humano diminuto.

Hay gasas para las regurgitaciones por todas partes, en el sofá una hamaca que parece una nave espacial y, en medio de todo, Maggie sostiene a su hija en brazos como si nunca hubiera hecho otra cosa mientras vierte aceitunas en un plato con una mano. Aiden le coge a la niña para que ella pueda servirse. En su versión de padre se ha vuelto aún más parco en palabras y mucho más dulce, una contradicción que hay que ver para creer: ya no dice prácticamente nada, pero lo dice con una bebé dormida sobre el antebrazo mientras pone la mesa con la mano libre.

—Dámela —digo en vez de saludar, y Maggie me pone a la niña en brazos, y durante un instante el mundo hace eso que últimamente tiene por costumbre hacer: se queda en absoluto silencio.

La pequeña está caliente y pesa de esa manera tan particular de los bebés, más de lo que aparenta, y huele a leche y a comienzos, y duerme con la entrega de quien jamás ha recibido una mala noticia. Estoy en el salón de Maggie, sosteniéndola en brazos, y pienso: el año que viene. El año que viene, una así, pero nuestra.

Cometo el error de levantar la vista.

Damon está al otro extremo de la habitación, con una copa en la mano, en mitad de una frase dirigida a Aiden, y me observa. Me mira con una expresión que no logra controlar —últimamente le ocurre a veces—, y hay tanto deseo sin disimular en su rostro que vuelvo a bajar los ojos hacia la niña enseguida, porque, de lo contrario, romperé a llorar en medio del salón, y entonces ya podría aprovechar para anunciarlo.

Maggie observa a Damon mientras él me observa a mí. A Maggie no se le escapa nada; ha tenido una hija, no le han extirpado el cerebro.

Más tarde, en la cocina, cuando vamos a buscar el postre —ella lleva la bandeja y yo, los cuencos—, me da un suave golpe con el hombro.

—¿Y bien? —pregunta en voz baja—. ¿Mereció la pena el mensaje de voz?

No puedo evitar reírme, aunque la risa me sale algo más temblorosa de lo previsto.

—Pregúntaselo a mi compañera de piso.

Maggie esboza esa sonrisa de instituto que ni toda la maternidad del mundo podrá arrebatarse y, durante un instante, me planteo contárselo aquí, en esta cocina; estallaría de emoción y le parecería maravilloso. Pero hay un orden. Hay un único orden correcto, y esta noche no empieza en la cocina de Maggie.

—Hoy estás muy rara —dice, examinándose—. Rara en el buen sentido. Sospechosamente rara.

—Siempre soy sospechosa.

—Mmm —murmura Maggie, y no consigo librarme de la sospecha de que, a partir de ese «mmm», sencillamente lo sabe y ha decidido dejar que sea yo quien dé el primer paso.

Nadia se pasa un momento después de cenar porque estaba cerca, y «un momento», en el idioma de Nadia, significa que se come dos raciones de postre y nos da una conferencia sobre cómo están las cosas en Kane Media desde que la tercera gerente de oficina consecutiva ha tirado la toalla.

—Es como una maldición —dice, señalando a Damon con la cuchara—. Las has destrozado. El puesto está maldito, ninguna aguanta más de ocho semanas. En el edificio se rumorea que está embrujado.

—Las exigencias han aumentado moderadamente —dice Damon con sequedad.

—Las exigencias se llaman «la mejor ya estuvo aquí». —Nadia se encoge de hombros y continúa comiendo a cucharadas—. No lo digo yo, lo dice media planta. Yo solo repito los rumores que corren por los pasillos; soy de Marketing, es mi trabajo. O lo era. —Vuelve a señalar a Damon con la cuchara, esta vez en actitud acusadora—. Porque resulta que nos vende. Todo el departamento de Marketing, externalizado a un holding del que nadie ha oído hablar en su vida. Recortes.

—Ha sido la decisión más clara de todo el programa de ahorro —dice Damon, completamente impasible—. Allí os pagarán mejor que yo. He leído los contratos.

—Eso no hace que dé menos mal rollo. Nadie sabe quién está realmente detrás. Apuesto a que ni siquiera tú lo sabes.

—Sé lo que necesito saber. Después de la entrega, el resto dejará de ser problema mío.

Y entonces, en mitad de la segunda ración de postre, se ilumina la pantalla de su móvil.

Le echa un vistazo con indiferencia, como se miran los móviles, y luego vuelve a mirar, y yo observo cómo su rostro cambia de color: primero la rutina, después el ceño fruncido y, por último, algo que nunca había visto en Nadia Carlson.

Se queda callada.

Nadia nunca está callada. Nadia comenta los terremotos mientras están sucediendo. Ahora está sentada en el sofá de Maggie, con el móvil en la mano, leyendo el mensaje por tercera vez, mientras la mano que sostiene la cuchara queda suspendida y olvidada sobre el plato.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Levanta la vista y me mira sin expresión, aún con el móvil en la mano.

—La adquisición se ha completado. Con efecto inmediato, no a partir del próximo trimestre. —Traga saliva y deja el móvil muy despacio, como si pudiera explotar—. Y han anunciado quién se hará cargo del departamento. No os vais a creer quién será mi nuevo jefe a partir del lunes.

En casa, ya muy tarde, Damon se quita la camisa en el dormitorio mientras sigue hablando de la marcha de Nadia; se ha ido menos de diez minutos después de recibir el mensaje, pálida y taciturna, algo que, tratándose de ella, resulta más preocupante que cualquier escena melodramática.

—Lo conoce —dice mientras cuelga la camisa, tan meticuloso como siempre—. Sea quien sea. Uno no se queda así de callado al oír el nombre de un desconocido. Uno se queda así de callado al oír un nombre con el que comparte una historia.

—Mmm.

—Mañana podría averiguar a quién ha puesto el holding. Con dos llamadas.

—No lo harás.

—No lo haré —admite, mirándome—. Pero podría.

Estoy sentada en el borde de la cama, con el bolso a mi lado, y lo escucho mientras oigo a la vez ese pitido constante que lleva treinta y seis horas resonando en mi cabeza y que ahora, aquí, en esta habitación, se vuelve ensordecedor, porque la velada ha terminado y el orden de las cosas me ha dado alcance.

Se da cuenta. Por supuesto que se da cuenta; es la persona más atenta que conozco, aunque antes guardaba todo cuanto percibía en expedientes en lugar de convertirlo en preguntas.

—Hoy no has bebido vino —dice.

No es un reproche ni una teoría. Solo una observación que deja entre nosotros como una mano abierta, mientras su mirada se desvía un instante, medio segundo, hacia mi bolso, como si ya hubiera encontrado el camino pero aun así me permitiera recorrerlo hasta el final, y entonces sé que lo sospecha. Quizá desde el salón, desde que me vio con la niña en brazos y perdió el control de su expresión.

Meto la mano en el bolso y cierro los dedos alrededor del plástico.

—Damon. —El corazón me late hasta en las yemas de los dedos—. Tengo que decirte una cosa, y he ensayado unos cuarenta comienzos y los he descartado todos, así que lo haré a tu manera: en mitad de la frase y sin remate...

No consigo llegar más lejos.

Veó cómo la comprensión se dibuja en su rostro antes de que termine la frase; veo cómo lo entiende, este hombre que siempre lo comprende todo antes que los demás, y jamás podré expresar con palabras lo que ocurre entonces en su cara, aunque lo intentaré cientos de veces: nada se derrumba. Todo se abre. Todas las puertas que este hombre ha cerrado en su vida se abren en un solo segundo, y el hombre más controlado de Manhattan está

plantado en mitad del dormitorio, medio sin camisa y absoluta, total, catastróficamente mudo.

—Emily. —La voz no le funciona bien al primer intento—. Dilo.

—Estoy embarazada. —Saco la prueba del bolso y la levanto: ocho centímetros de plástico, dos rayitas—. Confirmado oficialmente desde ayer. Deseado, no planeado; pánico y alegría en una proporción de treinta a setenta, con tendencia favorable a la alegría.

Se acerca a mí, se arrodilla frente al borde de la cama, me coge la cara entre las manos y me mira durante un largo rato. Le brillan los ojos y él, el hombre de los contratos, las cifras y las formulaciones exactas, no dice nada más. Apoya la frente contra la mía y respira, y noto que le tiemblan las manos, de verdad esta vez, no de forma apenas perceptible. Pongo las mías sobre las suyas y dejo que los dos nos quedemos así un rato.

—No voy a salir corriendo —dice al fin, con voz ronca, contra mi frente—. Lo sabes, ¿verdad? Soy el hombre que había decidido no permitir que nada volviera a importarle y te digo que no pienso soltar esto. No pienso soltaros a ninguno de los dos.

—Lo sé. —Y lo sé de verdad; ese es el milagro de esta frase—. Por eso te lo estoy contando.

Más tarde estamos tumbados en la cama, con la luz apagada y la ciudad encendida, y su mano reposa sobre mi vientre, donde todavía no se nota nada y, sin embargo, está todo. Susurramos tonterías: nombres que quedan descartados, si el bebé heredará su necesidad de control o mi terquedad. Él dice que Dios nos libre de que herede ambas cosas. Yo digo que, en ese caso, buenas noches, Manhattan.

Su móvil vibra sobre la mesilla de noche.

—Ignóralo —murmuro contra su hombro.

—¿Y si vuelve a ser un mensaje de voz?

—Entonces ya sabes qué hacer.

Su risa en la oscuridad, su mano sobre mi vientre, la ciudad al otro lado de la ventana, esa que nunca duerme y que, aun así, nos deja dormir a los dos.

No hace falta más. Nunca ha hecho falta más. Cuarenta y siete segundos, para ser exactos.

FIN